

TESEO!

AGRVPAACION-D-ARTIS
TAS-Y-ESCRITORES
VRVG VAYOS



ADOLFO
PASTOR.

▲ LIBERTAD ▲ DE ▲ ESPIRITU ▲

HOMENAJE DE TESEO A JOSE ALONSO Y TRELLES

SUMARIO

Los Entes Autónomos, de Alberto Demicheli; por el Dr. Justino Giménez de Aréchaga. — Programa de Acción Profesional del Ing. Agrónomo, por el Ing. Agr. Julián Murguía. — Protocolo Político. — Significación de Teseo. (Correspondencia). — De Unamuno a los intelectuales uruguayos. — El Toro (drama criollo en tres actos), por Carlos M. Princivalle. — El canto popular andaluz, por José Mora Guarnido. — El Sauce, por Orosmán Moratorio. — Notas de Crítica y Bibliográficas: La decoración de la kermesse Colonial de Guillermo Laborde. — Apostillas de Mister Pickwick: El Libro de las Rondas, de Antonio Soto (Boy); Ocio (poemas), de

Eduardo Dualde; El Arbol Joven (poemas), de Ophelia Calo Berro. — Tacuarí, de Valentín García Saez, comentario de Zacarías Peñafior.

Los próximos recitales de Mony Hermelo (Correspondencia).

Poemas: Marcha Unamuno, por Juan Parral del Riego. — Veinte Poemas Escogidos de José Alonso y Trelles.

Próximamente: Los Ideales de la Teosofía, por Annie Monie Gowland, (síntesis de Enrique Dieste). — El Derecho de Habitar, notable proposición del Dr. Lorenzo Carnelli. — La Revolución Emancipadora, por el Dr. Lorenzo Bélinzon. — La Edad Crítica (libro del Dr. Marañón), por Julián Zavala Muniz. —

NÚMERO

8



CAFÉS
& TÉ

“EL CHANÁ”

PIDANLOS POR
NUMERACION

PREMIADOS
EN TODAS LAS
EXPOSICIONES



LIBERTAD DE ESPIRITU

Boletín de Teseo.

AGRUPOACION DE ARTISTAS Y ESCRITORES

URUGUAYOS.

Comisión Directiva

Emilio Oribe (Pte.), José Cúneo, Bernabé Michelena, Enrique Dieste, Justino Zavala Muniz (Strio.)

Oficina Postal

Calle Reconquista 539

Secretaría

Calle J. Requena, 1531—Montevideo

Año I. Prim. Epoca
8. 25. 1924

Doctrina política, Literatura y Arte
Director: Eduardo Dieste

Núm. 8
Pr. \$ 0.20

EDITORIAL DE ENSA-
YOS, TEATRO, POESIA
Y NARRACIONES

JUSTINO JIMENEZ DE ARECHAGA

LOS ENTES AUTÓNOMOS

de Alberto Demicheli

S U M A R I O

Los Entes Autónomos, de Alberto Demicheli; por el Dr. Justino Giménez de Aréchaga. — Programa de Acción Profesional del Ing. Agrónomo, por el Ing. Agr. Julián Murguía. — Protocolo Político. — Significación de Teseo. (Correspondencia). — De Unamuno a los intelectuales uruguayos. — El Toro (drama criollo en tres actos), por Carlos M. Princivale. — El canto popular andaluz, por José Mora Guarnido. — El Sauce, por Orosmán Moratorio. — Notas de Crítica y Bibliográficas: La decoración de la kermesse Colonial de Guillermo Laborde. — Apostillas de Mister Pickwick: El Libro de las Rondas, de Antonio Soto (Boy); Ocio (poemas), de Eduardo Dualde; El Arbol Joven (poemas), de Ophelia Calo Berro. — Tacuarí, de Valentín García Saez, comentario de Zacarías Peñaflores.

Los próximos recitales de Mony Hermelo (Correspondencia).

Poemas: Marcha Unamuno, por Juan Parra del Riego. — Veinte Poemas Escogidos de José Alonso y Trelles.

Próximamente: Los Ideales de la Teosofía, por Annie Monie Gowland, (síntesis de Enrique Dieste). — El Derecho de Habitar, notable proposición del Dr. Lorenzo Carnelli. — La Revolución Emancipadora, por el Dr. Lorenzo Bélinzon. — La Edad Crítica (libro del Dr. Marañón), por Julián Zavala Muniz. — El libro de la Vida, por Juan Carlos Fernández. — Colaboraciones de Roberto Abadía Soriano, Andrés Percivale Genta, Mario Magallanes, Federico Martínez Bianchi, di Candia, Manuel de Castro y otros autores.

Se publicarán los trabajos conforme al orden de recibo

Hay en el libro de Alberto Demicheli todo lo que es menester a la afirmación definitiva de su personalidad como escritor público. Precisión de conceptos, riqueza de léxico, vigor en las fórmulas para la expresión de su pensamiento jurídico, amplio y fuerte, alimentado en las fuentes más ricas y abundosas y organizado en la disciplina más severa.

Tiene ya el autor la justeza de las síntesis, la rigidez dogmática, el amor "vocacionalis" de los maestros del derecho.

El aula le ha descubierto con alma de profesor, sorteando con firmeza en las confusas orientaciones modernas del derecho público, erudito sin pedantismo, dueño ya de un criterio jurídico claro y recio, expositor sereno de intrincados problemas institucionales y comentador elocuente y persuasivo de las fórmulas no siempre precisas de la Constitución nacional.

"Entes Autónomos" podrá ser discutido, ampliado en ciertos aspectos exegeticos, negado francamente en algunas de sus conclusiones que no en vano, y fuera de toda querrela de escuelas y de métodos, el precepto constitucional que analiza ha venido, con la extrema amplitud de su fórmula y la pobreza informativa de su historia, a aumentar la confusión institucional en la hora en que fueran dispersadas las prerrogativas presidenciales del viejo régimen sin que fuera quebrantado al mismo tiempo el espíritu despótico que alcanzó a desvirtuarlas ni remodelado para la verdadera democracia el espíritu público, librado siempre a la sugestión

de la dictadura o de la demagogía que son el gobierno a la antigua usanza o al desgobierno de las multitudes sin cabeza.

Lento y difícil habrá de ser por ello el proceso de adaptación institucional que apenas se inicia; áspera y violenta la contradicción de los intérpretes; desmedradas las fórmulas por el ocasional predominio de viejas tendencias y de intereses con arraigo en la historia política del país.

Contra los que, aparte discrepancias de orden superior que honrarían toda cátedra por la dignidad misma del concepto profesado, defendemos la amplia autonomía de los servicios descentralizados y negamos al Poder Ejecutivo toda función de ingerencia en su gobierno que escape a lo que Demicheli define, dentro del Art. 100 de la Constitución, como el agrupamiento jurídico de las excepciones, se alzarán el viejo espíritu personalista intentando enfeudarse en un órgano creado para vencerlo.

El error que combatimos con la firmeza de un sano criterio jurídico contará, en el necesario proceso de reglamentación legislativa del Art. 100, con el apoyo de quienes, seguros de la legitimidad de las interpretaciones constructivas, estimen útil al lamentable empeño político de consolidar viejos métodos de gobierno, disminuir el alcance de la norma preceptiva autorizando intervenciones capaces de anularla.

El libro de Demicheli, concebido en hora oportuna, y, en el momento, el más sólido alegato en defensa de las autonomías administrativas, habrá de aportar a esos debates un volumen

imponente de doctrina constitucional. un conjunto grande de enseñanzas y de sugerencias, bastantes a robustecer la confianza en que la interpretación legislativa de la Constitución

no desmedrará los conceptos orgánicos de la misma ni alterará el nuevo equilibrio institucional.

Demicheli pasa así, con su libro, de la inquietud inquisitiva del aula al

más vasto escenario en que se debaten los más graves problemas de gobierno. Y pasa con una gran dignidad, porque lo ha consagrado el aula y lo acredita un hermoso libro.

JULIAN MURGUIA

Programa de Acción Profesional del Ing. Agrónomo

El presente trabajo que no aceptó un tribunal del Instituto Nacional de Agronomía fué motivo de una encuesta en que dieron su opinión ampliamente favorable treinta técnicos nacionales. Presentado nuevamente este año, fué unánimemente aceptado por otro tribunal integrado por los Ings. Srs. Carlos Praderi y José Otamendi (hijo), miembros del Consejo del Instituto, e Ing. Sr. Enrique Etcheverry, Director del mismo.

Acción profesional — El medio — Lucha contra el individualismo — Falso antagonismo — El técnico y las Asociaciones rurales — La propaganda para el mejoramiento de nuestras razas de carne — Mejoramiento de nuestra producción lanar — Fomento de la agricultura forrajera — Fomento de la raza caballar — Propaganda de higiene y profilaxia — Construcciones rurales — El problema del agua — Los pequeños productores — Control de maquinarias — Fomento de la agricultura, de la lechería y de la fruticultura — Defensa agrícola — El árbol — La instrucción primaria — La propaganda

Varios años de labor en una rica zona fronteriza del país, en directo contacto con los productores rurales, sometido a las mismas influencias, naturales, económicas, y sociales del medio, me han permitido observar en el radio de mis actividades el ancho campo abierto a la acción profesional, especialmente en lo que se refiere a la obra encomendada a los técnicos oficiales.

No he actuado en ningún cargo público, ni tengo mayores datos respecto a la organización interna de las reparticiones oficiales, de modo que no es mi propósito hacer el estudio crítico de las mismas. Pero, siendo las condiciones en que me he encontrado actuando iguales a las de todos los trabajadores rurales de la zona, he podido experimentar "en carne propia" las necesidades de nuestra campaña, he luchado contra las dificultades del ambiente, he palpado las características, ventajas y desventajas del mismo y me ha sido dado así comprender la enorme influencia que una acción profesional bien orientada, podría tener en el mejoramiento técnico, económico y social de la campaña.

¿Se encuentra el medio preparado para que pueda actuar eficazmente el profesional? ¿No escolla éste en sus más sanos propósitos, contra la resistencia sorda y tenaz de la desconfianza, de la rutina y de la ignorancia, que quebrantan al fin sus entusiasmos y lo reducen a una tarea bien delimitada y por demás oficinesca? ¿No oprimen estas trabas el amplio vuelo de su acción?

He anotado estas interrogaciones en primer término porque, lamentablemente, es más corriente de lo que a primera vista pudiera suponerse oír las expresar, pero en tono afirmativo, por boca de los mismos profesionales.

Hasta en la Prensa, por elemento joven y preparado egresado de ese Instituto, se han formulado aseveraciones de esa índole.

Es necesario de una vez por todas destruir este falso concepto.

Nuestros rurales acogen y prestigian siempre toda obra útil, toda iniciativa prácticamente eficaz, todo propósito fecundo.

Basta para ello no desmayar en la primera intenciona; sino insistir, demostrar, convencer, utilizando en primer término a los elementos de más arraigo y más preparados de la región que arrastrarán a

los demás en una acción solidaria y poderosa de conjunto.

Las teorizaciones inaplicables, las reglamentaciones que no consultan las modalidades propias de nuestra campaña, encuentran, es claro, el vacío si no la reacción y la protesta.

Pro una labor inteligente y tesonera, sin vacilaciones pero también sin imposiciones, adaptada en todo lo posible a las características y los recursos de los trabajadores del campo, cuenta siempre con el apoyo unánime de los interesados.

He de citar un ejemplo demostrativo que, sobre arrojar honor en un elemento de ese Instituto, debe llenar de satisfacción a los que pensamos que la profesión hacia la que nuestra inclinación nos han llevado, no es solamente un medio de ganar dinero, sino que comprende también obligaciones morales y finalidades más altas que la conquista exclusiva del bienestar material.

Durante la última invasión de la langosta llega a la zona en que yo estaba radicado un agrónomo, no egresado aún de las aulas de Sayago, enviado por la Defensa Agrícola a organizar y dirigir la lucha contra la plaga.

Arriba a la localidad en plena invasión. El departamento que le ha tocado en suerte es de los más extensos del país. Los elementos de trabajo vivían aislados, sin organización alguna en ese entonces. Los materiales que la Defensa Agrícola pudo destinar a aquella zona del país, eran más que insuficientes, insignificantes, con relación a la magnitud de la plaga.

Dadas las circunstancias anotadas, si un inteligente espíritu práctico y un buen sentido siempre probado en su ardua labor, no hubieran guiado al funcionario referido, sería fatal el fracaso de su gestión, como fracasaron lamentablemente otros funcionarios en distintos departamentos del país a estar a las informaciones de la prensa nacional.

Pero ¿qué hizo el funcionario a que aludo? Era humanamente imposible destruir en breve término extensiones enorme de la plaga y oponer una barrera a las mangas que invadían por la frontera brasilera y departamentos vecinos.

No cabía la aplicación rigurosa de una reglamentación que agregaría a los daños de la plaga y al descontento y mal humor que provoca en la masa de trabajadores una calamidad de esta índole, la sanción deprimente de las multas, capaz de exacerbar los ánimos más tranquilos.

Convocó a reunión a los trabajadores rurales, hizo un llamado a todos los hombres de buena voluntad, requirió su apoyo y escuchó sus consejos. Circunscribió entonces su acción a la defensa de los intereses más comprometidos. A los núcleos más sensibles, podría decir, allí donde la plaga causaría más daño: en los hogares modestos y laboriosos del agricultor y en las quintas florecientes de los fruticultores.

Y obtuvo el mayor de los éxitos. Se extinguió totalmente la plaga en los centros agrícolas, se les defendió hasta donde fué posible de las invasiones de las zonas limítrofes, tanto que fueron muy pequeños los daños ocurridos y eso solo con haber requerido el apoyo de los trabajadores para luchar por la defensa de los intereses comunes.

No tuvo necesidad de aplicar ni una multa, no levantó ni una protesta, no se dejó oír una queja, no obstante existir allí, como existen siempre en todas partes del mundo, los descontentos y los maldicientes.

Cuadro bien distinto el que acabo de pintar del que ofrecían otros departamentos del país, convulsionados, disgustados, haciendo llevar quejas y más quejas diariamente sobre los periódicos nacionales. Y las aplicaciones de multas a granel que luego para descrédito de los que la aplicaron habían de ser devueltas a los propios castigados.

Se desprende claramente de este ejemplo que el medio, si suele ser a veces reactivo o apático, responde sin embargo con todo su esfuerzo a las iniciativas bien encaminadas, a la labor sincera, entusiasta e inteligente del técnico.

Otros ejemplos podría traer a colación para demostrar como han respondido nuestros rurales a diversas tentativas de perfeccionamiento y de progreso, como han continuado prestando su fé a los hombres de ciencia que llevan a los campos iniciativas felices, a pesar de la desilusión que deberían experimentar a la vista de tantos proyectos sin realización y de tantos propósitos abortados por falta de perseverancia o por abandono de los propios iniciadores.

Pero no es necesario. Basta recordar la campaña de diez a doce años atrás y compararla con la actual cuyo perfeccionamiento y organización saltan a la vista.

Convencido pues de que el medio es propicio a la acción profesional, de que el técnico oficial tiene abundante "material de trabajo" en las asociaciones rurales y en ese espíritu latente de progreso que en general caracteriza a la acción privada, vea-

mos como puede hacer sentir su influencia benéfica en la zona en que se halla destacado.

* * *

El técnico debe apoyarse para hacer obra grande de propaganda, de enseñanza y de estímulo en las asociaciones de productores rurales. Y donde éstas no existieran, debe tratar de crearlas por todos los medios a su alcance.

No entra en mi propósito ni en el carácter de este trabajo, como ya lo he hecho constar, el anotar aquí las ventajas de la asociación ni comentar su función histórica y su influencia primordial en el progreso de la humanidad, citando lo que se ha dicho al respecto en los tratados de sociología y de economía política.

Me basta significar que la labor del técnico oficial en un medio individualista, donde no exista el espíritu de cooperación, donde no se encuentren organizadas las fuerzas rurales, tiene que ser forzosamente limitadísima.

Estará reducido a la evacuación de consultas particulares (que son en general muy pocas) a la enseñanza de establecimiento en establecimiento, lentísima por lo tanto, a las inspecciones y a los informes periódicos que debe elevar a la oficina central.

La obra grande de lineamientos generales, la acción de conjunto, las decisiones rápidas que tantas veces podría aconsejar a la masa de productores para la defensa de sus intereses comprometidos, todo esto le sería imposible realizar. Y más aún, las organizaciones económicas, sindicatos, cooperativas, cajas rurales, no podrán establecerse sin el previo y sólido fundamento de la asociación.

Por eso creo que nunca será suficientemente aplaudida ni apreciada en todo su valor, la acción tesonera y patriótica de esos técnicos que, con el apoyo de una empresa particular, viendo claro en las necesidades del ambiente, hicieron a mi entender la obra más grande que hayan realizado hasta la fecha los ingenieros agrónomos nacionales. Me refiero a la propaganda por la solidaridad, a la fundación de tantas comisiones y asociaciones rurales llevada a cabo por la Sección Fomento de la Producción del Ferrocarril Central, en todos los puntos de la república en que este agente de la producción hace sentir su influencia civilizadora.

Basta pensar para concebir el mérito de la obra, que esos millares y millares de productores rurales perfectamente organizados, que se apoyan mutuamente, que se han reunido en distintos congresos para manifestar sus aspiraciones y discutir problemas de la producción, que han realizado exposiciones y concursos, que se congregan a la primera indicación de sus autoridades para resolver asuntos de interés colectivo o escuchar la palabra autorizada del técnico, eran antes una masa amorfa, sin representación y por lo tanto sin voluntad consciente y sin fuerza eficaz para intervenir y hacer valer sus derechos en las cuestiones relacionadas con la producción nacional.

Un talentoso ciudadano que ocupaba la cartera de la Industrias consagró puede decirse en uno de los más importantes congresos rurales realizados en la campaña, esta obra de los técnicos aludidos, reconociendo en un conceptuoso discurso toda la importancia de este movimiento de fuerzas rurales y haciendo sentir la necesidad de que las reparticiones oficiales cooperen en todo momento en la labor de las referidas asociaciones.

Por otra parte, es necesario hacerlo constar, el Estado ha reconocido y fomentado esa obra otorgándoles a estas asociaciones

la personería jurídica, concediéndoles subsidios, consultándolas en todos los asuntos que interesan a la producción y utilizando su concurso en todas las iniciativas de progreso rural.

Pero hay aún muchos puntos en nuestra campaña donde la población rural carece de toda organización.

Esas fuerzas se hallan dispersas, sin orientación ni dirección alguna. No porque se desconozca la necesidad de asociarse ni porque un egoísta y empecinado individualismo reste esos elementos a la acción de conjunto.

Nada de eso, la tierra es propicia, solo falta quien haga el surco y arroje la semilla. Quien reuna esas fuerzas y las dirija en los primeros tiempos hasta que ellas se abran su cauce y marchen por su propio impulso.

Y esta debe ser la tarea fundamental del técnico oficial que pretenda hacer obra verdadera de propaganda y de enseñanza.

Voy a citar un caso que demuestra que esta tarea será fácil y grata para el técnico que la acometa con empeñosa dedicación: un caso que prueba también lo que llevo dicho sobre las condiciones favorables del medio para estos propósitos fecundos y generosos.

La zona en que yo estaba trabajando, se caracterizaba precisamente por la ausencia, aparente al menos de todo espíritu de asociación. Los productores rurales, y eso que la zona a que aludo circunda la capital del departamento, carecían de un vínculo real que las uniera para el apoyo recíproco y para la defensa de los intereses generales.

Hace algunos años se había hecho una tentativa de organización de crédito que no prosperó, por causas que no creo del caso analizar aquí.

Podía preverse que una tentativa tendiente a acercar esos elementos despertando en ellos el espíritu de asociación se estrellaría contra la indiferencia común o tendría que ser mantenida por larga y perseverante propaganda, para que tuviera probabilidades de triunfar.

Sin embargo no sucedió así. La Comisión de Fomento creada por la Sección Fomento de la Producción del Ferrocarril Central, para propagar la siembra de semillas seleccionadas, es decir, cinco vecinos de la localidad vinculados a los productores de la zona, esperaron el momento propicio para intentar la fusión de tantas fuerzas dispersas y la realizaron de inmediato con el más halagüeño resultado.

Este momento lo provocó la sanción de una ley de emergencia que con irritante injusticia lesionaba los legítimos intereses de los productores. Pero no era exclusivamente la defensa en conjunto de los intereses de cada uno, lo que caracterizó este movimiento de agrupación. Había un fundamento si no más justo, (porque es de estricta justicia defender el fruto de sus afanes) más noble; el apoyo mutuo, la solidaridad recíproca, que era una aspiración común como lo demuestra el hecho siguiente: Apenas constituida la Sociedad en una de las primeras asambleas realizadas, un socio manifiesta que un honesto y laborioso vecino que cultivaba afanosamente la tierra con su mujer y sus hijos se encuentra enfermo, lo mismo que la mayoría de su familia, hallándose por lo tanto imposibilitado para preparar las tierras para la próxima siembra. Se trata del trigo, del renglón más fuerte y productivo que aquel labrador explota, y para quien la imposibilidad de realizar la siembra significa la certidumbre de su ruina.

Los asociados unánimemente se disponen a salvarlo. Se organizan en la Sociedad los turnos de trabajo y así se ve el caso, "único

en la zona" hasta entonces, de que todo un vecindario concurre con personal, herramientas y bueyes a los campos del trabajador en desgracia y se los are y se los siembra.

El vecino de la referencia hizo público su agradecimiento a la Sociedad, dando además la nómina de todos los asociados que cooperaron en esa generosa labor y terminando su exposición con las siguientes sugestivas palabras: "Son servicios invalorables, un mutualismo agrícola que mucho me place hacer público, poniendo en esta forma de manifiesto los buenos sentimientos de los vecinos, a los que quedo agradecidísimo estando a la recíproca en cualquier caso, e incondicionalmente".

Por nuestro aparte, en la revista de la Sociedad de Fomento que se distribuye entre los asociados e instituciones rurales del país, decíamos comentando el hecho referido:

"Ha sido éste un simpático rasgo de solidaridad. Tiene un alto significado moral y económico que conviene destacar. Es la ley natural de la lucha por la existencia a la que espíritus egoístas le han dado un alcance despiadado, se encuentra equilibrada por otra ley natural y profunda: la mente humana; la del apoyo mutuo. De esta última han derivado los más grandes progresos de la humanidad. Y en nuestro medio rural que suele pecar por individualista son alentadores actos como el que mencionamos pues significan que se está preparando el fundamento en que se asentarán mañana las más perfectas organizaciones económicas".

Un espíritu ligero, o mal compenetrado de las modalidades del ambiente, puede no darle a este hecho la trascendencia que yo pretendo destacar.

Para mí, a parte de su alto valor moral y de lo que representa ese vínculo de solidaridad como punto de partida para las organizaciones económicas más avanzadas, tiene además juzgándolo desde el plano en que me he colocado, una importancia capital para la acción del técnico oficial.

Implica el convencimiento (como en el primer ejemplo citado) de que hay materia prima apta para una labor eficiente, de que antes que nada debe el técnico, sea cual fuere la repartición a que pertenezca, fundar estas asociaciones donde no las hubiere y trabajar con ellas y para ellas, que será trabajar para la producción nacional.

La lucha contra el individualismo se presenta pues fácil.

El impulso inicial ya se ha dado en todo el país. La obra realizada es estable y sus resultados se han hecho notar en múltiples manifestaciones de progreso.

Todo estriba ahora en extenderla hasta los núcleos productores más alejados, prescindiendo todo el concurso que requieran y colaborando en su prosperidad mediante el estímulo, la propaganda y la enseñanza.

Estudiaré ahora a grandes rasgos, los puntos en mi concepto más importantes que deben merecer la atención del profesional y en los cuales este puede intervenir vinculado a la acción de las asociaciones rurales.

* * *

Hay ciertos puntos del país en que existe una separación bien marcada en la labor de sus asociaciones rurales.

Unas tienen un carácter exclusivamente ganadero, otras exclusivamente agrícola. De esta separación resulta un grave daño para los intereses rurales y es el prejuicio de que hay un verdadero antagonismo entre estos dos grandes renglones de la producción nacional. Donde tal fenómeno se produzca, puede notarse claramente de parte de los ganaderos, un indiferentismo

que puede llegar hasta el menosprecio por la producción agrícola; y de parte de los agricultores una hostilidad hacia la ganadería, basada en el falso concepto de que es una industria egoísta, a base de capital, que restringe hasta el mínimo empleo de la mano de obra y sobre todo que opone la barrera de sus cercos de alambre a la labor fecunda del arado.

Este mal que subrayo creo que no es general en el país. Sin embargo, es posible que si no de manera manifiesta, existe en muchos puntos latente, la animosidad a que me he referido.

Yo tuve oportunidad de apreciarla al constituirse una asociación de fomento de la producción (de todas las industrias y no exclusivamente agrícola, téngase presente) a la cual, la mayoría de sus miembros que eran agricultores, pretendieron darle una orientación exclusivamente gremial en oposición franca y decidida a los intereses ganaderos.

Combatimos en las asambleas esa tendencia que esterilizaría tantas actividades útiles y agravaría el mal aludido y en la revista de la referida asociación marcábamos el rumbo a seguir con las siguientes palabras: "Libre el espíritu de esta Comisión de toda tendencia gremial exclusiva y estrecha, no limitará su acción a un determinado género de actividades, por el contrario incluirá en su programa de trabajos el fomento de todas las funciones y de todos los organismos que intervengan directa o indirectamente en la producción nacional. Piensa esta Comisión como el célebre economista francés que todos los intereses legítimos son armónicos y en consecuencia orientará sus esfuerzos hacia la defensa de todas las aspiraciones justas y hacia la armonía que siempre debe reinar en los distintos órdenes de la actividad rural".

Consecuente con estas ideas yo creo que el técnico que compruebe en su radio de acción esta hostilidad perjudicial para el progreso rural, debe combatirla con todas sus fuerzas. Amplio programa de trabajos se le ofrece: Destruir ese falso antagonismo, hacer sentir los beneficios de la cooperación de ambas industrias; al agricultor, sobre todo al que hace agricultura forrajera, hacerle ver clientes y no enemigos en los ganaderos y marcar en toda oportunidad que se le ofrezca, el valor fundamental del arado en la estancia moderna. La chacra dentro de la estancia, es en mi opinión una de las formas de solucionar esa crisis de tierras para agricultores de que tanto se ocupa la prensa y es por otra parte el mayor impulso de progreso que puede dársele a las extensas zonas de ganadería primitiva con que aún cuenta el país.

No lo recuerdo con precisión en este momento pero creo que hace algunos años el Ministerio de Industrias autorizaba por un decreto a los técnicos oficiales a formar parte de las Sociedades Rurales. Tal decisión obedecía al propósito de que los elementos preparados en el Instituto de Agronomía y Escuela de Veterinaria pudieran prestar más eficazmente el concurso de su ilustración, coadyuvando de manera directa en la obra de las referidas instituciones.

Es indudable que en la mayoría de los casos no les es fácil ingresar a los técnicos a dichas instituciones, ya sea por el carácter de muchas de ellas (sociedades anónimas por acciones de un valor elevado) ya sea porque la inestabilidad de los puestos públicos, es decir, los continuos cambios o traslados esterilicen los propósitos de hacer el respectivo sacrificio pecuniario para ingresar en las mismas.

Y ya que he tocado este punto de la organización de muchas sociedades rurales, quiero dejar establecida una opinión al respecto.

Entiendo que el carácter de sociedad anónima por acciones les resta muchos elementos aptos que podrían ingresar. El pequeño productor, los ganaderos modestos de pocos recursos y el elemento joven y entusiasta que recién entra a la lucha por la vida, podrían hacer el sacrificio de una cuota de entrada y una mensualidad moderada e ingresar a la Sociedad llevándoles el calor de sus entusiasmos, el afán de la acción y los anhelos de progreso de que tanto carecen algunas de ellas. Pero en la forma actual, el monto elevado de la acción es precisamente lo que se opone a la renovación de fuerzas y lo que las convierte, por esa falta de energías nuevas, en instituciones apáticas de labor intermitente (una exposición cada año) y no en lo que deberían ser: asociaciones de trabajo continuado, siempre celosas en la defensa de los intereses rurales y sobre todo, mantenedoras de una estrecha vinculación y Solidaridad entre sus asociados.

Otro inconveniente derivado del propio carácter de estas sociedades, es que gran número de sus acciones por muerte de sus primitivos poseedores, están hoy en manos de viudas e hijos muchas veces sin vinculación alguna con la producción rural y por lo tanto sin interés directo en todo lo que se refiere al progreso de las industrias de la tierra.

En lo que se relaciona con la labor del técnico oficial, cabe pues significar aquí que aquellos que tengan oportunidad de actuar en sociedades como las descritas deben propender a la democratización, o para emplear otro término, a la extensión de las mismas. Y aún no formando parte de ellas, la propaganda puede y debe hacerse entre los accionistas que la componen, para que cambiándole su carácter de sociedades anónimas por el de simples asociaciones, se facilite el ingreso de todos los elementos aptos de la región.

La obra de progreso que ha realizado la iniciativa privada en pro de la ganadería nacional es imposible desconocerla. Las sociedades rurales por medio de los concursos ganaderos propiciaron y estimularon el perfeccionamiento de nuestros ganados imponiéndose, después de una larga lucha contra la rutina, los nuevos métodos de cría.

El Estado cooperó en esta obra mediante el estímulo pecuniario, la sanción de leyes adecuadas y la creación de reparticiones técnicas para el fomento y la defensa de la producción.

Pero esta obra de las sociedades rurales no debe estar limitada, como algunas la han limitado actualmente, a realizar una exposición anual y a protestar contra un nuevo impuesto o una nueva disposición de sanidad animal.

Hay aparte de estas cuestiones de interés material inmediato, muchas otras en mi concepto importantes que requieren su intervención, si es que desean seguir llevando con toda justicia el título de beneméritas instituciones que luchan por el progreso rural.

Estas cuestiones a que me refiero y en las que la colaboración del técnico sería utilísima, las trataré sucintamente porque su exposición detallada le daría a este trabajo otra extensión de la que me he propuesto darle.

Tales cuestiones son las siguientes:

La mestización de los ganados, según se ha hecho notar, sufrió en estos últimos años una paralización, debida precisamente

y aunque parezca paradójico, al florecimiento inusitado de las negociaciones rurales, provocado por la guerra europea. El consumo extraordinario de los frigoríficos y saladeros, hizo que se aceptara toda clase de ganado aún los menos seleccionados y esta fácil salida y los precios excelentes, originaron de parte de los ganaderos un descuido verdaderamente sensible en lo que atañe al perfeccionamiento y selección de las haciendas. Se hizo el sacrificio de la calidad a la cantidad.

Producida por la restricción del consumo, la crisis ganadera actual, ha podido palparse los desastrosos resultados de aquel abandono. Solo encuentran fácil salida los productos muy seleccionados, siendo difícil si no imposible la venta de ganados de clase inferior. Es por lo tanto de necesidad imperiosa en el momento presente hacer propaganda intensa por el mejoramiento de nuestros ganados de carne sin perjuicio de coadyuvar en toda iniciativa tendiente a descongestionar nuestros campos de su exceso de producción.

* * *

La crisis sufrida por la producción lanar ofrece similitud casi idéntica con la crisis de las carnes...

Las lanas gruesas y las lanas que tienen su origen en cruzamientos irracionales sin método ni plan zootécnico alguno, han quedado abarrotadas en los depósitos, despreciadas por los mercados europeos. Únicamente las lanas finas y muy seleccionadas fueron objeto de ofertas apreciables por parte de los compradores y han dado lugar a transacciones satisfactorias.

Debe propenderse pues, en el mismo sentido que para las razas de carne, al perfeccionamiento de nuestra producción lanar.

* * *

Corre parejas con el perfeccionamiento ganadero la intensificación de la agricultura forrajera. No es posible concebir, dadas nuestras condiciones naturales y económicas, una estancia moderna, sin campos roturados sin graneros sin parvas y sin silos.

Las sequías y su calamitosa consecuencia la penuria forrajera, no se puede conjurar en la espera fatalista del pronóstico de Martín Gil.

A la imprevisión de nuestros ganaderos, sólo a la imprevisión, se deben los desastres ocasionados por la última sequía.

Quién haya visto morir materialmente de hambre millares de reses en campos polvorientos sin una brizna de pasto, no puede menos de reprobar esa desidiosa imprevisión que tanto perjuicio ha irrogado al bienestar particular y a la economía nacional.

La propaganda por las praderas artificiales, la henificación y el ensilage, debe ser un complemento indispensable de la que se efectúe en pro del perfeccionamiento de nuestros ganados.

Cabe pues a los técnicos oficiales y a las asociaciones rurales, una participación activa en ella.

* * *

No me refiero en el presente capítulo al fomento de la raza pur-sang cuya finalidad primordial si no única, es fomentar la pasión viciosa del juego.

Me refiero a los caballos de silla (de paseo y de trabajo) y a los caballos de tiro liviano y pesado.

Respecto a estos últimos tan indispensables para el transporte y tareas agrícolas, puede notarse en el país una ausencia casi completa "d'encouragement".

Es cierto que en todas las exposiciones ganaderas tienen su puesto correspondiente en determinado capítulo o categoría del concurso. Pero también es cierto que si ocu-

pan un lugar en el programa, es insignificante su representación en los boxes de las exposiciones.

Contrasta el poco incremento que ha tomado en nuestro país la producción de caballos de tiro pesado, con el desarrollo que ha alcanzado en la República Argentina, de la cual a estar a las informaciones que me han suministrado, somos tributarios en este reglón por muchos millares de pesos al año.

La cría de razas de tiro liviano es también casi nula o incipiente en nuestro país, agravándose los inconvenientes para explotar el negocio de los caballos de lujo por el desarrollo extraordinario del automovilismo.

Pero más extraño es lo que sucede con el caballo de silla. Se ha observado ya el hecho curioso del apego rutinario de nuestra campaña por la raza criolla bovina (que era conveniente suplantar) apego que contrastaba precisamente con la despreocupación absoluta que le ha merecido el excelente caballo criollo que era conveniente conservar y seleccionar.

Hoy se nota una reacción manifiesta en el sentido de estimular la cría seleccionada de nuestro caballo criollo y es en mi opinión, digna de aplauso, la inclusión de la raza criolla equina en los concursos ganaderos y la reciente creación del Stud-Book respectivo.

Pero no solo conviene estimular la cría del caballo de silla desde el punto de vista de su utilidad para la faenas camperas.

Convendría estimular la cría de los caballos de silla (ya sean criollos, árabes, anglo-normandos, etc. abriéndoles un mercado amplio, que no existe en el país y que no es otro que el deporte de la equitación.

Es digno de observar en esta época el florecimiento de los deportes, en esta época que se caracteriza especialmente por el desarrollo de la cultura física, a la que prestan singular atención todos los estados, la indiferencia completa en que ha caído en nuestro país el sano y útil ejercicio de la equitación.

Juzgando el caso con un criterio especulativo, puede apreciarse con facilidad cuanta utilidad reportaría a la producción caballar el fomento de ese hermoso deporte.

En nuestro país, por su tradición histórica, por la idiosincracia del pueblo y por el propio ambiente, debería ser la equitación, el verdadero deporte nacional.

Es claro que no está al alcance de todo el mundo, pero la juventud pudiente podría sustituir, o aunar por lo menos, este deporte al del volante automovilista, con lo cual saldría ganando la virilidad de la raza y la industria nacional. En el viaje de estudios que realicé hace algunos años a Europa formando parte de la cuarta Comisión de Agrónomos, tuve oportunidad de presenciar en Francia un original concurso de caballos de silla organizado por la Sociedad Rural de Nevers. Esta Sociedad efectúa esos concursos en toda la zona ni-vernesa, propiciando el fomento de la equitación y defendiendo así a la producción caballar del abandono en que caía por el avance de los deportes a base de maquinarias.

Era curioso observar el criterio que guiaba al jurado en el otorgamiento de sus fallos. Se prescindía en absoluto de la velocidad, es decir, de la aptitud del animal para la carrera, con lo cual se evitaba la desviación del deporte hacia las pistas de juego.

Se juzgaba el animal en conjunto y en detalle con criterio estético: la regularidad de los aplomos, la armonía de las líneas, la vivacidad, la elegancia; luego su belleza en la marcha, su desenvolvimiento en el galo-

pe y sus aptitudes para el salto, con lo cual se apreciaba también la enseñanza recibida por el animal y la habilidad del jinete.

Este criterio marca con precisión la finalidad que perseguía la Sociedad Rural mencionada. Por mi parte opino que convendría incluirse en estos concursos las pruebas de fondo o de resistencia.

Una campaña semejante que se realizara en todo el país por intermedio de sus sociedades rurales, daría en pocos años resultados tan benéficos para la industria caballar como los obtenidos por los haras ni-verneses mediante los concursos referidos.

* * *

Los Ingenieros Agrónomos destacados en campaña deben incluir en su programa de trabajos la divulgación de todas las medidas higiénicas y profilácticas que preconiza la Policía Sanitaria Animal.

De esta manera, además de vincularse a los productores en las visitas realizadas a sus establecimientos, prestarían un concurso eficiente a la labor de los médicos veterinarios oficiales, que tienen a su cargo zonas demasiado extensas para llevar a todos los puntos sus consejos y sus enseñanzas.

Esta propaganda sobre higiene y profilaxia no puede considerarse por los veterinarios una invasión de atribuciones.

Primero, por que tal cometido está dentro de las funciones que debe desempeñar un Inspector de Ganadería y Agricultura. Segundo, porque mancomunados en tal sentido los esfuerzos de los agrónomos y veterinarios, sería más fácil la lucha contra las absurdas prácticas curanderiles de nuestros paisanos.

De ahí resultaría un doble beneficio: se abrirían mayores horizontes al trabajo profesional del veterinario y se mejoraría el estado sanitario de nuestras haciendas.

Es necesario desterrar para siempre el falso concepto de la rivalidad existente entre ambas profesiones, que ha dado lugar, más de una vez, a polémicas dañosas para la armonía que debe reinar entre ellas.

Hay que proceder de acuerdo en todo lo posible, para hacer obra común de enseñanza y de propaganda.

En este sentido el ingeniero agrónomo que trabaje en la forma ya descrita anteriormente (como director, organizador o colaborador de las asociaciones rurales) debe propiciar en la masa de asociados y de productores en general, las reuniones periódicas para dar conferencias prácticas sobre temas de oportunidad, requiriéndose para estos actos el concurso del veterinario oficial del departamento.

Se facilitaría así extraordinariamente la tarea de divulgación científica encomendada a los funcionarios referidos.

* * *

Las construcciones de nuestros campos adolecen en general, al menos en lo que he podido observar personalmente, de tres defectos capitales: no satisfacen ampliamente las comodidades de trabajo o de vida para que han sido creadas, no llenan todas las condiciones higiénicas exigibles y están mal ubicadas, sin concierto ni método, alguno en la planta general de edificación.

Los locales de uso industrial (galpones de forraje, de esquila, maquinarias, y herramientas, establos, etc.), aún muchas veces los que han sido contruidos a todo costo, son inadecuados; y esto se debe a que el criterio que rige esas construcciones es el de tamaño y no el de distribución interior.

Es muy corriente en nuestros campos oír ponderar el galpón construido en tal o cual establecimiento, fundándose el elogio en sus dimensiones en largo y en ancho, como

si el espacio fuera lo único que debe contemplar una construcción moderna. Y tales galpones son comúnmente verdaderos falansterios, ya que en ellos se almacena forraje y se alojan toros y carneros, y sirven de depósito de frutos y de caballerizas y se guarda maquinarias y vehículos y hasta se aloja en ellos al personal; contrariándose así los más elementales principios de orden, de comodidad y de higiene.

En vez de las construcciones desmesuradas (guárdalo todo) debe construirse locales sencillos, cómodos, adecuados perfectamente a determinada finalidad o a finalidades que no sean antagónicas.

Otro mal de nuestros establecimientos rurales es la aglomeración de los edificios y dependencias.

Es común ver establecimientos en que los establos o galpones de forrajes o frutos están adheridos al edificio que sirve de vivienda, formando muchas veces un cuerpo único de edificación; es corriente también observar corrales y anexos oficiando de guarda-patios.

Tal aglomeración, necesaria antiguamente para la seguridad personal de los moradores, no tiene actualmente razón de ser y sobre ser condenable hoy desde el punto de vista higiénico, ofrece inconvenientes para la vigilancia e implica en los casos de incendio, el grave riesgo de un desastre total.

De estas consideraciones deduzco que es conveniente fomentar el mejoramiento de nuestras construcciones rurales por medio de la propaganda verbal y escrita y de la distribución de planos sencillos de distintas construcciones adaptables a nuestras condiciones económicas.

Respecto a la vivienda cabe hacer reflexiones de otra índole.

He podido observar en una extensa zona del país, una incuria, un abandono lamentable en lo que atañe a las construcciones destinadas a viviendas.

Ya se ha hecho en la prensa y en los congresos rurales cierta propaganda tendiente a su mejoramiento; pero esta propaganda en mi opinión hay que hacerla continuada e intensa en la forma indicada anteriormente.

Donde no haya comodidades para la labor y para la vida, no podrá haber arraigo, no se sentirá el apego y el amor a la tierra. Se trabajará sin ningún interés afectivo, febrilmente, apurando la conquista de la independencia económica para radicarse en las ciudades; abandonando esos campos generosos en manos del arrendatario o del encargado y despreocupándose absolutamente de su mejora y de su embellecimiento.

* * *

No será general este caso (por fortuna para el país) pero puede constatarse con sobrada frecuencia en toda la zona norte.

Este mal del ausentismo de nuestros campos, radica en el concepto de que en la campaña "se vive mal".

He tratado numerosas familias de estancieros pudientes, que consideran un verdadero sacrificio, casi un castigo que imponen las circunstancias, la vida en nuestros campos.

Se vive mal, sí, cuando se mira la vida en el campo como algo muy transitorio, un trago amargo que hay que apurar de una vez para gozar más tarde de las delicias de la vida ciudadana. Se vive mal cuando se reservan para la ciudad las aspiraciones de bienestar y de confort, cuando no se toma amor a la tierra ni el consiguiente interés por su embellecimiento; y cuando no se comprenden las satisfacciones de ese "home" sajón que debe servir de modelo en nuestros campos.

Es por estas consideraciones que pienso que tiene capital importancia para la intensificación del trabajo y para el progreso general de nuestra campaña toda propaganda realizada en el sentido de mejorar la vivienda rural y de hacer más agradable y cómoda la vida en el campo.

Por otra parte entiendo que es criticable el extremo opuesto en que también se suele incurrir; es decir, el lujo desmedido en las construcciones, que si puede ser aceptado por diversos conceptos en lo que atañe a la vivienda, no admite justificación alguna desde el punto de vista económico, si se trata de construcciones para fines industriales.

Estas construcciones sobrado lujosas y onerosas, además de ser antieconómicas, suelen dificultar más tarde la división de la tierra entre los herederos.

Fácilmente se comprenderá que si el capital fijo empleado en construcciones es exorbitante y las extensiones de campo que correspondan a cada uno son limitadas, ninguno estará dispuesto a aceptar este capital fijo a costa de una fuerte reducción en el área de la tierra.

De ahí se deduce la conveniencia de hacer construcciones lo más económicas posibles o de emplear en muchos casos (galpones de forraje, maquinarias, herramientas, etc.) las construcciones desmontables.

Durante la última gran sequía (1917-1918) me han informado que importantes establecimientos ganaderos se vieron en la necesidad de hacer recorrer a sus haciendas, veinte y hasta más kilómetros diariamente, para poder abreviarlas. Por mi parte he visto que muchos establecimientos agrícolas y granjas cuentan para este objeto, en todos los veranos rigurosos, con el arroyo o zanja de cierto caudal que cruza algún camino muchas veces bastante apartado.

La sola enunciación de estos hechos basta para convencer de que hay que ir de inmediato a la solución de este problema; que no es otro por el momento, en mi opinión, que las aguadas artificiales a base de pozos semi-surgentes.

No entraré en detalles, por sobrado conocidos, sobre la importancia capital que tienen para la sanidad animal los bebedores higiénicos (profilaxia contra la lombriz, saguaypé, etc.), ni sobre las utilidades de estas fuentes de agua para el regadío de huertos, plantíos, forrajes, etc.

Se insistirá en que este asunto debe merecer especial atención del técnico, ocupando un lugar preferente en su propaganda.

La acción del técnico en las asociaciones que agrupan a los más modestos productores (agricultores, fruticultores, lecheros, etc.), tiene una importancia fundamentalísima. Son estos los que más necesitan de una organización firme y de la influencia directriz del profesional.

La masa de estos pequeños productores en muchos puntos del país no suele estar suficientemente preparada para organizarse espontáneamente y marchar por sí sola.

Es sin embargo acto de justicia hacer constar que es entre los pequeños terratenientes y los pequeños productores en general, donde se encuentran las mejores disposiciones y los mayores anhelos de avance.

Me ha tocado organizar en mi zona de trabajo, una Sociedad ya mencionada en algunos capítulos de esta tesis, constituida en su mayoría por el elemento agrícola de la región.

Las dificultades inherentes a toda obra nueva, fueron vencidas con relativa facilidad

y es curioso observar hoy a personas envejecidas en el trabajo diario, restringido, egoísta, y sin amplias proyecciones, prestar todo su concurso desinteresado y entusiasta a la obra de solidaridad y de progreso común.

El indiferentismo y el recelo de los primeros momentos desaparecieron dando paso a un ferviente anhelo de mejoramiento.

Cuando sea bien firme la cohesión entre todos los elementos de la zona, cuando arraigue en el convencimiento de todos que la solidaridad es necesaria e imprescindible para el progreso común, entonces será el momento de planear y establecer entre ellos una organización económica perfecta, sobre la base de las cooperativas de venta y de las cooperativas de crédito. Este momento no está muy lejano.

Organizada la Sociedad ¿cuál fué el criterio que guiaba a su directiva? Defender los intereses de los productores de las inconcultas leyes de emergencia, obtenerles franquicias en los impuestos municipales, facilitarles la adquisición de semillas seleccionadas, realizar conferencias prácticas, atender y apoyar sus solicitudes sobre arreglo de caminos, distribuir entre los asociados un boletín ilustrativo sobre la marcha de la Sociedad, con colaboraciones sobre asuntos de interés rural, evacuar consultas, etc., etc.

Y especialmente, interesar la opinión general en esta obra, agrupando en torno de ella a todos los técnicos de la región, solicitando la cooperación del periodismo, apoyando las buenas iniciativas oficiales y ofreciendo su concurso a las autoridades de la Instrucción Primaria.

Debe ser motivo de satisfacción para los iniciadores y colaboradores de esta Institución, ver, como apenas nacida, sostenida por unos pocos y con escasísimos recursos ha ido creciendo paulatinamente, ha interesado la opinión pública, ha defendido con calor todo lo que ha creído justo; ha trabajado en una palabra, continuada e intensamente por el progreso general. Ojalá otras instituciones capitalistas pudieran ostentar iguales títulos.

Me he extendido especialmente al hablar de esta Asociación porque es un ejemplo demostrativo de lo que se puede hacer agrupando a todos los pequeños productores, que, fuerza es decirlo, no han merecido nunca la atención que debieran de las viejas sociedades rurales.

Dentro de estas asociaciones de pequeños productores tiene el técnico tarea útil a desarrollar que trataré por capítulos, sucintamente.

Las malas maquinarias y herramientas son causas muchas veces de fracasos o por lo menos de gastos dispendiosos e improductivos.

La falta de control, la carencia de consejos útiles al respecto, hacen por lo general que el comprador no tenga otros elementos de juicio al efectuar la compra, que las recomendaciones comerciales.

Es necesario en nuestro país, ya que no existe una estación de ensayo y control de máquinas, que los técnicos y las asociaciones rurales se preocupen de recomendar y propagar el empleo de la buena maquinaria, aconsejando a la vez que no se adquieran todas aquellas que no llenen las condiciones técnicas exigibles.

En el mismo sentido podría hacerse propaganda sobre todos aquellos productos industriales de uso agrícola, que no están sometidos a control alguno.

El fomento de la Agricultura, la Lechería y la Fruticultura podría dar lugar

a una exposición demasiado extensa. Me limitaré a anotar los puntos fundamentales en lo que respecta al fomento de estas tres industrias.

En lo referente a la agricultura, fomentar el mejoramiento en la práctica de la preparación de las tierras, hacer propaganda por el empleo de semillas seleccionadas, divulgando la técnica de la selección para que los propios agricultores la realicen dentro de sus establecimientos y no lo esperen todo de los semilleros oficiales, y difundir el cultivo de las plantas forrajeras y de las plantas industriales.

Respecto a la lechería, recomendar el empleo de las buenas razas lecheras, haciéndose la selección correspondiente dentro de cada establecimiento, propiciar los concursos de lechería, divulgar todos los preceptos higiénicos que atañen a esta industria y hacer además propaganda por la higienización y el ensilaje.

Y en lo que se refiere a la fruticultura, propiciar el empleo de variedades seleccionadas, hacer concursos de injertadores y podadores y organizar las cooperativas de venta.

La tarea del Inspector de Defensa Agrícola se facilita y se hace mucho más eficaz por intermedio de estas asociaciones rurales.

Para la divulgación de los métodos de combate contra las plagas, para luchar contra estas y para la investigación misma, su concurso es valiosísimo.

Organizada en forma la recolección de muestras entre todos los afiliados a la sociedad, sería tarea fácil para el inspector comprobar los puntos de infección de una plaga cualquiera y proceder rápidamente con el concurso de los interesados a la extinción inmediata.

El material de combate oneroso, podría sostenerse por la misma asociación, disponiéndose así en cualquier momento de elementos de lucha, que estarían al servicio de todos los rurales de la zona.

Las muestras recogidas en sus establecimientos por todos los asociados constituirían un excelente material ilustrativo, que serviría al propio técnico para sus tareas de enseñanza.

Es halagador observar el incremento que está tomando en el país el cultivo del árbol. La iniciativa particular, la Federación, Comisión Nacional y asociaciones rurales, las instituciones oficiales y la prensa hacen propaganda intensa por la silvicultura.

El Día del Árbol, es en tal sentido, la consagración nacional de esta propaganda.

Pero la fiesta del árbol, de cuyos resultados prácticos con cierta razón se han expresado irónicamente, no ha dado hasta ahora en realidad todo el resultado que de ella se esperaba. Se habla de los pocos arbolitos anémicos que puedan como recuerdo de estas fiestas meramente escolares.

Yo entiendo que está bien fomentar el culto del árbol en los hombres del futuro; pero, como el problema nacional del árbol, es un problema que exige solución inmediata, creo que estas fiestas deben realizarse preferentemente con los hombres del presente. De acuerdo con esta idea he planeado en la Sociedad de Fomento ya mencionada en estas páginas, una fiesta del árbol que es en mi opinión la que más resultados prácticos daría.

Tal fiesta habría que efectuarla de acuerdo con las autoridades municipales del departamento y se realizaría a grandes rasgos de esta manera:

La preparación del terreno para la plantación, estaría a cargo del municipio, que

la haría en terreno propio y por intermedio de la Inspección Técnica y cuadrillas municipales. Los árboles se adquirirían por el municipio o se gestionarían del Vivero Nacional y la plantación se llevaría a cabo por todos los agricultores afiliados a la Asociación, que podrían por su parte concurrir con un hijo o un peón y los útiles correspondientes para la labor. Supongamos que cien agricultores afiliados, cooperen con dos hombres y una pala para la plantación. En breve término dos hombres pueden plantar fácilmente cuarenta árboles (no pongamos demasiado porque se trata de una fiesta). Tendríamos entonces que esta fiesta del árbol representaría anualmente para el municipio un futuro bosque de cuatro mil árboles como mínimo.

Una plantación de esta importancia merecería es claro de las autoridades comunales otra atención que esas plantaciones insignificantes de los escolares, que caen en el descuido y el abandono.

Por lo demás, la concurrencia de las escuelas urbanas a estos actos, sería tan aleccionadora como si tomaran parte directa en los mismos.

Y en breves años podrían los municipios ostentar con justificado orgullo, verdaderos bosques municipales.

En las escuelas rurales, la fiesta podría realizarse sencilla y prácticamente en los propios locales escolares.

Este proyecto por diversas circunstancias no ha podido aún llevarse a la práctica, aunque lo estimo sumamente factible. Sólo una pequeña parte de él se ha llevado modestamente a las vías de hecho y es la distribución de árboles por intermedio de la Sociedad, a las escuelas rurales.

Respecto a la propaganda profesional sobre el árbol, entiendo que hay tres puntos importantes que deben preocupar la atención del técnico y son los siguientes:

1.º Las más grandes plantaciones realizadas en el país y las que se realizan actualmente, están constituidas de especies forestales que no tienen otra utilidad ulterior que la de servir para combustible. Sería conveniente aconsejar la plantación de otras especies utilizables en la industria y en las construcciones.

2.º Propagar el cultivo de las especies indígenas más recomendables.

3.º Combatir la tendencia corriente de

destinar a plantaciones forestales extensas zonas de tierras buenas para el pastoreo o el cultivo agrícola. Excepción hecha de los montes de abrigo, que es necesario establecerlos en plenos pastoreos y en lugar propicio, yo entiendo que para bosques deben destinarse ante todo las tierras inferiores, pobres, los terrenos pedregosos y bañados.

Las asociaciones rurales bien orientadas por el técnico, pueden prestar un concurso invalorable a la labor de las autoridades escolares.

Sabido es que el analfabetismo alcanza en nuestro país un porcentaje exorbitante, sabido es también, que este mal continúa agravándose por la enorme cantidad de niños en edad escolar, que no concurren a nuestras escuelas rurales.

Es el comisario quien debe en nuestros campos convertir en realidad la obligatoriedad de la enseñanza; pero esta tarea de constreñir a los padres a que se envíen sus hijos a la escuela, no la cumplen desgraciadamente con el calor con que desempeñan otras ajenas por completo a sus obligaciones.

Por otra parte yo estimo que son más halagüeños los resultados obtenidos por el convencimiento, que por las medidas coercitivas. Por eso conceptúo invalorable el concurso que en este sentido pueden prestar a la instrucción primaria las asociaciones rurales. En toda asamblea y en toda conferencia que se realice hay que insistir sobre la necesidad de combatir el ausentismo de las escuelas. Conviene hacer de cada uno de los afiliados, un ferviente propagandista de la instrucción primaria, para que en su radio de acción colabore en esta obra de verdadera necesidad nacional.

Muchas otras iniciativas felices pueden llevarse a cabo mediante la acción armónica de las autoridades escolares y de las asociaciones rurales. Citaré al pasar como un ejemplo, las conversaciones prácticas para los alumnos y los padres (realizadas en las escuelas rurales al efectuarse las visitas de inspección) y los cursos de industrias rurales para los maestros de campaña, iniciativas estas de la Inspección de Escuelas, en las cuales colaboré por intermedio de sus técnicos la Asociación que tantas veces he tomado como modelo en este trabajo.

La forma más práctica de propaganda en

nuestra campaña, es la de las conferencias sencillas en pleno ambiente rural.

Sus resultados, he podido comprobarlos personalmente, son eficacísimos. Hemos utilizado cuatro veces en nuestra zona el invalorable concurso de la Cátedra Ambulante de Agronomía, y hemos podido comprobar el interés siempre creciente que han despertado entre los productores las conferencias realizadas por el ilustrado técnico que la desempeña.

Muy pequeña la concurrencia en la primera conferencia efectuada, fué aumentando progresivamente hasta la última que contó cerca de doscientos asistentes. La intensificación de la propaganda verbal dará en el futuro, así lo espero, mayor número aún de concurrentes.

Al mismo tiempo que se realizaba esta propaganda verbal se hacía también la propaganda escrita, requiriéndose, para ella, a fin de producir un movimiento general de opinión favorable a este desenvolvimiento de fuerzas, el concurso de los periodistas, de todos los técnicos de la región, de otros técnicos radicados en la capital y de algunas reparticiones oficiales.

El presente trabajo, un poco incoherente quizás por la forma sobrado escueta en que he querido presentarlo, puede resumirse en la siguiente forma que interpreta estrictamente mi manera de pensar.

Los técnicos oficiales destacados en campaña deben fomentar ante todo la solidaridad entre los productores rurales, luego apoyándose en las asociaciones, vale decir, utilizando el concurso de todos, contribuir al perfeccionamiento de nuestras industrias poniendo en todo momento a contribución sus conocimientos y su actividad, utilizando como arma de lucha contra la ignorancia y la rutina, la propaganda verbal y escrita.

Al tomar como tema de mi trabajo la obra que deben realizar los técnicos oficiales no ha estado en mi ánimo el arrojar la más leve sombra de desprestigio sobre la labor que estos actualmente desempeñan.

He expuesto simplemente con entera franqueza mi opinión al respecto, fruto de mis observaciones y de mi actuación entre los elementos rurales de determinada zona del país.

Por lo demás, para la suspicacia malevolente, vaya el lema del escudo inglés: *Honi soit qui mal y pense*.

PROTOCOLO POLITICO

Con motivo de la visita del príncipe Humberto de Savoya y de la próxima de Alfonso XIII de España, se pone de relieve la necesidad de un protocolo que regule dignamente los actos de cortesía entre los representantes de los países de distinto régimen político.

Sufre de una parte la cordialidad entre los elementos de los pueblos que una representación más o menos legítima de los mismos pretende intensificar, porque la conciencia clara, equívoca, o tergiversada por agentes interesados, sobre los conceptos de gobierno o de patriotismo, reacciona con natural viveza en forma de resquemores y de agria polémica; y de otra, la misma tranquilidad interna, porque las alarmas del atentado y un despliegue excesivo de fuerzas protectoras rodean de continuo al visitante antagónico.

Cuánto no sufrirá también la dignidad íntima de los gobernantes cuya investidura es el término de una discusión jurídica excluyente — pónganse los grados que se quiera, — forzados por movimiento lógico

de las ideas a ver los unos en los otros la usurpación o, cuando menos, el error personificados.

Los actos sociales a que dan lugar estos huéspedes inesperados, quedan deslucidos por la misma comparación bochornosa de incompatibilidades esenciales. La supremacía de una de las dos etiquetas en juego debe añadir al formalismo hipócrita de la comedia — más indigno sería que no lo fuese — aquel sonrojo y humillación causados por el choque de los sentimientos de clase, más cuando no tienen por base otra cosa que un orgullo nobiliario injusto, pero irreductible.

Pa rece ser que vienen los príncipes y los reyes a la joven América, no por lo que haya que ver ni aprender, que es únicamente la futura dignificación del hombre por la democracia republicana, sino en procura de las apariencias de opinión que algunos elementos inadaptados, cierta prensa oficiosa y la indeterminación protocolar, pueden darles, sobre todo una vez pasada por agua, a expensas de la distancia y del equi-

voco, y conjurar con ella la crisis mortal de su prestigio en Europa.

Lo cierto es que por razones de dignidad política y de orden público urge llegar a un acuerdo entre las naciones de distinto régimen, respecto a las posibles formas de urbanidad en el trato de sus representantes. Deberían relacionarse tan sólo entre sí, los pertenecientes a poderes de afinidad constitucional, ministros, legisladores, jueces, pudiendo sin duda los impares de la reyecía, pasearse por donde quisiesen, pero sin compromiso oficial alguno de seguridad y de atenciones fuera de lo que a este respecto establezca la ley común de las naciones consideradas.

Mientras no exista protocolo político, esta forma de cortesía internacional de las visitas oficiales resulta una descortesía monstruosa, por falta lógica de respeto mutuo en los delegados al efecto, y de significación social nula, por falta de las condiciones de espontaneidad con que sólo se ha de valedera la expresión del sentimiento público.

M A R C H A U N A M U N O

¡La sangre! ¡La vida!
 ¡La fe con un grito de cien alas rojas!
 ¡trampolín de nubes en mi corazón!
 ¡Campanas de guerra, de amor y partida!
 Estandartes pálidos de las paradojas
 de Cristo y la luna...! la revolución!
 Y ¡Unamuno! dicen los hondos tambores
 y otros anhelantes clarines mejores
 de los que se arrastran algún batallón.

¡Unamuno! en pechos de los hombres nuevos,
 los americanos hombres soñadores
 de vertiginosos vinos de colores
 que zumban al cálido paso viril.
 Y a la calle pura de estrellas eléctricas
 corre la dramática columna civil.
 ¡Saludos! ¡Sombreros!
 ¡Miguel de Unamuno! ¡Miguel de Unamuno!!
 Las flautas ardientes de los automóviles
 junto a los obreros
 y los estudiantes
 llaman a las viejas y aladas Victorias
 de senos agudos
 en los primitivos cielos de la Historia.
 ¡Sombreros! ¡Saludos!
 Los ojos triunfantes
 rompen el camino con su rosa azul.
 Frentes de alegría, pechos de confianza.
 ¡Juventud de América de luz en la luz!
 Largos abanicos de amor y esperanza
 bajo el aeroplano de la Cruz del Sur.

Ningún sol como ese ¡ninguno! ¡ninguno!
 Miguel de Unamuno! ¡Miguel de Unamuno!
 Y en el pecho se abren dorados jardines,
 cosas de la vida y la eternidad
 Miguel de Unamuno: ¡Palomas! ¡Clarines!
 Vida de Unamuno: ¡Pasión! ¡Voluntad!
 Y en el aire saltan barberos cretinos,
 duques burladores, bachilleres secos,
 canónigos pálidos de vicios cochinos,
 generales títeres que huyen de Marruecos;
 un rey de sainete lívido y atroz.

Muerte. Envidia. Miedo. Pereza. Ironía
 ¡esos enemigos de su alma y su voz!

Y ¡alegría!
 ¡alegría!
 ¡alegría!
 ¡alegría!

América corre junto a él encendida,
 sabe que él pelea por la libertad,
 siente que su trágico amor a la vida
 es lo más hermoso que España nos da

¡Alegría!
 ¡alegría!
 ¡alegría!
 ¡alegría!

¡mil palomas blancas a volar hoy día
 por el del Espíritu y la Humanidad!

Cantos de mujeres,
 luz de las naranjas, brazos de los ríos
 por el de los látigos a los bachilleres
 y qué soledades y qué desafíos,
 el que en Dios se quema, el que nunca engaña
 y él solo es España
 porque le hace viva su mejor verdad.

¡Miguel de Unamuno! ¡Miguel de Unamuno!
 Y corre la negra columna civil...
 Pasan los obreros y los estudiantes
 ¡a la plaza, amigos, el grito viril!
 Pasan las alegres mujeres hermosas...
 (La noche abre el piano de su fantasía...)
 ¡Aplausos! ¡Saludos! ¡Sombreros y rosas!

¡Adiós, Margarita... Aurora... María...!
 Hoy solo hay el alma que quiere subir,
 la fe vencedora,
 allá está la estrella caliente y sonora
 y hacia ella hay que ir.
 ¡Hacia ella nos vamos locos de confianza!
 ¡Fuego, amor, azote!
 Como fué Unamuno, peleando en la luz
 y nuestro querido señor don Quijote
 y nuestro fantástico padre Jesús.

1924.

De Unamuno a los intelectuales uruguayos

Señor doctor D. Carlos Vaz Ferreira. En Montevideo. — Mi buen amigo: Mientras sigue cayendo el baldón sobre mi pobre España co nel silencio de una nevada, me llega hoy, — 11-3-24 — el número de "El Día" de ese Montevideo que publica el manifiesto de los intelectuales uruguayos con motivo de este mi confinamiento. Gracias, hermanos. Hermanos en la lengua del "Quijote", que es la más noble hermandad. Porque sí, acepto reconocido el recuerdo. Me dicen los bachilleres Sansón Carrasco, los barberos y demás gentuza que hay que acomodarse a la realidad. La llamada concepción materialista de la historia profesa que las cosas, — "res" — la realidad, hacen a los hombres, pero mi sentimiento histórico de la historia me dice que somos hombres, las personas, los que hacemos las cosas, la realidad. Dejé allá la realidad triste; me traje acá la personalidad de España. Y Sancho vive allí, desde que figura representar a España el mono de Maese Pedro, el pobre general Primo de Rivera.

No he de volver a mi hoy desgraciada patria mientras siga en ella suelto y desbocado, sin apeos ni bozal, el tétrico general M. Anido, caudillo de monotonía sin gallardía. No está allí segura ni la vida de un ciudadano honrado que no se resigne vilmente a silenciar en público la verdad.

¿Cómo ha caído esto? Desde 1914, a raíz de la guerra de las naciones, se exacerbó la colectiva manía persecutoria que padecen los pobres de mis compatriotas que no han comprendido la misión que Dios — cuyo pensamiento es la historia — reservó a España, a la madre de esas libres repúblicas transatlánticas. Empezó a resonar lo de la "leyenda negra" y a querer fraguar una contraleenda, más legendaria aún, cuya negrura nos ahoga. La germanofilia troglodítica española fué algo tristísimo. A favor de ella el falso casticismo elevó el concepto más soez y grosero, más materialista, de la casta: el culto a lo que llaman la masculinidad. Y los hombres han ido desapareciendo para no dejar sitio sino a los machos y los eunucos.

Pero lo más triste de esto es que los directores del Directorio son los más torpes, los más incultos, los más ininteligentes de la milicia de España. ¡Cómo serán! Se le rompen a uno las alas del espíritu cuando les oye repetir, por pico de ganso, las más huecas y ramplonas "generalidades". (Generalidad, de general, es la vaciedad elevada al cubo). Odian la inteligencia; odian aún más el ingenio y el humor. Odian sobre todo la originalidad y la personalidad.

Más yo confío. Confío en que no ha sido inútil mi acto de dejarme traer acá sin sen-

tencia alguna de tribunal, sin formación siquiera de proceso, ni aún por el delito de "extravagancia", nueva categoría penal que ha inventado el Primo de Rivera. ¿Nueva? No; ni es capaz de inventar nada. Es el viejo delito de herejía que persiguió el Santo Oficio, hoy redivivo. Pero es el último estertor de la envidia ortodoxa y demagógica, de la terrible envidia troglodítica.

Espero que de esto surja la España de más dentro, la España entrañada y entrañable, la que hermane con las demás naciones de la misma sangre espiritual, de la misma lengua. Y que en vez de decir que no hay un pedazo de tierra sin una tumba española podamos decir que no hay un pedazo de cielo sin una idea en castellano.

Gracias a todos ustedes, los hombres del Uruguay. Trasmíta a sus compañeros, a su pueblo, con mi saludo mi fe robusta, mi esperanza viva y vivificadora en el porvenir de la libertad y la dignidad del pensamiento hispano-americano, pensamiento justiciero.

A través de la mar, que sonríe a nuestras trágicas flaquezas desde esta isla venturosa y esquelética, pedazo de África austera, le estrecha la mano. — Miguel de Unamuno. — Puerto Cabras de Fuerteventura, 11-V-1924.

UNA SELECCIÓN DE PAJABRAVA

de JOSÉ ALONSO Y TRELLES

DE LA RAMADA, DEL FOGON Y DE MAS A DENTRO

DESENCANTO

Me retiro, no hay que ver,
Al fudo son sus halagos,
Estos ya no son mis pagos,
Los pagos que dejé ayer.
Ansiaba, amigo, volver.
Pa ver mis viejas taperas,
Y me hayo con puras eras,
Y puras tierras aradas,
Y paisanas remangadas
Cuidando las sementeras.

¡La gran flauta, qué dolor
Ver negriar esas cuchiyas
Ande antes vide tropiyas
De baguales de mi flor,
Hoy sólo el güey arador,
El mancarrón aguatero,
El crioyito... "majorero"
Que come gófio a puñños
Y chanchos enchiqueraos
Que jieden de lo más fiero.

Los que fueron gramiyales
Que daban gusto a los ojos,
Se han convertido en rastros
Tuitos yenos de abrojales.
No hay mangueras ni corrales,
Pero no falta el chiquero,
Ni el galpón, ni el gayinero,
Ni siyas en las cocinas.
Porque ¡ahijuna! hasta las chinas
Cambiaron de asentadero.

¿Chinas, dije? Pues reculo
La expresión; áura el hembraje
Ha cambiáo hasta el pelaje
Con ladino disimulo.
¡Compañero, hay cada rulo!
¡Cada frente de cuajada!
Cada mejiya rosada
Como pintada por Dios
Con carmín, polvos de arroz
Y sebo de riñonada!...

Nada, ¡a volar, a volar!
Ni estos mis pagos han sido,
Ni el que como yo los vido
Los golverá a recordar.
Voy ande pueda pulpiar
Y amañar un redomón,
Ande alegren un jogón
Gáucho que digan primores,
Y hembras que enviden amores
Al cebar un cimarrón.

A LO OSCURO

China, espérame a las once
A esa hora no nos ve náides,
Porque están negras las noches,
Como sotana de fláire.
Dejáte de andar zonciano
Con la vieja y con tu padre,
Qué, últimamente, es al fudo
Esconder lo que eyos saben.
¡Mira quien, china, tu vieja
Pa no cazarla en el aire,
Eya, que jué p'al amor
Como Rivera p'al sable!
¡Ahijuna, vieja alarife!
Si al yegar yo la otra tarde
Se me dejó cáir de punta
Con estas mesmitas frases:
"Mozo, no vaya a hacer buya,
Porque puede recordarse...
Sinforiana, que hace días

Duerme unas siestas muy grandes"
Y me miró sonriyendo
Como pa que yo cociase...
Le barajé la indireta,
Y así, como pa tirarle
De la singüeso, le dije:
"Quién sabe si no vela a alguien"
— "Eso — dijo — como verlo,
Porque a ocasiones, ya tarde,
La siento como que reza"...
— "Pa que el dijunto se salve"
Dije yo.

— "De juramente, —
Dijo eya — pero es muy ave
El tal dijunto y coléa"
— "Pues si coléa, aflojarle".
La vieja al oír esta broma
Dijo, queriendo batiarse:
"Lambéte que estás de "güebo!"
Esa guacha tiene madre".
— Güeno, pues con su licencia,
Le contesté yo al instante.
Y eya, largando el picazo
Respondió:
"Ansina, quién sabe".
— Con que ya sabés, chiruza,
La vieja está de mi parte,
Y al viejo, si se retoba
Puede que le de... un calambre...
Y bale... como ternero
Que se ha quedado sin madre.
No te hagás la chancha renga
Y abríme en cuanto te yame,
Porque he juntáo... tantos besos
que en los lábios no me caben;
Y como esa tu boquita
Es tan chiquita, se me hace
Que pa no desperdiciarlos
Los vi a dar en muchas partes...
Ten cuidáo de no dormirte
Y en la ventana esperáme,
Y no te retobés mucho,
Mi lindo clavel del aire.
Que cuando no puede verte
Se conforma con tocarte
El que sin tu amor no vive
Y es todo tuyo —
Dinarte.

PA EJEMPLO

Ricién, ricién, le habían sacáo el yugo
Al infeliz güey viejo,
Y, yevando el compás con la cabeza,
Bumbiaba p'al manchón de pasto fresco.
Una vaquiyoncita,
Que po'el tamaño, el cuerpo y por el pelo
Parecía importada, al tranco corto
Se jué hacia el manso ansina como al sesgo.
Sin ladiarse del rumbo, con los ojos
Mas bien cerráo que abiertos,
Puede que pa dar sombra a las pupilas
Ande escuende el telar la araña el sueño,
De juro la miró a la vaquiyona
Con mirada e deseo,
Porque hinchando eya el lomo
Como si juese un cerro,
Y castigando l'anca con la cola,
En cuyas cerdas rezongaba el viento,
Disparó dando saltos y balando
Con balidos tan raros y tan secos,
Que eran igual que carcajada loca
Del que al verse tentáo juye riyendo...
Sin explicarme cómo,
La risa aqueya la sentí en el pecho,
Y, redepente, entropiyáo y ariscos
Atropeyaron mi alma los recuerdos,
Y pensé que también a mí, a ocasiones,

Se me asoma a los ojos el deseo,
Un deseo que las penas y los años
Debieran de haber muerto,
Y que de juro desconfió el güey manso,
Porque al pasar, me contempló un momento,
Y en las pupilas en que tejen tules
Las arañas del sueño,
Léi yo que me decía: "Por las dudas,
Aprovechá ese ejemplo...
¡Y ya sabés lo que lo espera al gáucho
Que no apriende a ser viejo!"
1922.

DIALOGO

— Pos Juan, güeno es que sepas que la moza
Anda la probe en un estáo de lástima,
Y si no le jicieron algún daño
Debe tener la paletiya cáida:
Dende que sale el sol hasta que dentro
Se lo pasa llorando la esdichada,
Y tanto lagrimiar, pa lo que entiendo,
Daño tiene que ser una cosa mala.
Pa mejor, se ha escompuesto del estógamo
Que no le para dentro ni pan ni agua,
Y cas de tu compadre el otro día
Dijoles, lloriquiando, a las muchachas,
Que se le hinchán las piernas y los pieses
Y el apetito de comer le falta...
— Pos mujer, con llevarla a ver al méico
U mercar una vela pa las ánimas...
— Mira, Juan, es mejor un curandero:
Los doctores no entienden una papa
De dolencias de mozas, y si es daño,
Pa mi gusto va a haber que santiguasla...
— Y el mozo?
— Quién, ¿Andrés? ¡Ve tu a sabéslo:
Que no luce po aquí va en tres semanas,
Y el muy jijo de perra anda chaslando
Que lo que es por este año no se casa...
— Mujer: ¿y el santiguáo?...
— Vete al jinojo:
Güen santiguáo te fechas sobre el alma
Con esa...

— ¿Pos qué pasa?

— Y no lo sabes?

¿Pa que tienes los ojos en la cara?
Pos tuito lo del daño, y del mal de ojo
El lloriquear, la peletilla cáida
Y el jincharse las piernas y los pieses...
Resultó... lo que yo me maliciaba.
Que el mozo...

— ¡Ve María! ¿esa nos jizo?

¡Jija de la gran perra!...

— ¡Muchas gracias!

VERSOS DE PERICON

C. — En el jardincito e mi alma
Hice almácigo de sueños,
Y me lo quemó al nacer
La helada de tus desprecios.
S. — Eso le pasa al más vivo
Que se mete a jardinero,
Cuando inora que hay semiyas
Que no nacen juera e tiempo.
C. — Dispués que me despreciaste
Mis claveles florecieron,
Porque es tanto lo que yoro.
Que con lágrimas los riego.
S. — Si es verdá no lo publique,
Porque no habrá quien lo quiera,
Sabiedo que hacen sus ojos
Oficio de regadera.

C. — Queréme un poco, chiruza,
Que se me ha muerto mi madre,
Y es lo más triste del mundo
Que no lo quiera a uno náides.

S. — Vas mal, güerfano, volvete,
Porque has erráo el camino;
El que va a mi corazón
No es el que yeva al asilo.

C. — En el cantero en que tengo
Sembradas mis esperanzas,
Paso los días carpiendo
Un yuyo que me las mata.

S. — Pobre mozo que no sabe
Que es tuito al ñudo su esfuerzo,
Ese yuyito no muere,
Porque es el yuyo e los celos.

C. — Al dulzor de unos amores
Tranquilos como un arroyo,
Prefiero yo los rigores
De un desdén como ese tuyo.

S. — Tamién pa mi es más sincero
Que el arroyo el arrebató...
¡Dénmen el odio el cordero
Antes que el amor del gato!...

SI ESTOS GRINGOS!

Eche una copa, puipero;
Vé a sentar el mate amargo

Y en seguidita me largo
Como tautú pa su ajüero.
No le mezquine, aparcero,
A ese vasito culón...
Había sio este nasión,
Fiero... es que yo se lo diga,
Lo mesmito que una hormiga
Pa la casa del patrón.
¡Si estos gringos! ¡Ni que hablar!
Pa vender, mezquinos de uña,
Pero clavan... la pezuña,
Cuando tocan a cobrar.
A poco de negociar
Y cuando usté ni se sueña,
Se le atracan a la dueña
Del potrerito arrendáo
Y le pagan al contáo
Casa y campo y monte y leña.
Y toditos son ansina;
Mientras no hayan güena suegra
Se arranchan con cualquier negra
Que de balde les cocina.
No quieren comer gayina
Porque no les hace cuenta,
Pero adoban la pulenta
Con pajaritos guisáos,
Porque estando amontonáos
De un tiro matan cincuenta.
En lo que no son mezquinos

— Se entiende, pa su provecho —
Es de trasegar p'al pecho
Lo mejor que viene en vinos.
En eso sí, son ladinos
Estos gringos apestáos;
Eyos comerán guisáos,
Si a mano viene, de garras;
Pero ¡hijos de una! en sus farras
P'al vino son delicáos.

Ahura digamé, paisano.
¡Con semejantes padriyos
Han de salir los potriyos
Como pa parar a mano!...
Por eso hay cada orejano
Con el lomo como cerro,
Que no da descanso al fierro
Cuando algún patacón filia,
Y degüeya a una familia
Sin que se escape ni el perro.

Y después dice la gente
Que es un indio el matador...
¿Indio? Acaso po el color
Al yamarle indio no miente;
Pero no es de juramente
De la indiada de mis pagos,
Que si en la guerra hace estragos
Y mata en propia defensa,
Pa la persona indefensa
Nunca tuvo sino halagos.

TRISTEZAS

¿Que en qué cismo, decís? Dejáme un rato
Pensar en lo que pienso,
Porque, a veces, pa juirles a mis penas,
Les ando materiendo a mis recuerdos.
Pensaba... Pero, amigo, esto sí es lindo;
Se me jué el santo al cielo...
De juro una zoncera: ¿en qué otra cosa
Puede pensar un pobre gaucho viejo?
Yo nunca dí trabajo a la cabeza;
¿Pa qué, si mi vivir siempre jué el mismo;
Si entre el hoy y el ayer la diferencia
Jué no más que de tiempo!
En la sobada trenza de mis penas
No se ruepe ni un tiento,
Y va el dolor siguiéndome cerquita
Como atao a la cincha po'el cabresto...
Cuando se cruzan pagos nunca vistos,
Pa no perder el rumbo hay que ir dispierto;
¿Pero en la cancha propia? Hasta el más
[zonzo]

Hace el viaje durmiendo.
¡Pensar!... En las miserias de la vida
Nunca supe poner el pensamiento;
Puse mi corazón confío y zongo,
Y a traición me lo hirieron.
De ahí vienen mis tristezas misteriosas,
Mis horas de silencio...
¡Tal vez mi corazón es ya fináito,
Y cuando estoy ansina es que lo velo!

LA MONTONERA

Y los juimos no más, cuanto las sombras
S'echaron sobre el lomo e las cuchiyas,
Y en las barrancas — consuláo del gáücho —
Entre huncos y entre chilcas,
Ande con más amor trenzan sus gajos
Moyes y coroniyas,
Hoscós y desconfiáos — como matreros
Que juyendo a la lay pasan la vida —
Comenzamos ricién a relincharnos
A los claros del día.
¡Como p'hacerse el lardo era la cosa!...
Sintiendo el pororó de las tropiyas
Rumbo al cuartel, a lo que dan las tabas,
La indiada paró arisca...
Con el freno en la mano
Y arroyáo el apero entre la cincha,
Cuanto la noche me alcanzó su poncho
Enderecé pa la isla,
Y a pata... cón por cuadra gané el monte,
Reventáo de sudor y de fatiga;
Pero ya estaba salvo, ya el segundo,

— Un pueblero e bombiya, —
Mas "cosario" y más máula el hijo e p...erra
Que la que lo hamaó cuando botija —
Al yegar a mi rancho
Pa emparejarme el lomo a la barriga.
— Porque le oyó una vez a un mataperros
Compararlo al del cerro de Arequita —
Me habría pu...ntiáo hasta quedarse ronco,
Medio ahugáo con la hiel de la saliva.
¡Pu...cha gusto machazo
Saber que hemos burláo la Polecía,
Y que tuito lo que hay va a ser de todos
Cuando briye una lanza en las cuchiyas!!...
Y ¡ahi no más relumbró: la tráiba un mozo
De melena y de vincha,
Que, apiándose del pingo que montaba,
Se acomodó en el gacho la divisa,
Y convidó a la indiada:
"Los que sean d'este pelo que me sigan".
Y del pelo era yo, y éramos todos,
Y sin saber ni preguntar que había —
Porque p'al crioyo altivo no hay siñuelo
Como el siñuelo de arriesgar la vida —
De debajo del poncho jué sacando
Cada gáücho una cinta,
Que besaba al ponerla en el sombrero
Como si juese el trapo una reliquia...
¡Sólo en el pobre mío
La partidaria enseña no lucía,
Sólo pa mi no habían bordao leyenda
Las delicadas manos de una china,
Aunque el nombre de aquella q'aun adoro
En mi labio, al morir florecería!!...

AL ÑUDO

Nó vengás a contarme que ha envejecido,
Y que ya no es ni sombra de lo que ha sido;
Porque, como hace mucho que no la veo,
Tal como era hace añares, la ve el deseo.
Dende el día en que empezaron nuestros
[desvíos,
Sólo han ido al galope los años míos
Jueron los d'eya al trote como la luna
Po'entre el'agua mansita de la laguna.
Pa que el aráo del tiempo no la tocara,
Bajo el filo e su reja puse mi cara,
Y los surcos que en eya labró el acero
Le dirán áura y siempre lo que la quiero...
¡Ese cuento e que es vieja, no me entristece,
Que en el fondo el recuerdo náide envejece!

CANTA LA NOCHE

Sobre la cabezada del lomiyo
Que luce en oro de su dueño el nombre,
Como cansáo de sujetar las riendas
Se apoya el brazo convidando al trote.
Obedece el overo,
Que sabe ya que al comenzar la noche
La inquietú de su dueño se adormece
Como en agua e laguna el camalote,
Y, pisando a gatitas la gramiya,
Va saliendo del monte
Pa rumbiar por la costa e la cañada
Buscando un rancho a que da sombra un
molle.
Duebla el ginete el poncho sobre el hombro,
Y pa que al viento su melena flote
Echa a la nuca el gacho y pára el óido,
Y se agacha pa ver el horizonte...
No se mueve ni un pasto; en la yanura
Ni el tero ni el chajá sienten el trote
Del overo que sabe, como su amo,
Que hay que juir de la luz y de los hombres...
En la puerta del rancho
A que da sombra un molle,
Una china hechicera espera a un gáücho,
Y un poema de amor canta la noche.

HOPA! HOPA! HOPA!

Cuasi anochecido, cerquita e mi rancho,
Cuando con mis penas conversaba a solas
Sentí ayer ruidaje como de pezuñas
Y el grito campero de ¡hopa!, ¡hopa! ¡hopa!

Salí y en lo oscuro vide uno de poncho,
Yevando a los tientos lazo y boleadoras,
Que al tranco espacioso de un matungo záino
Arriaba animales que parecían sombras.

— "Paresé, aparcero, paresé y disculpe,
Le dije: — ¿Qué bichos yeva en esa tropa?
— "Voy pa la tablada de los gáüchos zonzos
A venderles miles de esperanzas gordas".—

— Si el mercáo promete y engolosinado
Güelve po'estos pagos en procura de otras,
No olvide que tengo mis potreros yenos,
Y que hasta e regalo se las cedo todas...

Sonrióse el tropero, que era el Desengaño,
Talonió el matungo derecho a las sombras,
Y aún tráe a mis óidos el viento e la noche
Su grito campero de "¡hopa!, ¡hopa!,
[¡hopa!"]

L A G Ü E Y A

Pulpero, eche caña,
Caña de la güena,
Yene hasta los topes ese vaso grande,
No ande con miserias.

Tengo como un juego
la boca de seca,
Y en el tragadero tengo como un nudo,
Que me áhuga y me apreta.

Déme esa guitarra...
¡Quién sabe sus cuerdas
No me dicen algo que me dé coraje
Pa echar esto ajuera...

Hoy de madrugada
Yegué a mis taperas,
Y oservé en el pasto mojáo po'el sereno
Yo no sé que güeyas...

Tal vez de algún perro;
Pero ¡de ande yerba!
Si al lao de mi rancho no tengo chiquero,
Ni en mi casa hay perra...

Dentré, y a mi china
La encontré dispierta...
Pulpero, eche caña, que tengo la boca
Lo mismo que yesca...

Yo tengo, pulpero,
Pa que usté lo sepa,
La moza más linda que han visto los ojos
En tuita la tierra.

Con eya mi rancho
Ni al cielo envidéa...
Pero eche otro vaso pa ver si me olvido,
Que he visto una güeya...

V I D A L I T A S

Yo tenía un espejo
¡Vidalita!
Donde me miraba,
Y eran los ojitos
¡Vidalita!
de la que me amaba.

Ya no ve su imagen
Vidalita,
Donde la veía;
Me robó el espejo,
Vidalita,
La desdicha mía.

Los ojitos negros,
Vidalita,
De pupila ardiente,
Se han ido cerrando
Vidalita,
Perezosamente

Porque aquella llama,
Vidalita,
Que en ellos ardía
La apagó el aliento,
Vidalita,
De otra simpatía.

Ojos hechiceros,
Vidalita,
Que yo quise tanto,
Hoy al recordaros,
Vidalita,
Os envío mi llanto.

TERU! ... TERU...! TERU...!

Tuitas las mañanas en tiempo e verano
Cuando iba de güelta de parar rodeo,
O rumbiaba al tranco campiendo las casas
Reventáo de tanto recorrer potreros,

Como si no juese por voluntad propia
Sino por ladina querencia e mi overo,
Pa mí no había senda que no juese a un bajo
Ande una laguna se escondía entre céibos.

Era que de lejos, a la oriya el agua,
Como virgencita que rezara un rezo
Veía yo a mi china que se me venia
Cuanto me aguaitaba coronar el cerro.

Galopiaba entonces p'ahorrarle camino...
Mi overo, cerquita, se paraba en seco,
Y, afirmándose eya de pié en el estribo,
Con su boca fresca me ofertaba un beso.

Juntitos ansina, clavando mis ojos
Hasta lo más hondo de sus ojos negros,
No sé si buscando que eyos me dijeran
Lo que no sabía decirles yo a eyos,

Tranquiaba mi overo rumbo a la laguna
Contento e su carga y estirando el tiempo,
Mientras en la oriya del agua, sus gritos,
Escandalizados lanzaban los teros...

Recogía mi china su poyera blanca,
Y, tuitos desnudos sus brazos morenos,
Lavaba su ropa yenita e puntiyas
Que aún tenía el perfume de su lindo cuerpo.

Ya hace muchos años y entuavía, a oca-
[siones,
Bajo a la laguna que escuenden los céibos...
¡Pero ya mi china no lava su ropa
Y óigo sólo grito: "teru... teru... teru!"...

H O R A S N E C R A S

¿Ve aqueyas paredes
De adobe, sin techo,
Que al lao de un ombudo
Lucen ayá lejos?
¿Las vido? Pues sepa
Que aqueyo jué un tiempo
Nidito de amores
De este gáucho viejo.
Pasaron los años
Surcándome el cuero
Como a tierra e chacras
El aráo de acero,
Sobre mi cabeza
Mas de tráinta inviernos
Dejaron en hebras
La escarcha e sus hielos
Y aqueyas paredes
Cuasi sin cimientos,
Ni horcón, ni cumbreira,
Ni marcos, ni techo,
Entuavía empacadas
Se ráin del pampero...
Ansinita e firmes
Y como eyas negros,
Tamién del olvido
Se ráin mis recuerdos!
Prendida en la nuca
La mata e su pelo
Con un manojito
De flores de céibo;
Cáido hasta las corvas
Y encrespáo el resto
Como crin de potro
Que alborota el viento;
Redamando gracia
Por todito el cuerpo,
Que tenía la blanda
Suavidá del tiento,
Cuando me miraron

Sus ojazos negros
—Por los que aún del luto
Se visten mis sueños—
Créi que por mi espalda
Subía un hormiguero,
Y que tuito el áire
Se me iba del pecho...
¡Por qué jué conmigo
Tan ingrato el cielo
Cuando con un rayo
Podía haberme muerto!...

Horas que volaron,
Dichas que murieron,
Amor del que a gatas
Quedó otro recuerdo
Que el galope loco
De un cabayo overo
Y el grito e venganza
Que auyaban mis celos;
Aqueyas paredes
Tuito eso sintieron
Al caer de una tarde
Que olvidar no puedo.
Eyas y la virgen
Que está arriba el cerro
Vieron a mi china
Cuando iba juyendo
Enancada a un indio
De vincha y culero
Que de su cariño
De juro era dueño...
Tamién yo la vide
Y, de rabia ciego,
Tantié la cintura,
Me ajusté el sombrero,
Corrí ande pastaba
Mi cabayo overo,

Lo enfrené volando,
Salté en él en pelos,
Le apreté los lomos
Con muslos de acero,
Y salió aquel pingo
Bebiendo los vientos
Como si en sus carnes
Se hincasen mis celos...

Sintiéndome cerca,
Largó el indio al suelo
La prienda robada,
De juro creyendo
Que pa mi venganza
Me bastaba aqueyo,
Y que más liviano
Su flete azulejo
Sacaría ventajas
A mi pobre overo,
Que corriendo siempre,
Corriendo, corriendo
Como si en sus carnes
Mordiesen mis celos,
Diba ya tan cerca
Del indio matrero,
Que viendo era al nudo
Regatiar el cuero,
Pronto pa peliarme
Se dió contra el suelo.
Y áhi, no más, toparon
Mi fierro y su fierro,
Y áhi, nomás, el táita,
Mas zonzó o mas lardo,
Se ligó un "barbijo"
Que andaba sin dueño,
Y aflojó los brazos
Y se vino al suelo.
Yo, al mirarlo cáido

Y viéndolo muerto,
Pa que no se juese
Manié su azulejo,
Y po'el alma el indio
Recé un padre-nuestro
A esa hora en que el mundo
Se queda en silencio...

—¿Y eya? — De rodiyas,
Pálida de miedo,
Juntas las manitos
Como en gesto e ruego,
Cuando cerca suyo
Sofrené mi overo,
Y echando pie a tierra
La cacé del pelo,
Dió un grito tan hondo
Que aún lo estoy oyendo...

Sin decir palabra
Suspendí su cuerpo,
Le escupí la boca
—Nido en que sus besos
Había puesto un "toldo"
Del amor matrero—
Y fijos mis ojos
En sus ojos negros—
Que nunca en la vida
Golvería ya a verlos,—
Ahugáo con la baba
Dije: "Te los dejo,
Te los dejo, china,
Te los dejo abiertos,
Aunque mas no sea
Pa que un poco e tiempo,
Si no sós muy yegua,
Lo yorés al muerto".

MISTERIO

Era memoria linda
La memoria del viejo
Pa contar sucedidos
De quién sabe qué tiempo,
Mientras corría el cimarrón la rueda
Y se enredaba en el ombú el pampero.

Pero había que amañarlo
P'arrancarlo al silencio
Si le araba la frente
Con sus rejas el ceño,
Y en el oscuro espejo e las pupilas
Encendías su luz ciertos recuerdos.

Porque entonce en sus labios,
Tembalequiantes y secos,
Beyaquiaba el rezongo
Como potro mañero,
Y de un costá al otro de la boca
Tranquiaba el pucho de tabaco negro.

A ocasiones él solo
Comenzaba los cuentos
Que el gauchaje del pago
Recogía en silencio,
Viendo rezusitar, como a un conjuro,
La atormentada juventú del viejo

Gurí en la guerra grande,
Mozo cuando Quinteros,
Soldá en la el Quebracho,
Y herido en la del Cerro,
Ande un caudíyo levantaba el poncho,
Ayí estaba él apeliando el cuero.

Eran de ver sus ojos
Medio acosáos del sueño
Arder como las brasas
Del tizón trasfoguero,
Cuando echando a la nuca el "borsalino"
Les contaba e peléas y entreveros.

Los gurises, al óirlo,
Silenciosos y trémulos
Sentían por las venas
Correrles como un juego
La alborotada sangre de la raza,
Y el fin pedían de la historia al viejo.

Pero cáiban las chinas
Curiosiendo el respeto
Con que los gáuchos óían
Las locuras del cuento,
Y, sin saber por qué, sobre los párpados
Del viejo historiador se echaba el sueño.

Y sus labios, contráidos
Por un gesto e despecho,
Hablaban de una trenza
Cortada rente al cuero,
Y de un amor infortuná y triste,
Y de un desdén inexplicable y terco.

Junio de 1919.

RECORDAR

Era un ranchito e fajina
Cerquita de una cañada,
Al láo de un monte de sauces
Criadero de torcazas.
Cuando el sol quería dentrase,
Con lo mejor de mis garras
Ensiyaba un zaino negro,
Que bañaba un buche de agua,
Y al trote, como quien tiene
Tuitas sus cuentas saldadas,
Enderezaba pal nido
Ande el amor me aguaitaba.
El "ras" "ras" de la coscoja
Y el "rayar" de las rodajas
Eran pa'l rancho e fajina
Como el yuyito e la fábula,
Porque se abría su puerta
Y alegre como calandria
A recibirme salía
La que era señora e mi alma...

II

¡Ojos, mis ojos queridos
Que enamoráos me miraban!;

¡Boca, mi florcita e céibo
Que en besos se deshojaba!...
¡Seno esponjá po'el deseo
Como el buche e las torcazas!
¡Cuerpo pa mí más flexible
Que el hunco de la cañada...
¡Por qué después de ser míos
Me los mezquinó la ingrata
Que había jurá me quedría
Hasta dentro e la mortaja?...

III

La otra tarde, a los añares,
Curá de tuitas mis ansias,
En un pingo que lucía
Lo mejorcito e mis garras,
Al trote, como quien güelve
Redotá de una patriada,
Pasé po'el rancho e fajina
Que jué querencia del alma;
Pero no se abrió su puerta
Al temblor de las rodajas,
Ni pa curiosiar siquiera
Si era gáucho el que cruzaba;
Sólo al pasar medio al tranco
Frente a una de sus ventanas,
Vide brillar en lo oscuro
Bajo un mechoncito e canas
Dos ojos medio dormidos
Que redepente se espantan
Al fijarse en mi cabayo
Y reconocer ¡mis garras!

Tala, Febrero de 1919.

QUE DIREIS..!

Clavel del aire que alegras
El mojinete del rancho,
Trébol de olor que perfumas
El tarro ande escuendo el naco;
Calandria que me dispiertas
Dende el ombú con tu canto,
Solcito que desentumes
Los güesos del viejo Pancho...
¡Qué diréis cuando una aurora
No me sintáis carraspiando,
Ni a través del techo e paja
Veáis salir l'humito blanco
Del jogón en que hirve el agua
Con que cebo el mate amargo!...

TIENTO SOBAO

Que quien jué el curioso
Que me dió este perro?
Náides; estos bichos, como el hombre zongo,
Cuando los halagan se dan eyos mismos.

Jué en un mes de Agosto
De no sé qué invierno,
Muy pocos días antes de morir de flaco
Mi cabayo overo,

Que cayó a mi rancho
Maltratá y rengo,
Y clavó en las mías sus pupilas tristes,
Sus pupilas yenas de sombra y misterio.

¡Que de ande vendría?
¡Vaya uno a saberlo!...
Puede que viniese, como yo, del pago
De los desengaños y de los recuerdos!

Le tiré una achura,
Y, aunque estaba hambriento,
Sin hacerle caso, me miró de un modo
Como si dijera: "no vengo por eso".

Aunque sea zoncera,
Pensé yo por dentro:
¡Quién sabe estos bichos no sufren de amo-
res
Y, como al cristiano, los matan los celos!...

Y viendo en tropiya
Venir mis recuerdos,
Le hice unas caricias y, dende esa tarde,
Pa los dos alcanza mi pan y mi techo.

Mientras tomo mate
S'echa cerca el juego,
Y cuando al dormirse siento que soyoza
Como si al pasado lo golviere el sueño,

Se enrieda en la trenza
De mis pensamientos
Este tiento, suave de tanto sobarlo:
"Mujeres y perras... tuitas son lo mesmo".
Tala, Septiembre de 1918.

POBRE ALMA MIA

Cuentan que de tu rancho
Por la ventana
Dentra tuitas las noches
Una luz mala,
Y hay quien porfía
Que es de juro alma en pena...
¡Pobre alma mía!

Quien pudiera vicharla
Dispués que entra
Pa saber si la miman
O la disprecian;
¡Pobre alma loca
Que a aumentar vas tu pena
Viendo su boca!

Y quemando en sus ojos
Tus blancas alas
Que abatirá el enojo
De sus miradas...
¡Almita güena,
No vayas más al rancho
De aqueya hiena!...

Quedáte aquí penando
Cerquita mío,
Que alguien ha de vengarte
De sus desvíos...
¡Tamién los años
Le han de tráer, pa que pruebe
Tus desengaños!

TESTAMENTO

Cuando me esté muriendo
Saquenmén campo ajuera,
Y al láo de una cañada
Ande corra un hilito de agua fresca,
Ande el trébol de olor y la gramiya
Se le brinden al cuerpo como jerga,
Y háiga una mata e pasto
Pa dejar cáer sobre eya la cabeza,
Dejenmén sólo ayí... ¡Solita mi alma!
Pa que náides se entere ni me sienta
Lo que esté po'empacármese del todo
El corazón que a gatas si trotéa.
¡Yo no quiero morir dentro e mi rancho
Como muere el peludo entre la cueva!
Quiero sentir bajo la luz del cielo
La caricia e la tierra
Que jué siempre pa mí como una madre
Y ha e recoger mis güesos lo que muera;
Quiero óir cantar, cuando el sudor me avise
Que me agüaita la autera,
Sobre el ombú e mi choza la calandria
Que tantas veces consoló mi pena;
Quiero ver retozar a los baguales
Que la yeguada encela
Pa recordar los que montaba en pelos
Al salir disparando e la manguera;
Quiero seguir el vuelo e las torcazas
Cuando a la tarde los cardales dejan,
Y van, buchonas, procurando el nido
Ande Amor, arruyendo, las espera.
Quiero aspirar, cuando a morir me vaya,
Los perfumes que al viento dan las sierras,
Y enyenando los ojos de azul-cielo,
Al darle al sol mi adiós lo que se escuenda
Pedirle pa la zanja en que me entierren
Su primer rayo e luz cuando amanezca...

¡No me dejen morir dentro e mi rancho
Como muere el peludo entre la cueva!
Dejenmé agonizar a campo abierto,
La cara al cielo güelta,
Pa verla bien, lo que la noche se haga,
A la adorada estreya
Que les robó la luz a unas pupilas
Que envenenaron tuita mi existencia!...

CARLOS M. PRINCIVALLE

EL TORO

DRAMA ORIOLLO EN TRES ACTOS

Personajes: RITA, CARMELA, LIBORIA, FACUNDO, EL COMANDANTE AGUILERA, EL VIEJO PANTA, TIMOTE, ERNESTO.

ACTO PRIMERO

ESCENA II

Dichos menos Rita

Es el patio de tierra de una estancia criolla. A la derecha del actor, una construcción de ladrillo sin revocar. A la izquierda, paralelamente, una construcción de terrón y paja. Sobre este lado, en segundo término, un gran paraíso, a cuya sombra hay una mesa y un banco rústicos, curtidos por la intemperie. También está el barril del agua. A la derecha, junto a la puerta, algunas tinas con plantas. Al foro, cuadrando el patio, un alambrado y árboles, por entre los cuales se ve una perspectiva de campo.

ESCENA I

El Viejo Panta, después, sucesivamente, Liboria, Carmela, Ernesto, Rita y Timote

(Al levantarse el telón, está en escena, solo, el Viejo Panta, quien, sentado en un banquito de ceibo, trabaja en guascas, a la sombra del paraíso. Ladrán los perros. El viejo se incorpora un poco, pero con ademán de fastidio, vuelve a su trabajo).

PANTA — (Solo). — Alguna china ha de dir...

LIBORIA — (Entrando por el foro, con grandes aspavientos). — El negro Timote, el negro Timote!!

PANTA — (Levantándose con presteza). — No digás! No digás!!

LIBORIA — El mismo, Panta, el mismo!

PANTA — Pero viene solo?

LIBORIA — Solito, ché!

PANTA — No digás! Y el patrón? Lo habrán matao?

LIBORIA — No, que lo van a matar! Dice que quedó pa atrás con el comandante.

PANTA — Me güelve el resuello.

LIBORIA — (A Carmela, que entra por la derecha). — Carmela, avisáale a la patrona, que ricién llegó el negro Timote.

CARMELA — No digás!! Y el patrón?

LIBORIA — Quedó p'atrás con el comandante.

CARMELA — (Saliendo por la derecha). — Patrona, patrona!

PANTA — Ché, Liboria, pero será verídico que viene? No lo habrán matao?

LIBORIA — Timote dice que viene ai, y no veo pa qué va a mentir.

PANTA — Pa dir preparando a la patrona. Vos sabés que la guerra...

ERNESTO — (Entrando por el foro. Usa bastón y renguea). — Quién es ese negro que está desensillando, Liboria? Parece dueño de casa.

LIBORIA — Y cuasi es, nomás... No lo conoce? Es Timote, un pión de confianza del patrón, y jué con él a la regolución, de asistente, como dicen...

ERNESTO — Ah... Y el patrón? No viene?

LIBORIA — Dice que quedó p'atrás con el tata de la patroncita, el Comandante Aguilera.

RITA — (Entrando, agitadísima). — ¿Dónde está? Dónde está?

LIBORIA — Quedó desensillando. (Lla-

mando). — Timote, Timote! Dice la patrona que vengás!

TIMOTE — (Entrando). — Acá vengo, patrona.

RITA — Y el patrón, Timote? Y el patrón?

TIMOTE — No se asuste, patroncita. El patrón está sano y güeno. Ai viene con el Comandante. Me mandó adelante, p'avisarle. Ansina no la agarra de un redepente.

RITA — Ah... Entonces viene tata también?

TIMOTE — Sí, patroncita, el comandante viene también.

RITA — (Tratando de serenarse). — Dame la mano, Timote. Cómo está?

TIMOTE — Contentazo, patroncita. Al fin pego la güelta al pago después de nueve meses de pellejerías. Ah, la guerra es linda p'a el criollo, pero la paz no es p'hacerle ascos...

LIBORIA — Che, Timote, y vos crés que la paz quedó bien arreglada?

TIMOTE — (Dándose importancia). — Es un changüisito que le damos al gobierno...

LIBORIA — Pero patrona, quien iba a decir que Timote iba a pegar la güelta?

TIMOTE — Cruz diablo!

LIBORIA — No t'enojés. Es que una noche soñé que te salían dos alitas, y tocabas pal cielo nel malacara de Panta.

PANTA — (Amostazado). — Cha, negro, No pierde la maña ni pa dir al cielo! Ta pa eso, muenta caballo ageno!

LIBORIA — Ai lo tienen: siempre mequinando el bichoef... Y qué grado tenían, Timote?

TIMOTE — Cabo primero. No ven la güella'e las escuadras en la manga 'el sa-co? Si la cosa dura un poco más me hacen sargento. También! No es por que yo lo diga, pero me tocó bailar, y siempre con la más fierá! Tengo pa contar, ta dejar seca la aguada'e la saliva!

LIBORIA — Güeno, Timote, guardá los cuentos pa luego, que la patrona tiene que dir a mudarse pa recibir al patrón. Patrona, póngase el batoncito celeste que le sienta que es una divinidad.

RITA — Tenés razón, voy a mudarme.

LIBORIA — Ah, patrona, si le parece li hago cantar dos pollos pa la cena.

RITA — Sí, Liboria, hacé lo que te parezca, que yo he quedao media zonzá. No se me ocurre nadita.

(Sale por derecha).

LIBORIA — Che, Timote, y ya conocés a don Ernesto?

TIMOTE — Lo vide ni bien llegué, pero no tengo el gusto'e conocerlo.

LIBORIA — Es un correligionario que cayó herido a la Estancia.

TIMOTE — Ah, tanto gusto... Timote Pereira, pa servirlo en lo que mande.

ERNESTO — Gracias; Ernesto López, para servirlo.

TIMOTE — Y en qué asión lo lastimaron?

ERNESTO — En Tranqueras.

TIMOTE — Entonces jue fieraza la herida, porque ya va pa cuatro meses, y entoavía renguea.

ERNESTO — Sí, me hirieron feo. Por eso he tenido que quedarme aquí, tanto tiempo, abusando... Además no tenía otro remedio que esconderme, porque si me agarran cortado...

TIMOTE — Lo limpean... (Se pasa el dedo por el cuello, imitando la acción de degollar). — Y de ande es, si se puede saber, y no es indiscreto?

ERNESTO — De Montevideo.

TIMOTE — Está con ganas de dirse pa sus pagos, no?

ERNESTO — Ya lo creo! Pero con esta pierna... no me animo a largarme a caballo hasta la Estación.

LIBORIA — Sabe una cosa, don. El pulpero tiene un tiburú, pero eso sí, no sé si le han dejao matungos. Vos has de saber, Panta.

PANTA — Tuitos! Ese gallego está bien con blancos y coloraos... Es como techo'e dos aguas: tiene caída pa los dos laos.

LIBORIA — Entonces qué mejor? Dígale que le empriete el tiburú, don.

PANTA — A güen puerto... Ese no emprieta ni el juego'el pucho...

LIBORIA — Y que se lo arquile, pues.

ERNESTO — Sabe que tiene razón, Liboria? Voy a la pulpería de una galopiadita. Es muy cerca, para que el caballo me haga mal. Si alguno de Vds. quisiera hacerme el favor de echarme el zaino...

PANTA — Que vaya Timote.

LIBORIA — Pucha viejo haragán! Ai lo tienen. Ansina se ha pasao tuita la guerra, con sus guascas... y metido en las casas como potrillo guacho, en lugar de dir a recorrer el campo.

PANTA Y pa qué? Pa qué iba a recorrer el campo? Pa qué? Pa ver tristezas. Pa ver matungos mataos y ovejas sarnosas? Y los alambrados po'el suelo? Pa ver en qué tapera han dejao la Estancia'el Paraíso la gente del gobierno? Bandidos! Saltiadores!

LIBORIA — Y güeno, che, ellos hicieron acá lo mesmito que el patrón y este diablo'e Timote en las estancias de los coloraos.

PANTA — Con todo derecho, che! Pa que aprienda el gobierno a sulevarse contra los blancos!

TIMOTE — Habló como un libro, viejo! Apúntese un tanto!

LIBORIA — Dale piola, no más. Este, con tal de no levantarse...

TIMOTE — Hace bien, que trabaje la mozada. Yo voy a dir a echarle su flete, don.

ERNESTO — Muchas gracias.

TIMOTE — Quiere que vaya aura?

ERNESTO — Sí, porque se hace tarde.

TIMOTE — Güeno, vamos a echárselo.

ERNESTO — (Acompañándolo). — Es un zaino colorado. No lo puede confundir. Ha de estar hecho una bola de grasa.

TIMOTE — También, cuatro meses comiendo!

(Salen ambos).

ESCENA III

Liboria, Cármela y Panta

LIBORIA — Che, cármela, vos lo que podés hacer, es dir barriendo el patio. Ta feo que venga el patrón, y encuentre tuito hecho un chiquero'e chanchos.

CARMELA — También, este viejo! (Tomando la escoba). — Como él no tiene después que meniar escoba, y sacarse tuitas las guasquitas que se ganan en la tierra... (Barriéndole los pies). — Vamos, muévase de ai, pues!

PANTA — Avisá si soy basura!!

CARMELA — Güeno, levantesé. Parece zorro, pa las guascas, pero aura que viene el patrón, ya se le va a acabar el guasqueo...

PANTA — (Levantándose). — Hum... hum... Otra cosa se va a acabar aura...

CARMELA — A ver, qué es lo que se va a acabar?

PANTA — Los gatos lechuzones... Los que andan de noche en dos patas...

LIBORIA — Qué me contás!

CARMELA — Viejo lengua larga!

PANTA — Lengua larga no, sabés! Yo lo vide con estos ojos.

CARMELA — Y, qué vido? Prienda no más, que yo no tengo cola'e paja.

PANTA — (Socarronamente). — Entonces sos gata rabona, che?

CARMELA — Pero si será indino!

PANTA — Más indina sos vos, que andás entreverada con el pueblerito!

CARMELA — Miente!

PANTA — Miente Mandinga! Yo mesmo lo vide largarse'e la catrera a media noche, y rumbiar pacá. Y ni le gruñen los perros... Si estarán cansaos de verlo hacer el viaje del galpón a acá!

CARMELA — Y de ai? Si viene, no viene por mí!

PANTA — Sí, ha de ser por Liboria... Ja... ja... Comprendés aura, Liboria, porque el hombre no acaba de curarse...? Pa no dirse...

LIBORIA — La herida era fea, che... No ves que renguea entoavía...?

PANTA — Con la renguera'el perro... Lo que es a la media noche, no precisa bastón, y anda más ligero y derecho que ñandú... Eso es lo que se va a acabar, china... (Váse Panta por el foro).

ESCENA IV

Cármela y Liboria. — Al fin Ernesto

CARMELA — Viejo comprometedor! No maliciás a quien gatea el pueblerito?

LIBORIA — Si no es a vos...

CARMELA — No, por este puño'e cru-

LIBORIA — Entonces es a... ces!

CARMELA — A ella mesmita, a la patrona...

LIBORIA — (Azorada). — Calláte!

CARMELA — Güeno, yo no voy a cargar con el fardo'e pasto...

LIBORIA — Pueda ser... Pueda ser...

CARMELA — No acreditás? Si querés bombiarlo esta noche... Güeno, esta noche, no, porque viene el patrón, pero yo estoy cansada'e verlo.

LIBORIA — Qué me contás! Y dentra nel cuarto'e la patrona?

CARMELA — Dejuo que dentra!

LIBORIA — Pobre patrón! Güeno, che, él tiene mucha culpa... A los dos meses del casorio la larga pa dirse a la regolución.

CARMELA — Calláte, que ai viene el pueblerito.

LIBORIA — (A Ernesto). — Y le jue a echar el zaino, don?

ERNESTO — Ya fué, y antes que vuelva, quiero hablar con la patrona por si necesita algo para el pulpero.

LIBORIA — Andá, Cármela, llámala. (Váse Cármela). — Güeno, con licencia, don, que tengo que hacer cantar dos pollos pa la cena, y se me hace tarde.

ERNESTO — Vaya no más, Liboria. (Váse Liboria).

ESCENA V

Rita, Ernesto. — Al principio un pasaje de Cármela. — Al fin una entrada de Liboria.

RITA — Me llamaba, don Ernesto?

ERNESTO — Sí, señora. Voy a la pulpería pa ver si el pulpero quiere alquilarme el tilbury. (Viendo que Cármela ha pasado ya). — No hay tiempo que perder, Rita!

RITA — (Agitada). — Sí, lleváme, lleváme pronto! Antes que llegue!

ERNESTO — Cómo? Llevarte ahora, en seguida?

RITA — Sí, en seguida, en seguida, antes que llegue!

ERNESTO — Eso no puede ser. Tu marido va a llegar ahora no más. No tenemos tiempo para nada.

RITA — Oh, porque esperamos hasta ahora? Por qué no nos fuimos ni bien se arregló la paz?

ERNESTO — Vamos, serenáte. De cualquier modo nos mandaremos mudar.

RITA — Sí, pero tengo miedo de encontrarme con él!

ERNESTO — Y de qué tenés miedo? Acaso llevás escrito en la cara que me querés?

RITA — No, pero tengo miedo... Además... yo no quiero verlo... Yo te quiero a vos, Ernesto... y no quiero verlo más...

ERNESTO — Sí, Rita, ya sé, pero hay que tener paciencia. En qué te voy a llevar ahora? En qué? Además, aunque tuviera en qué llevarte, tu marido va a llegar de un momento a otro, y si no te encuentra acá, de seguro que sale a perseguirnos...

RITA — Dios mío!

ERNESTO — Esperáte hasta esta noche, que ya encontré en qué ir.

RITA — En qué?

ERNESTO — El tilbury del pulpero. No te lo dije ya, que voy a la pulpería para alquilárselo? Yo te espero esta noche en el callejón, y después, que nos echen galgos...

RITA — Bueno, sí, pero andate en seguida a ver el pulpero.

ERNESTO — En seguida... Ah, pero...

esté, pero... Vos sabés que yo no tengo plata, y para alquilar el sulky se precisa... Además, también necesitamos para llegar a Montevideo...

RITA — Como cuánto?

ERNESTO — Este... Por lo menos unos quinientos pesos.

RITA — Esperáte, te voy a dar un vale para el pulpero.

ERNESTO — (Deteniendo a Rita, que hace ademán de entrar a firmar el vale). — Mirá, Rita... Tenés mucho crédito con el pulpero?

RITA — Hasta mil pesos puedo pedirle.

ERNESTO — Entonces ponle mil. Es el mismo trabajo para la pluma.

LIBORIA — (Entrando). — Patrona, patrona, el patrón!

RITA — Ah...!

ERNESTO — Ya está ahí?

LIBORIA — No, ricién vienen abajando la cuchilla.

ERNESTO — Bueno, ya va la señora. La impresión la ha depado así, sin saber qué hacer. Vaya no más, Liboria.

LIBORIA — Ta bien. (Váse).

ERNESTO — Andá, apurate con ese vale. Tenés tiempo.

RITA — Ahora no; después. Estoy asustada. Me golpian los dientes.

ERNESTO — Te querés vender? Vamos, serenate, y andá a hacer el vale.

LIBORIA — Patrona, el patrón!

RITA — Voy, voy.

ERNESTO — Andá a recibirlo, y mostrale buena cara. Guardá el corazón para vos. Yo me quedo aquí para no estorbar los saludos. (Empujándola). — Andá, andá. (Sale Rita).

ESCENA VI

Ernesto, después Rita y Facundo. Luego el Comandante

(Ernesto queda solo, esperando. Luego entra Facundo, trayendo a Rita en sus brazos y cubriéndola de besos apasionados).

FACUNDO — (Entre los besos). — Mi prienda, mi prienda! Mi Rita! Acá solites, sin que naides nos vea, pa besarte mejor. Mi prienda!

(Viendo a Ernesto, deja súbitamente a Rita, poniendo un ceño adusto).

Y ése, quien es, Rita?

ERNESTO — Un correligionario, Ernesto López, para servirlo a Vd., Capitán Leites.

FACUNDO — (Como si no lo hubiera oído). — Quién es ese mozo, Rita?

RITA — Un correligionario que cayó herido a la Estancia... No le iba a echar los perros...

FACUNDO — Dejuramente. Traiga esos cinco, compañero. Y no tome a mal que lo haiga recibido ansina... Vd. es hombre, y compriende lo que son estas cosas del corazón... A naides le gusta... Vd. me compriende...

ERNESTO — Comprendo, capitán.

FACUNDO — No, capitán, no... Aura se acabó la guerra...

COMANDANTE — (Entrando). — Angurriente, angurriente! No seas angurriente! Ya te dejé bastante tiempo pa que la besaras. Aura me toca a mí. Pa eso soy el padre.

RITA — (Echándose en sus brazos). — Tata, tatita!

COMANDANTE — M'hija, m'hijita querida! (Después de las efusiones). — Ai te traigo a tu marido. Es decir: yo no lo truje... Pueda que él me haiga traído amí... Si por él juera, no paramo'e galopiar dende que salimo'el desarme. Como no está viejo... Y qué novedá tenés de mi rancho, m'hija?

RITA — El otro día vino ño Floro. Está güeno, pero lo extraña mucho.

COMANDANTE — Pobre ño Floro! Tiene más añares que el tabaco, y guapo entoavía! Y este mocito?

FACUNDO — Es un correligionario que cayó herido a la Estancia.

ERNESTO — Ernesto López, para servirlo.

COMANDANTE — Ah, machuque, amigo. Y ande lo hirieron, compañero?

ERNESTO — En esta pierna.

COMANDANTE — No, ande, en qué asión?

ERNESTO — En Tranqueras.

FACUNDO — (Frunciendo el ceño). — En Tranqueras? Ta visto que no hay güenos doctores por estos pagos... Cuatro meses pa un rajuñón!

ERNESTO — Un rajuñón? No, señor, desgraciadamente. Fué una herida grave, tanto, que todavía tengo que andar con bastón. No vé? Claro que esto no me impediría galopiar algunas leguas, pero no podía salir porque me hubieran agarrado, y tuve que seguir abusando...

COMANDANTE — Hubiera cortao campo, amigazo, y golpiándole la boca a los salvajes, se incorporaba al ejército. Pero no puede negar que es pueblerino...

ERNESTO — Pero Comandante, le parece que no sirven para nada los puebleros? Aquí tiene una muestra... Me hirieron, y no fué disparando...

COMANDANTE — Pero precisó cuatro meses pa curarse... No ve si es flojo? Aprienda de éste, del capitán Facundo Leites. A él sí, que lo lastimaron. Qué balazo, madrequita!

RITA — (Con interés). — Te lastimaron, Facundo?

FACUNDO — Una cosita'e nada... No te mandé decir pa no asustarte.

COMANDANTE — Cosita e' nada? Decí que sos fuerte como viraró. Los doctores estaban asombraos. Tuitos dijieron que cualquier cristiano, con la mitá no más, tenía el pasaporte pal otro mundo. Pero éste, en lugar de dirse pal otro mundo, a los quince días dentraaba otra vez en pelea. Y con qué empuje! Saben cómo le pusieron?

RITA — (Con admiración). — Cómo, tata?

COMANDANTE — El toro.

RITA — El toro? Y por qué el toro?

COMANDANTE — Por fuerte y por bravo. Podés estar orgullosa'e tu marido, m'hija!

FACUNDO — (Con rubor). — No queda bien que usted mesmo mi alabe, Comandante. Mire que es de la familia...

COMANDANTE — Dejáte'e modestias. La verdá es siempre la verdá, ni que la dijiese Mandinga. Ya lo vido, amigo López, no hay que cacariar tanto...

ERNESTO — Yo no cacariaba, Comandante. Sólo decía que me habian herido, y puedo dar gracias a esta casa si salvé la pierna. Por eso no quería irme sin conocer al dueño de casa para agradecerle...

FACUNDO — (Secamente). — Nada me tiene que agradecer. Acá no han hecho más que lo que debían.

COMANDANTE — Dejuramente, a un correligionario herido hay que ampararlo... Aura, si juese'el otro pelo...

ERNESTO — Ahora que ya lo conozco, me voy don Facundo. Mañana tomo el tren para ir hasta la Estación. Voy a ver si el pulpero me alquila el tílbury. Es un tirón muy largo para irme con esta pierna así...

FACUNDO — Haga su gusto, no más.

ERNESTO — Con permiso.

FACUNDO — Es suyo.

COMANDANTE — Ah, mire, aguáiteme un poquito nel galpón. Yo lo acompaño

pa esos laos.

ERNESTO — Sí, señor, con mucho gusto. (Ernesto vase por el foro).

ESCENA VII

Dichos, menos Ernesto

RITA — Cómo! Ya se va, tata?

COMANDANTE — Sí, h'hija.

FACUNDO — Pero no va a quedarse esta noche con nosotros?

COMANDANTE — No, m'hijo, esta noche no precisan compañía... Carculo que ha de ser pa ustedes como la primera noche'el casorio... Y yo ya estoy muy viejo pa paleta.

RITA — Tata, tata...

COMANDANTE — A más, m'hija, estoy ardiendo pa llegar a mi rancho. Vos dirás que allá no tenga nada... Te parece... A falta'eriendas, uno se encamota con las cosas y con los perros... y hasta con el viejo Floro... Güeno, m'hijos, aura que los dejo juntitos otra ocasión como el día'el casorio, me toca dirme a mi también. Adios, m'hija.

RITA — (Abrazándolo). — Adios, tata.

COMANDANTE — Hasta la vista, Facundo. Dame un abrazo'e ley.

FACUNDO — Como no, Comandante. (Se abrazan).

COMANDANTE — Cualquier día de estos cái el viejo a visitarlos... y a ver como van los palomos...

FACUNDO — Cuando guste, Comandante. Ya sabe que ésta es su casa.

COMANDANTE — Güeno, adiosito. (Vase el comandante).

ESCENA VIII

Facundo y Rita. Dos entradas de Liboria

RITA — Ay, Facundo, por qué no me mandates noticias de vos? Estaba con cuidado de que te pasara algo...

FACUNDO — No tuve ocasión, Rita... Como yo no sé escribir...

RITA — Y no recibiste una carta mía?

FACUNDO — Sí, acá la tengo... La he mirao mucho, pero entoavía no se lo que dice... Ah, pero endovino... Ha de decir que me querés mucho, no?

RITA — Sí, Facundo. Pero por qué no buscates a alguno que te la leyese?

FACUNDO — Eso no! Tus cosas y las mías son pa nosotros dos, y naides tiene que enterarse.

RITA — Tenés razón (Después de un silencio). Estás cansao, Facundo?

FACUNDO — Cansao? Y de qué?

RITA — De la galopiadita...

FACUNDO — Si jue una galopiadita'e nada! Cosas de tu tata, que se le alarga el camino...

RITA — Entonces por qué no te alegrás?

FACUNDO — Si estoy alegre, Rita. Muy alegre... Es que me parece mentira que estoy otra vez en mi rancho, y con vos... Aplastao vienen los matungos, esos sí... También, les he bajao la mano! Y si no es por tu tata, que se quedaba p'atrás, anoche mesmo hubiera llegao... Eso sí, me traigo tuita la tierra'el callejón. Andá, h'hija, a cambiarme una ropita pa dir cambiando'e bajeras.

RITA — Mirá, Facundo, ropita no tenés...

FACUNDO — Y ande está la que dejé?

RITA — Esté... Se la dí al pueblerino... Estaba sin ropa...

FACUNDO — (Bruscamente). — Cómo! Le has dao mi ropa a ese?

RITA — Si lo hallás mal, perdonáme... Yo se la dí.

FACUNDO — No, note voy a pegar por unos trapos. Decile a Timote que te dea

la ropa que truje en la maleta. Ta media ardida, pero entoavía empriesta servicio.

RITA — (A la izquierda). — Liboria!

LIBORIA — (Entrando). — Mande, patrona.

RITA — Andá a decirle a Timote que te dea la ropa'el patrón.

LIBORIA — Voy, patrona (Vase por el foro).

FACUNDO — Decíme, Rita ¿quién jué que lo curó a ese?

RITA — Quién...? Liboria y yo...

FACUNDO — Ah... (Pausa). — Y ande estaba lastimao?

RITA — En la pierna derecha...

FACUNDO — No, ande mesmo?

RITA — En el cuadril.

FACUNDO — Ah...

LIBORIA — (Entrando). — Acá está la maleta.

RITA — Voy a aprontarte la ropa, Facundo.

FACUNDO — Andá, no más.

(Vase Rita, por la derecha).

ESCENA IX

Facundo, Liboria

FACUNDO — (Deteniendo a Liboria, que vuelve a la cocina). — Ché, Liboria.

LIBORIA — Me habló, patrón?

FACUNDO — Vení pacá.

LIBORIA — Mande, patrón.

FACUNDO — Decíme, Liboria, ¿quién jué que lo curó a ese pueblerino?

LIBORIA — Y quién va a ser? La patroncita. Tiene una mano pa dotora!

FACUNDO — Ah, sí...? Y vos la ayudabas?

LIBORIA — Ocasiones yo; ocasiones Cármela.

FACUNDO — Y ande estaba él?

LIBORIA — Nel galpón.

FACUNDO — Y naides li'hacia compañía?

LIBORIA — Esté... Panta...

FACUNDO — Y quién más?

LIBORIA — Naides más...

FACUNDO — Mirá, vieja, vos me estás mintiendo. La mesma patrona me acaba'e decir que sabía tomar mate con él.

LIBORIA — Sí, es verdá, patrón... Yo no me acordaba... Cuando entoavía no podía levantarse, la patroncita sabía tomar mate con él.

FACUNDO — (Después de un silencio. Con gran firmeza). — Liboria, me vas a decir la verdá, tuita la verdá!

LIBORIA — (Asustada). — Sí, patrón.

FACUNDO — Ese pueblerino li'arrastraba el ala a la patrona?

LIBORIA — (Confundida). — No... no... Al menos yo no vide nada... Yo no sé nada...

FACUNDO — (Levantándose irritado). — No sabés cuando vas a morir, pero yo te lo voy a hacer saber, si no me decís tuita la verdá. No sabés, disgraciada que yo vengo sabiendo tuito? Ta sé que le dió tuita mi ropa! Con que andá largandorienda!

LIBORIA — Patrón, patrón, yo no sé...

FACUNDO — Mirá, Liboria, vos me conocés.

LIBORIA — Yo no sé... Yo no vide, pero...

FACUNDO — Pero qué? Acabá!

LIBORIA — El viejo Panta dice que el pueblerino gateaba a Cármela...

FACUNDO — (Con un rayo de esperanza). — A Cármela, decís?

LIBORIA — Ansina dice Panta...

FACUNDO — Y cómo sabe él?

LIBORIA — El lo vido enderezar a media noche pacá... (Señala el cuarto de Cármela).

FACUNDO — (Con júbilo). — La mosquita muerta, la mosquita muerta! Güeno,

que le vamos a hacer... Es la sangre moza... (Riendo).— Ta güeno, ta güeno... Andá, llamámela a Cármela. Decíle que me cebe un amargo. Ah, mirá, no le digas nada de eso...

LIBORIA — Ta bien, patrón. (Vase Liboria por la izquierda).

ESCENA X

Facundo, Cármela

CARMELA — Sirvase, patrón.

FACUNDO — (Después de chupar el mate silenciosamente, y fingiendo severidad).— Ta güeno, mócita... muy güeno... ¿Es ansina que Vd. se porta cuando el patrón no está?

CARMELA — Ansina cómo, patrón?

FACUNDO — No salgás haciéndote l'angelita. Ya colegís lo que quiero decirte...

CARMELA — Pero, patrón, yo...

FACUNDO — (Riendo).— Ja... ja... No te asustés... Naidés te va a comer por eso. Al fin y al cabo, tenés la sangre alborotada, y el mocito no es arruinado el todo... Lo que sí que aura el gavilán levanta el güelo, y no te va a dejar mas que la cría, pa que te consolés...

CARMELA — Patrón, eso no es verdá!

FACUNDO — (Irritado).— Cómo que no es verdá? Vas a negarlo, canejó!

CARMELA — Dejuro que lo voy a negar, patrón!

FACUNDO — Que lo vas a negar, decís!

CARMELA — Sí, patrón.

FACUNDO — Mirá, Cármela, es mejor que digás la verdad. Yo no me voy a enojar. Al contrario; ta soy capaz de salirte padrino el guacho. Pero no me negués, no me negués!

CARMELA — Pero si no es verdá, patrón! Lo juro por este puño de cruces.

FACUNDO — Jurás también!

CARMELA — Por este puño de cruces y por el alma en pena de mi madre!

FACUNDO — Pero si Panta vido que andaba con vos!

CARMELA — Mentira'e Panta! El no vido!

FACUNDO — Vido, sí, vido! Vido que enderezaba pacá tuitas las noches!

CARMELA — Vido eso, pero no vido más!

FACUNDO — (Fuera de sí).— Vos sabés lo que estás diciendo, canejó! Confesá, confesá de una vez que era por vos!

CARMELA — No, patrón. Pa que iba a negarlo, si Vd. es tan güeno... Amalaya tuviera un gurí, pa ser comadre suya...

FACUNDO — Entonces... si no era por vos, era por...

CARMELA — Yo no sé... Por mi no era...

FACUNDO — (Con gran dominio de sí mismo).— Ta bien... ta bien... Te pregunté pa ver lo que decías, porque ya venía sabiendo tuito... No la maté... de asco... (Escupe).

(Queda pensativo unos momentos, y luego, después de hacer sonar el mate se dirige a Cármela con voz insinuante). Ta muy güeno tu mate, Cármela... Tómá... (Cuando Cármela va a tomar el mate, Facundo le oprime la mano, quedando el mate en la mano de Cármela, y la mano de ésta en la de aquél).

CARMELA (Confundida).— Patrón...

FACUNDO — (Sin soltarla).— Tenías muchas ganas de ver a tu patrón, Cármela?

CARMELA — De juro, patrón.

FACUNDO — Sabés una cosa? Que te hallo muy güena moza... Pero no esteas ansina, con la cara cáida... A ver, levante esos luceros, pa alumbrar la noche de mis penas.

CARMELA — Le voy a llenar el mate, patrón.

que me hagas compañía... sentate acá, a mi lao...

FACUNDO — Dejate'e mate. Aura quiero CARMELA — Y la patrona?

FACUNDO — Ella...? A mí que me importa de esa...

CARMELA — Pero...

FACUNDO — (Haciéndola sentar).— Sentáte, sentáte... Ansina... Ansina... Mirá, Cármela, tengo que decirte una cosa.

CARMELA — A mí?

FACUNDO — A vos mesma. Y te lo voy a decir sin muchas güeltas... Vos sabés que con la regolución, uno se engolocina en voltiar alambras y cortar campo pa dir derecho. Y el amor es un campo, Cármela... Hasta tiene flores y rosetas...

CARMELA — Patrón...

FACUNDO — Decíme, Cármela, querés ser mi amiga?

CARMELA — Yo?

FACUNDO — Sí, vos mesma, Cármela, vos mesma...

CARMELA — Vd. se está riyendo de mí...

FACUNDO — No, Cármela, es que me gustás mucho...

CARMELA — Pero no tiene mujer?

FACUNDO — D'íande yerba, si vos no me querés!

CARMELA — Y la patrona?

FACUNDO — (Escupiendo).— No me habléis de esa... Entonces no me querés?

CARMELA — Yo...?!

FACUNDO — Me dispiciás? Güeno, yo no te voy a obligar. Hacé tu gusto, Cármela.

CARMELA — Patrón yo...

FACUNDO — No, patrón, no, Cármela, no! Llamáme Facundo...

CARMELA — Patrón...

FACUNDO — Llameme Facundo.

CARMELA — No puedo ni que quiera...

FACUNDO — Vas a poder, si... Vas a poder... (Acariciándola). Prienda, mi prienda, querés ser mía, tuita mía?

CARMELA — (Languideciendo).— Patrón... Facundo...

FACUNDO — Ansina me gusta verte, ansina... A ver, llamáme Facundo... Me gusta oírlo...

CARMELA — Facundo... Patrón... Facundo...

FACUNDO — Ansina... Ansina...

(Quedan silenciosos, cogidos por la mano. Ha oscurecido. Entra Liboria, de la izquierda, con una fuente).

LIBORIA — (Cruzando la escena).— Patrona, acá van los pollos. Tan pa chuparse!... (Vase por derecha. Luego reaparece, saliendo por el foro).

CARMELA — Con la oscuridá, mi ha tomado por la patrona.

FACUNDO — Y ti'ha tomado por lo que sos, no más.

CARMELA — Patrón!

FACUNDO — Qué te asombra? ¿No vas a ser la mujer del patrón?

CARMELA — Es verdá.

FACUNDO — Y aura vamo'a encomenzar por festejar la vuelta, con esos pollos. Pollos! Ni me acuerdo el gusto que tienen...

ESCENA XI

Dichos, Rita

RITA — (Entrando).— Ya tenés todo pronto, Facundo. T'he estao cosiendo la ropita, que venía hecha una lástima. Andá a mudarte, con eso vamo'a comer, que t'hecho preparar unos pollos. (Viendo recién a Cármela).— Pero que estás haciendo aí, Cármela? Desde cuando la piona se sienta delante el patrón, y en el mismo banco?

FACUNDO — (Secamente).— Ta bien ande está: Yo la mandé.

RITA — Bueno, si vos la mandastes... Entonces vas a mudarte de ropa, Facundo?

FACUNDO — Entoavía no.

RITA — Y a comer?

FACUNDO — Entoavía no.

RITA — Hacé tu gusto, Facundo... Yo creía que estabas con apetito, por eso hice sacar la comida temprano... Pero la verdá que está mejor pa dejarse estar acá... A ver, Cármela, dejáme ese lugar.

FACUNDO — (Reteniendo a Cármela que va a obedecer).— Quédese aí!

RITA — Facundo, y yo?! Ese es mi lugar.

FACUNDO — Tuyo? Cuando lo comprés! Tu lugar es lejos de acá, y cuanti más lejos, mejor! (Escupiendo). Me das asco!

RITA — Facundo, por qué me decís eso?

FACUNDO — Y entoavía me lo preguntás, oveja? Salí de mi vista, salí!

RITA — Facundo!

FACUNDO — Qué salgás de mi vista, que salgás!!

RITA — Pero oíme primero!

FACUNDO — No tengo oídos pa vos! Mandáte a mudar en seguida! Andáte antes de que se me vaya la mano! Yo no quiero hacerte el gusto'e matarte, pero el cuchillo me está bailando en la vaina! Andáte, andáte!! (Rita, aterrada, se encamina hacia la derecha).— No, p'ai no, p'ai no! P'ai va ésta, p'ai vas vos, Cármela!!

RITA — Facundo!

CARMELA — Patrón...!

FACUNDO — Aura, Cármela, vamos a comer que ya es hora.

CARMELA — (Atónita).— Patrón...

FACUNDO — Vaya ande la mando... Vd. es mi mujer! Obedezca a su hombre!! (Cármela obedece).

ESCENA XII

Facundo, Rita

FACUNDO — Y vos, mandate a mudar de esta casa! Andáte con el pueblerito, si es que quiere cargar con vos, o de no andáte con tu padre! Pueda ser que tu padre ti haga el favor de matarte. Andáte! Acá no hacés falta pa nada! Vos mesma lo acabás de ver: pego una patada nel suelo, y salen las mujeres ansina y tuitas mejores que vos... Andá, perra! Créias que yo no iba a pegar la güelta? Créis que iba a dejar los güesos blanquiando en una cuchilla? Ansina no más no se mata a un hombre como yo! Por algo me apodaron el toro! (Cambiando súbitamente, ante el inesperado sentido de su apodo).— Aijuna, el toro! Ni que lo haigan endovinao! Cosas de Mandinga pa réirse de mí! (Transición).— Réirse no! El toro tiene guampas, pero es toro! (Entra orgullosamente a sus habitaciones, cerrando la puerta con estrépito).

ESCENA ULTIMA

Rita. Después Ernesto

ERNESTO — (Que entra momentos después).— Ahí, estaba Vd. ahí, señora? Vengo a despedirme... El tren pasa por la Estación a la madrugada, y hay un buen tirón hasta allá... (Bajo).— Ah, veo que estás sola... Yo pensaba hacer una salida falsa, pero no es necesario. Vamos, Rita, dame el vale, y aprovechemos la ocasión.

(Rita, que sigue petrificada, no contesta).

Qué? No te animás? Si no hay peligro. Cuando se den cuenta ya estamos lejos. Además les voy a largar el caballo que

tienen a sogá. Nadie se va a dar cuenta. Timote les está contando cosas de la guerra en el galpón. (Rita, muda, sigue mirando la puerta por donde desapareció Facundo).— Rita, qué hacés que estás ahí parada como zonga? Dame el vale, que el pulpero me está esperando para alquilarme el tilbury. No hay tiempo que perder! Pero no me oís, Rita?

RITA — (Como volviendo a la realidad).— Ah...

ERNESTO — El vale, Rita...

RITA — Váyase de aquí!

ERNESTO — Y vos?

RITA — Que se vaya de aquí, le digo!

ERNESTO — Qué? Te vas a echar atrás?

RITA — Le digo que se veyá, o llamo a mi marido!

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior.

ESCENA I

Rita, Liboria. Después, Panta

(Al levantarse el telón, amanece. Rita, dormida, se halla tirada junto a la puerta, en la forma que quedó al bajarse el telón en el acto anterior. Ocultada por las tinas de plantas para el resto de la escena. Ya claro, sale Liboria de la cocina, con el mate y la pava. Se pone a tomar.)

PANTA — (Entrando por el foro con un balde).— Güen día.

LIBORIA — Güenos.

PANTA — Acá traigo la leche.

LIBORIA — Qué milagro irá a pasar...! Tan temprano, y ya ordeño! Ah!, a mí no me amolás vos... Dejuvo que jué Timote.

PANTA — Me dió una manito. ¿Y de aí?

LIBORIA — Pero dejalo resollar. Ricién vino ayer, y ya le estás abajando la mano. Negro voluntario! Había'e ser yo!...

PANTA — Si me dió una manito no te vayás a creer que jué de puro voluntario.

LIBORIA — Cuidao, no le vayás a pagar...!

PANTA — Cuasi. Tengo que dir a echarle la tropilla. El hombre quedó de a pie.

LIBORIA — Y cómo jue eso?

PANTA — El matungo que dejó anoche a sogá, reventó el maniador, y se jue con el bozal. Ansina que yo tengo que dir a campiar mi malacara, que lo paro a mamando ande quiera. Güeno, decile a Cármela, que acá le truje la leche pal queso. No salga después, con que la truje tarde.

LIBORIA — Y decile vos, pues! O también tenés pereza'e llamarla?

PANTA — (Llamando).— Cármela, Cármela!

LIBORIA — (Con sorna).— Che, no grités tan fuerte, que la vas a despertar...

PANTA — China dormilona! Y eso que anoche no tuvo mucho que hacer... Como que se jue el pueblerito...

LIBORIA — Ah, es verdá que se iba el hombre!... Pero de mí no se dinó despedirse, che... Había sido agradecido el mocito...

PANTA — De mí tampo se despidió. Pa que tanto trabajo...

LIBORIA — Y cuando mesmo se jue? Con los cuentos de Timote, ni me dí cuenta.

PANTA — Yo tampoco lo vide dirse. Se jue a la francesa, como dicen... Pero preguntásele a Cármela... Ella ha de saber...

LIBORIA — Callate, viejo... No te metás... Te lo digo, porque te conviene... Aguaitá un poquito; voy a llamarla.

(Entra en la cocina, y reaparece momentos después, muy agitada.)

La indina! La indina! Sabés que tenías

ERNESTO — Pero estás loca! Que llamás a tu marido?!

RITA — Sí, lo llamo!

ERNESTO — (Incrédulo).— Llamálo... llamálo...

RITA — (Llamando).— Facundoooo!

ERNESTO — (Tapándole la boca).— Calláte, desgraciada! No ves que nos va a matar?

RITA — Que nos mate, Maula!! (Llamando). Facundo! Facundo!

(Ernesto, aterrado, arroja el bastón, y emprende la fuga. Rita escucha. Como sus llamados quedan sin contestación, se mesa los cabellos, sollozando).

Facundo! Facundo! Facundo!

(Y cae en el umbral).

TELON

razón?

PANTA — Qué? Se jue?

LIBORIA — La catrera está intata.

PANTA — No te dije? Voló la paloma...

Con razón el pueblerito se jue calladito!...

LIBORIA — (Que acaba de descubrir a Rita). Mirá!!

PANTA — La patronecita! Y está dormida!

(Ambos se quedan pasmados, mirándose uno a otro, sin saber qué partido tomar).

LIBORIA — Y qué hacemos, viejo?

PANTA — La verdá... Yo no sé... N'esta picada, el más gaucho peludea...

LIBORIA — No hay más que el patrón le ha cerrado la puerta, y se ha pasao ansina la noche.

PANTA — Algún chisme'e Cármela!

LIBORIA — Clavao, viejo!

PANTA — La indina! Y ande andará? Dejuramente está cayendo a la estación con el pueblerito.

LIBORIA — No, Panta, no... Cármela, sabés... Cármela ha de estar aí...

PANTA — Ande!?

LIBORIA — Aí, con el patrón...

PANTA — Qué edcis!

LIBORIA — Lo mesmito que estás oyendo. Aura, vide claro... Cármela l'ha contao tuito al patrón.

PANTA — Tuito qué?

LIBORIA — Que la patrona andaba entreverada con el pueblerito.

PANTA — No digás! Entonces no era por Cármela que venía'e noche?

LIBORIA — Que había'e ser, viejo zongo!

PANTA — Que me contás che!! Y vos crees de verdá que Cármela está aí?

LIBORIA — Dejuvo. Y ande querés que estea? El patrón la a agarrao pa darle celos a la patrona... Amás no se iba a quedar solito, después de tanto tiempo... Me entendés?

PANTA — (Rascándose la cabeza).— Pucha... Pucha... Pucha...

LIBORIA — Y qué hacemos, Panta?

PANTA — Qué hacemos, Liboria?

LIBORIA — Cha viejo lerdo! Nunca tenés una idea güena. Voy a llevarla a mi cuarto. Acá se va a enfermar.

PANTA — Tenés razón. Llevala.

LIBORIA — (Despertándola).— Patrona... Patrona...

RITA — (Se derpierta, y prorrumpa en llanto). Liboria... Liboria...

LIBORIA — (Levantándola).— No llore, patronecita. Venga pacá.

RITA — Y dónde querés que vaya? Dónde? Como no sea pal campo santo...!

LIBORIA — No piense en cosas malas, patronecita... Venga pa mi cuarto. Aí le va a hacer mal el rocío...

RITA — (Dejándose llevar).— Soy muy desgraciada, muy desgraciada!... Liboria... tan desgraciada...

LIBORIA — No llore, patrona... Yo no se

lo que'ha pasao, pero me palpita que tuito se va a arreglar...

RITA — No, esto ya no se enderieza más... No se enderieza...

(Entran en la cocina).

ESCENA II

Panta, en seguida Liboria, después Timote

PANTA — (Solo).— Tan güena! Pobrecita!

LIBORIA — (Limpiándose los ojos).— Me da una lástima, viejo!

PANTA — Y a mí también... Pero qué le vamo'a hacer... Vos sabés que no hay deuda que no se pague ni plazo que no se cumpla... Y esa es una deuda... Y dea gracia que no la ha pagao con sangre.

LIBORIA — Ustedes los hombres, son lo mesmo! La pobre mujer tiene que pagar con sangre y ustedes!... Ahijuna si yo juese Dios por un ratito no más! Y últimamente, quién tiene la culpa de lo qu'ha pasao?

PANTA — Y quién va tenerla? Ella... Me da pena decirlo, pero es ansina, Liboria...

LIBORIA — Qué va ser ella! La culpa la tiene él mesmo! Pa que la dejó a los dos meses del casorio? La pobre no es de fierro!

PANTA — Y a los dos meses, porque la guerra es la guerra! Cuando hay rregolación, no hay tata ni mama. Vos lo sabés. Amás ni que la hubiera dejao al otro día'el casorio... Aunque vos no querás tiene que ser de fierro!

TIMOTE — (Entrando).— Pero viejo Panta, va dir o no va dir a echarme los matungos?

PANTA — Ah, es verdá! Ya ni mi'acordaba... Aguaitá un miñanguito, que te haga roncar este mate.

TIMOTE — Pero muévase, viejo!

PANTA — Estás muy apurao?

TIMOTE — Dejuvo que sí! Tengo que dir a recorrer el campo. Toy ardiendo por dir a orejiar lo qu'han dejao nel mazo'e cartas...

PANTA — Pa lo que vas a ver!

TIMOTE — Pero va dir o no?

PANTA — Voy, voy! Pucha negro apurao! (Sale por el foro con cachaza).

ESCENA III

Liboria, Timote

TIMOTE — Pucha viejo cascarudo! La suerte que el patrón no madruga hoy, porque lo que es él, también t'ardiendo por ver el campo.

LIBORIA — (Con intención).— Vos cres qu'el patrón va a dilatar mucho en levantarse?

TIMOTE — Dejuramente! El hombre l'estará sacando el jugueto a las sábanas...

LIBORIA — Pues lo que es a mí, me está palpitando que aura nomás pone'e punta los caracuses... Y pueda ser que te agarre acá entoavía...

TIMOTE — Ta fresca!... Como pa dejar la catrera, después de tanto tiempo que no sabía lo qu'era cama blanda...

LIBORIA — Cama blanda decís? Pueda ser que nunca se haiga acostao pa su gusto n'una cama más dura... y con más rosetas y abrojos que petizo'e guri...

TIMOTE — Cha, qui'había estao fúnebre! Qué bicho l'habrá picao?

LIBORIA — Y vos no sabés la novedá?

TIMOTE — Qué novedá?

LIBORIA — La Cármela le jue al patrón no sé con qué chisme'e la patrona, y el patrón la dejó ajuera.

TIMOTE — A quién? A la patrona?

LIBORIA — Como lo has óido; a la pa-

trona!

TIMOTE — Qué me contás! Y ante está la patrona?

LIBORIA — Aí, en mi cuarto. Yo la llevé, porque se pasó la noche ajuera y le podía hacer mal!

TIMOTE — Callate, que ai abren la puerta.

LIBORIA — No te dije? Es él mismo.

ESCENA IV

Dichos. Facundo

FACUNDO — (Muy sombrío).— Güen día, AMBOS — Güenos días, patrón.

LIBORIA — (A Facundo que se ha sentado silenciosamente).— Le cebo un amargo, patrón?

FACUNDO — Traí la pava.

LIBORIA — Yo se lo acarreo, patrón.

FACUNDO (Irritado). Traí la pava!

LIBORIA — Voy patrón, voy! (Sale).

FACUNDO — Y vos que hacés ai, Timote, mirándome como bicho raro? Si t'estarás riyendo de mí!

TIMOTE — Yo, patroncito!

FACUNDO — Sí, vos mismo! T'estás riyendo pa dentro! Tuitos se réin de mí n' esta casa!

TIMOTE — Porque me dise eso patrón? (Compungido).— Usté sabe que naides lo aprecea más que yo... Ta mi'haria achurar por usté...! Y no es porque yo lo diga... Acuérdese, patrón, cuando lo baliaron. Quien lo sacó del medio el juego? El pobre negro... Y aura me dice que me estoy riyendo de usté...!

FACUNDO — Tenés razón. Soy un mal agradecido... Perdoná, negro. Es que estoy desconfiao como matungo tuerto. Ya no conozco al que es güeno pa mí. Si Timote, acreditó lo que decís. Vos sos un amigo'e verdá.

TIMOTE — Sí, patrón...

FACUNDO — Y el único amigo que me queda en esta casa. A los demás no puedo ni verlos! Los echaría'e la estancia'el Paraiso pero si antes pudiera cortarles la lengua! (Irritado). Liboria, apurate con esa pava!

LIBORIA — (Saliendo diligente).— Acá está patrón.

FACUNDO — Dejála aí.

LIBORIA — Gusta que le ponga un churrasco, patrón?

FACUNDO — Poné.

(Vase Liboria).

ESCENA V

Facundo, Timote. Al fin Liboria. Una entrada de Panta

TIMOTE — Patrón...

FACUNDO — Ah, estabas aí, entuavía? Qué decís?

TIMOTE — El overo que quedó anoche atao a sogá, reventó el maniador, y se jue con el bozal. Panta salió a campiarlo nel malacara viejo.

FACUNDO — Decís que reventó el maniador?

TIMOTE — Sí, patrón.

FACUNDO — Y vos lo viste reventar?

TIMOTE — No, patrón. Esta madrugada cuando juí a buscarlo, me hallé con el pedazo'e maniador que había quedao.

FACUNDO — Es raro... Ese maniador no lo han reventao baguales... y aura salimos con que un sotreta cualquiera lo revienta... Andá, traeme el pedazo que quedó.

TIMOTE — Voy, patrón.

(Sale, y reaparece con el pedazo de maniador).

Sírvase, patrón.

FACUNDO — (Después de examinarlo).— Ande tenés los ojos? Este maniador jue cortao a cuchillo. Mirá.

TIMOTE — Es verdá, patrón!!

FACUNDO — (Con sorda cólera).— Ya me estaba pareciendo!

TIMOTE — Pero quién puede ser?

FACUNDO — Y quién querés que sea? Un ladrón!

TIMOTE — Ladrón zonzo tiene que ser! En tuito el pago, el overo es más conocido que yerba mala! Cómo pa robar el overo!

FACUNDO — No, no es el overo que me han robado! Es una yegua! Pero la culpa la tengo yo! Pa qué no la maté! Pa que se fueran los dos riyéndose de mí! Ah, pero... no se van a reir mucho tiempo! Andá, ensillame el tostao parejero. Se van a escapar si son brujos!

TIMOTE — No, patrón. Si la patrona está aí.

FACUNDO — Ande decís?!

TIMOTE — Aí' nel cuarto 'e Liboria.

FACUNDO — Ah... Está aí? Está aí? Más vale ansina!... Más vale ansina! Entonces el hombre cortó el maniador de puro naco. Procuró dejarnos de a pie, pa que no lo persiguiéramos. Maula!!

PANTA — (Entrando).— Timote, ya están los matungos en la manguera. Güen día, patrón. (Vase).

TIMOTE — Cuál quiere que le agarre, patrón?

FACUNDO — (Que ha quedado pensativo).— Agarrar pa mí? Y pa qué?

TIMOTE — Pero patrón, ya no se acuerda que venía con tantas ganas de recorrer el campo, pa ver lo que le habían dejao?

FACUNDO — Y que me importa las ovejas que me han robao. Timote? Ni las vacas? Yo ya venía conformándome con lo que me hubieran dejao... con cualquier refugio... Al fin y al cabo me hacían un favor, no robándome tuito lo que se podía robar, pero me han robao lo que yo no creía que se podía robar... lo que yo creía que estaba seguro como mi mismo campo, como la mesma cuchilla que ves aí!...

TIMOTE — Patrón...
FACUNDO — Andá, Timote, andá... Agarrá caballo pa vos solo, y salí vos solito al campo... Contá las ovejas, contá las vacas... Pa mí es lo mismo... Yo ya estoy quebrao... quebrao pa tuita la zafra... pa tuita la zafra... (Ooculta la cabeza, con gran desaliento).

TIMOTE — Si me lo contaran no lo hubiera creído!... El capitán Leites entregao ansina!

FACUNDO — (Reaccionando).— Entregarme? En la perra vida! En la perra vida! A ensillar, Timote! Y vamos juntos a contar tuito lo que me han dejao: haré de cuenta que me han robao una oveja más! (Disponiéndose a salir).

LIBORIA — (Entrando con el churrasco).— Patrón, patrón, acá traigo el churrasco!

FACUNDO — Aura no quiero.
LIBORIA — Pero se va a dir sin churrascar?

FACUNDO — No has óido que no quiero? (Vase con Timote por el foro)

ESCENA VI

Liboria. — Después Panta

LIBORIA — (Sola).— Cha, que está chúcaro! Güeno, Liboria, comé vos, comé vos... (Planta el asador en el suelo, y come).

(Momento después entra Panta, a reculadas, como quien dispara).

Ya andás matreriando, Panta? Tenés miedo que te lleven a trabajar?

PANTA — No. Le ando sacando el cuerpo al patrón, porque anda hecho un ca-moatí.

LIBORIA — Querés comer?

PANTA — (Sacando un cuchillo).— A mi juego me llamaron. (Come).

LIBORIA — (Comiendo).— Era pal patrón, pero el hombre no tiene ganas... Pobre! También, na es pa menos...

PANTA — Aura no quiere saber más de nada que con Timote. El negro le ha ganao el lado de las casas...

LIBORIA — Che... che... che... Ai sale esa... Y se hace la avergonzada... Si será oveja...

ESCENA VII

Dichos — Cármele

PANTA — (A Cármele, que sale muy avergonzada).— A güen tiempo, Cármele... A güen tiempo...

CARMELA — Gracia. Aura no tengo ganas. Gracia.

PANTA — No hay por qué dirlas.

CARMELA — Vd. las merece.

PANTA Pero no tuitas las veces...

LIBORIA — (Con mucha sorna).— Cuando se ofrece...

PANTA — (Con malicia).— Y qué tal, qué tal...? Cómo se ha pasao la noche...?

CARMELA — (Cortada).— Bien...

PANTA — No te pongás colorada... esas son cosas de la vida... No es ansina Liboria?

LIBORIA — De la vida'e las arrastradas!

CARMELA — Arrastrada, no, sabés!

LIBORIA — Güeno, no te enojés, Jenara, no teenojés... Je-na-ra...

CARMELA — Jenara serás vos! Este batón es mío, bien mío!

LIBORIA — Mío dijo el gato... Ya te va a dar la patrona que te pongás un batón de ella...

CARMELA — De ella? Cuando lo compre! El patrón me lo dió.

LIBORIA — Qué te lo va a dar! Vos lo habrás cargosiao pa que te lo diera, y el patrón medio dormido te habrá dicho: güeno, agarrálo, y dejáme dormir.

CARMELA — No. Salió de él mismo. El mismo me dijo que me agarrara tuitos los vestidos pa mí.

LIBORIA — Tuitos?

CARMELA — Tuitos, sí.

LIBORIA — Sali di'ai!

CARMELA — No acreditás! Mirá la llave'el ropero. (Les enseña una llave que saca del seno).

PANTA — (Con admiración).— La llave también? Si lo habrás embrujao!

LIBORIA — Y vos no sabés, Cármele, que el que muenta caballo ageno lo dejan de a pie nel campo?

CARMELA — Güeno, callate, Liboria!

LIBORIA — Y por qué me voy a callar? Avisá si sos la patrona!

CARMELA — Ya lo creo que soy!

PANTA — (Admirado).— No digás, che!

LIBORIA — Viejo zonzo! Y le hacés caso?

CARMELA — Ya lo creo que soy!

LIBORIA — Andá creéte, y vendé el poncho... (Aparece Rita en la puerta de la cocina). Mirá... Mirá... Arregláte con esa...

ESCENA VIII

Dichos — Rita

RITA — (Precipitándose furiosa sobre Cármele).— Sinvergüenza! Más que sinvergüenza! Ya poder ir liando tus trapos, y tocando de acá! Sinvergüenza! CARMELA — Yo no tengo la culpa... Jué el patrón que me obligó... yo no quería...

RITA — Y todavía te atreves a decir que no tenés la culpa! No sos ninguna gurisita, pa que te lleven a la fuerza! Pero yo te voy a enseñar a respetar a la patrona! Ya te mandás mudar de acá, ya, en seguida!!

CARMELA — Espere que venga el patrón... Salió pal campo...

RITA — Esperarlo? Yo te voy a dar esperar! Mandate a mudar en seguida, antes que te saque yo misma de las mechas! ¡Oh! Aura que me fijo! Quien te dió licencia pa ponerte ese batón?

CARMELA — El patrón me mandó que me lo pusiera!

RITA — Pues yo misma te lo voy a sacar a pedazos! (Se abalansa sobre Cárme-la, queriéndoselo arrancar).

CARMELA — Déjeme, Patrona! Déjeme! Me lo dió el patrón! yo no quería! Pero me obligó a ponermelo. Y me dijo que tuitos sus vestidos eran pa mí!

RITA — (Separándose súbitamente). — Mentís!

CARMELA — Sí me dijo! Dice que usté lo dejó sin ropa por dársela a otro, y el podía hacer lo mismo!

RITA — Mentis, te digo que mentis!

CARMELA — Mire la llav edel ropero! Me la dió.

RITA — (En el paroxismo de la ira). — Canalla! Canalla! El no. Vos! Vos sos la canalla! Mis vestidos! Nunca! Quedate con ese batón si querés! Quedate con él! Todos modos, yo no me voy a poner lo que has ensucio vos! Pero entregáme esa llave! (Se la arrebató). — Si habrás metido tus manos roñosas entre mi ropa! Pobre de vos! (Entra corriendo a sus habitaciones).

ESCENA IX

Liboria, Panta y Cárme-la

LIBORIA — Viste lo que es güeno, che... ¿Te creías que tenías agarrao a Dios por las patas?

PANTA — Dejála, no la amolés...

LIBORIA — Pa que aprenda pa otra ocasión.

CARMELA — Aura, ni bien venga el patrón, se lo voy a contar...

LIBORIA — Podés contárselo no más, que la rociada no te la sacás d'encima... La patrona es la patrona... Ya podés dir liando tus trapitos...

CARMELA — Nese espejo no se va a ver.

LIBORIA — Avisá, si aura vas a mandar más que la patrona!

CARMELA — Yo no se nada... Aura lo que venga el patrón, van a ver con quien se casó caña-güeca! Yo no sé nada...

LIBORIA — Cha, que habías sido bobeta! Si te creías que por que estuviste una noche con el patrón, ya sos doña Cárme-la? No comprendés que el patrón ti'agarró pa darle celos a la patrona? No comprendés, disgraciada? Y se te hace el campo orégano!

PANTA — Dejala, Liboria, no la amolés... Quién sabe... Uno vé tantas cosas n'esta perra vida...

LIBORIA — Sí, defendéla no más, defendéla.

PANTA — Quién sabe, Liboria...! A lo mejor, el patrón se ha encamotao con ésta... El mundo da tantas güeltas... Yo ya no mi'asusto por nada... Quien sabe... Quien sabe...

LIBORIA — Vos, Panta, en lugar de darle tanto a la sin güeso, lo que podés hacer es dir a echarle el sotreta de ésta... Crelo, Cárme-la, lo siento'e verás, pero que le vamos a hacer... La patrona es la patrona... Vos mesma, con tuitos tus humos, abajastes el cogote...

PANTA — (Alarmado). — Che, si me parece que viene el patrón. (Observando).

— Si, es él mismo. Ai si'abaja.

CARMELA — Aura van a ver con quien se casó caña-güeca!

LIBORIA (Escribiendo el bulto). — Voy a poner el puchero... (Váse).

ESCENA X

Facundo, Panta y Cárme-la

FACUNDO — (Entrando a reculadas). — Sí, largálo no más! No quiero seguir viendo eso! (A Panta, que se escapa). — Vení pacá, Viejo! Avisá, si mi'andas sacando el cuerpo.

PANTA — No patrón...

FACUNDO — Güeno, no pongas esa cara'e asustoa, que naides te va a comer!

PANTA — No, patrón...

FACUNDO — Y qué has estao haciendo vos, en tuito el tiempo'e la guerra? Salgo ai no más, y ya me topo con los alambraos por el suelo! Qué has estao haciendo que no los acomodabas?

PANTA — Y pa qué, patrón, si al otro día los voltianaban... Era lo mismo que echar leña al fogón...

FACUNDO — Güeno, desde hoy, te vas a pasar arreglando alambraos, ta que se concluyan!

PANTA — Ta bien, patrón.

FACUNDO — Andá no más.

(Váse Panta).

ESCENA XI

Facundo y Cárme-la

(Facundo se reconcentra en un silencio sombrío. Cárme-la para llamar su atención, finge llorar).

FACUNDO — Qué tenés? Porqué estás llorando, ansina? (Cárme-la no contesta). Contestá, Cárme-la. Qué tenés? Ti'han hecho algo?

CARMELA — Sí...

FACUNDO — Y quien jue? El viejo Panta?

CARMELA — No...

FACUNDO — Liboria?

CARMELA — No...

FACUNDO — Ah, entonces jue... la otra...

CARMELA — Sí.

FACUNDO — Y qué te hizo?

CARMELA — M'echó. Dice que me mande a mudar de l'estancia, y hoy mesmo!

FACUNDO — Que te vayas vos! Ta loca!

CARMELA — Verdá, patrón... digo... Facundo... Verdá que usté no quiere que me vaya?

FACUNDO — Dejuero que no! Acá la que tiene que dirse es ella!

CARMELA — Sí, si, échela, patrón! Eche-la, Facundo!

FACUNDO — Ya la eché!

CARMELA — Sí, pero no ha hecho caso! Ella se cree la patrona entuavía. Y si no la vuelve a echar, no se va dir...

FACUNDO — Ande está?

CARMELA — Ai, nel cuarto.

FACUNDO — (Irritado). — Ande, decís? En mi cuarto! Y porque la dejastes dentrar?

CARMELA — Qué l'iba a decir yo... no me animaba...

FACUNDO — Que no se diga! No sabés ni defender tu nido! No parecés mujer! Aura mesmo la voy a sacar cortita! (Entra y reaparece momentos después, trayendo a Rita).

ESCENA XII

Facundo, Rita y Cárme-la

FACUNDO — Salí pa juera! Salí! Naides te a dao licencia, pa dentrar ai. (La arroja al suelo).

RITA — (Llorando). — Facundo!

FACUNDO — Ya no te dije anoche que te

mandaras mudar de la Estancia'el Paraiso? Qu'esperás pa dirte? O querés que te despidan con el arriador? Aura mesmo tocás de acá, aura mesmo!

RITA — Facundo!

FACUNDO — Voy a decirle a Timote que prienda el carro, pa que te lleve al rancho'e tu padre. (Se dirige hacia el foro).

RITA — (Desesperada). — No, Facundo!

FACUNDO — Ah... tenés miedo de dir con tu tata...?

RITA — Miedo, no! Ya no tengo miedo'e nada! Pero no m'echés, Facundo! Por el amor de Dios, no me echés!

FACUNDO — Ah... No te querés dir...?

RITA — No me echés, Facundo. Por lo que más querás.

FACUNDO — (Pensativo). — Ah... no te querés dir... no te querés dir... Y que vas a hacer acá? No hay lugar pa vos.

RITA — Cualquier rincón es bueno para mí...

FACUNDO — Pero qué vas a hacer...?

RITA — Lo que querás que haga!

FACUNDO — (Después de un silencio). — Ta güeno... ta güeno; cáis a tiempo...

Casualmente, mi'hace falta una piona... Pago cinco pesos... Te conviene?

RITA — Facundo!

FACUNDO — Ah, no te conviene? Te vas a otra parte donde te paguen mejor...

RITA — Vos sabes que yo no quiero nada!

FACUNDO — De balde, no... Nunca mi'han gustao las agregadas... Con que no se'hable más... Voy a decirle a Timote, que prienda el carro.

RITA — (Deteniéndolo). — Espérate, Facundo!

FACUNDO — Te quedas con ese trato?

RITA — (Sollozando). — Facundo!

FACUNDO — Es pa eso que me llamás? Pa llorar?

RITA — No, vení, vení. Me quedo como vos querás!

FACUNDO — Entonces te conviene?

RITA — Me quedo como querás!

FACUNDO — De piona, eh!

RITA — De cualquier cosa!

FACUNDO — Ta bien... Ya lo has oído, Cárme-la... Como piona; y cuando no ande derecho, me lo avisás.

RITA — (Llorando). — Facundo...! Facundo...!

FACUNDO — No me llamés Facundo, canejo! Llamame patrón! Teneme respeto como piona, ya que no me lo tuvistes antes!

RITA — Virgen santa!

FACUNDO — Güeno, váyase a llorar a otro lao!

(Váse Rita por la izquierda).

ESCENA XIII

Facundo y Cárme-la. — Después Liboria

CARMELA — Echela patrón! Digo: echála, Facundo!

FACUNDO — Echarla? Y pa qué? Dejálala que se quede; pior pa ella...

CARMELA — Echála, Facundo!

FACUNDO — No, Cárme-la, no me pidas eso. Es al ñudo!

CARMELA — Vos la querés, Facundo! Vos la querés!

FACUNDO — Yo!

CARMELA — Sí, vos la querés!

FACUNDO — No, ya te lo dije que no quiero más que a vos!

CARMELA — Y entonces pa qué no la echás?

FACUNDO — Pa... pa hacerla abajar el cogote... Es mi revancha... Pedime cualquier cosa... Tuito lo que querás...

Menos que la eche... Pero si querés que le cue'lge la galleta a Liboria, hacé tú

ESCENA ULTIMA

gusto... O a Panta... O a los dos juntos.

CARMELA — Sí, sí, a Liboria! A Panta no; el viejo es güeno.

FACUNDO — Como gustés. Decile no más a Liboria que puede dir tocando.

CARMELA — Digaselo usté... digo... vos; la vieja es muy retobada.

FACUNDO — Liboria! Liboriaaaa!

CARMELA — Lo que menos aguarda la vieja, pero lo tiene bien ganao...

LIBORIA — (Entrando). — Mande, patrón.

FACUNDO — Te llamo pa avisarte que vayás liando tus pilchas, y que toqués aura mesmo'e la estancia.

LIBORIA — Que dice patrón!

FACUNDO — Sos sorda? Que te mandés a mudar aura mesmo'el Paráiso!

LIBORIA — ¿Y porque me echa?

FACUNDO — Preguntáselo a Cárme-la.

Es ella la que te cuelga la galleta.

LIBORIA — Cómo, Cárme-la? Sos vos!

CARMELA — Sí.

LIBORIA — Y porqué me echás?

CARMELA — Pa que aprienda a respetar a la gente ¿sabes?

LIBORIA — Pero en qué te'e faltao. Cárme-la? Si te dije algo no jué pa ofender-te. Vos asbes que yo te quiero! Y cómo no te voy a querer, si se puede decir que cuasi te he criaó! Porque vos vinistes acá que eras una gurisita, con la pollera arriba del garrón... No mi'hagns echar, Cárme-la! (Cárme-la calla, irreductible).

— Perdoname si t'he faltao. No seas rencorosa! (Llorando). — Ya sabés que dirme de acá, es dirme di'un galope pal camposanto!

FACUNDO — Güeno, qué tantos lloris-queos! Vaya a arreglar sus pilchas, y venga que le voy a pagar.

LIBORIA — Patrón!

FACUNDO — No ha óido? Que salga de acá!

(Liboria váse por la izquierda).

ESCENA XIV

Facundo y Cárme-la. — Al final Rita

CARMELA — Pobre! Le tengo lástima!

FACUNDO — No servís mucho pa patro-na... Te dejás ablandar por un lloris-queo...

CARMELA — Si yo no le tengo rabia a Liboria. La vieja no es mala, y me quiere... Yo no le tengo rabia... A la que le tengo rabia es a la otra!

FACUNDO — Pues no tengás cuidado... La otra también se va dir como ésa...

CARMELA — (Contenta). — Sí, echála Facundo!

FACUNDO — Echarla no? Y pa qué? Se va dir sola sin que naides la eche...

CARMELA — No, no se va dir sola... Yo sé que no se va dir sola... le tiene miedo al Comandante...

FACUNDO — Si, te digo que se va dir sola y tan lejos se va dir, que no la vas volver a ver en tuita tu vida...

CARMELA — (Contenta). — Sí? Y ande se va dir?

FACUNDO — Pa donde dice Liboria que se va... Pal camposanto...

CARMELA — La vas a matar?

FACUNDO — Yo? Y pa qué?

CARMELA — Entonces quien la va a matar?

FACUNDO — La vida... La vida mesma... (Muy sombrío). — Echarla? Pa qué... Pa qué... Pa qué... Matarla? Pa qué...

(Rita aparece. — Facundo, viéndola, se retira bruscamente).

Rita y Cárme-la. — Al fin Liboria)

RITA — (Suplicante). — Andáte, Cárme-la, andáte!

CARMELA — Qué me vaya? Ande?

RITA — Di'acá. De la estancia, Cárme-la!

CARMELA — Yo?

RITA — Sí, vos, Cárme-la. Yo no te echo, te pido!!

(Cárme-la no contesta).

Sé buena, Cárme-la! Acordate que yo siempre jui buena con vos! Qué mal te hice yo pa que me hagás mal a mí?

CARMELA — Y quién li'hace mal? Si las cosas si'han puesto ansina, yo no tengo la culpa'e nada.

RITA — No, vos no tenés la culpa. Yo no te echo la culpa, Cárme-la. Es mi suerte perra. Pero andáte, Cárme-la, andáte! Pueda ser que si vos no estás acá, él me perdone!

CARMELA — Yo no puedo dirme.

RITA — Sí, podés si querés! Y vos vas a querer porque sos buena. Vos no tenés el alma atravesada, Cárme-la! Amás, yo te voy a dar mucha plata. Toda la que querás!

CARMELA — No preciso; el patrón tiene pa regalar!

RITA — Sí, pero no es tuya!

CARMELA — Cuasi.

RITA — No, Cárme-la, las apariencias te engañan... Acetá lo que yo te doy. Eso sí que va a ser tuyo. De lo otro no vas a sentir más el olor. Yo te voy a dar hasta mis vaquitas.

CARMELA — No quiero nada!...

RITA — Andáte, Cárme-la! (Arrodillándose). — Mirá, te lo pido de rodillas! Te lo pido por lo más sagrado! Por lo que más querás n'esta vida!

CARMELA — Por lo que yo quiera más n'esta vida? Si es por eso mesmo que no me voy!

RITA — (Irguiéndose). — Y qué es lo

querés más n'esta vida?

CARMELA — Facundo!

RITA — Mentís, mentís! A Facundo lo quiero yo sola, yo solita! Qué lo vas a querer Vos, arrastrada!!

CARMELA — Yo, arrastrada?

RITA — Sí, vos misma!

CARMELA — Ah, sí? Aura mesmito lo voy a llamar a Facundo pa que la eche! Aura mesmo!

RITA — No, Cárme-la, no le digás nada!!

CARMELA — Pa qué me insulta?

RITA — (Suplicante). — Perdonáme, Cárme-la, no te voy a decir más nada! Nada que te ofenda! Pero no le digás a Facundo, no le digás!

CARMELA — Güeno, por esta vez no le voy a decir nada, pero pa otra ocasión, ya sabe!

LIBORIA — (Entrando con un atado). — Patrona, patrona! Me echan! Dígale al patrón qu eno me eche!

RITA — Quién? Yo?

LIBORIA — Sí, Vd. mesma, patroncita!

RITA — Y qué vas a sacar con que yo le pida? Yo no soy más que vos.

LIBORIA — No diga eso. Vd. es siempre la patrona!

RITA — No, ya no soy más que una pioná como vos! Y gracias que no me echan! Gracias!

LIBORIA — Patrona! No diga eso!

RITA — Sí, Liboria, una pioná como vos, pero con más suerte... A mí no me echan...

(Haciendo mutis, sollozando).

Una pioná... una pioná...

(Rita entre en la cocina. Liboria, pasmada, deja caer el atado de ropa).

CARMELA — Has óido, Liboria? Una pioná como vos, pero no con más suerte que vos... como ella dice. Tampoco a vos te echo. Levantá ese atado, y andá a guardar tus pilchas otra vez. No te echo. Era pa pegarte un susto, no más... Ansina aprendés a respetar a la patrona...!

TELON

ACTO TERCERO

La misma decoración

ESCENA I

Liboria, Panta y Cárme-la

LIBORIA — (A Panta, que trabaja en guascas). — Ya sabés, Panta, que a Cárme-la no le gusta que guasques acá. Créia que habías perdido la maña, pero volvés a las mismas.

PANTA — Tenés razón, ya ni mi'acordaba! También, como hace un mes que no trabajo en guascas! El mejor se olvida!

LIBORIA — Un mes? Sali di'ai!

PANTA — Sacá las cuentas. Desde que el patrón pegó la güelta, tuitos los santos días me tiene nel campo, arreglando alambrados. Por suerte que si'acabaron! Cha, que habían quemao postes!

LIBORIA — Güeno, dejáte'e prosa, y andá a jeder a otro lao con tus guascas, que si viene Cárme-la...!

PANTA — Sí, en seguidita. Esperate que rejunte las guasquitas del suelo. (Está en dicha operación cuando entra Cárme-la).

LIBORIA — No le digás nada, Cárme-la. El pobre no se acordaba que a vos no te gusta que ensusee el patio.

CARMELA — Aura no me importa. Como yo no soy la que tiene que meniar esco-ba! Quédese si gusta, viejo, y ensusee no más. (Con intención). — No ha de faltar quien barra...

PANTA — Gracia. Pero aura ya paré la mano, y me voy a matiar ni bien acabe'e rejuntar estas guasquitas.

CARMELA — Y pa qué las rejunta?

PANTA — Pa que quede limpio, pues.

CARMELA — No viejo. No le digo que no ha de faltar quien barra? Deje, deja, no más...

PANTA — Ta bien.

CARMELA — Y tire esas guasquitas que tiene en la mano.

PANTA — Como no? Menos trabajo! Con licencia, patrona...

(Váse Panta por el foro).

ESCENA II

Cárme-la y Liboria

CARMELA — La voy a hacer barrer a ella.

LIBORIA — Pobre! Tenéle lástima!

CARMELA — Que se vaya! Pa la falta que hace!

LIBORIA — Dirse no se va a dir, por más que la persigás. Dirse no se va a dir...

CARMELA — Pior pa ella.

LIBORIA — Tenéle lástima! No se puede dir ni que quiera, está embrujada. Vos nunca vistes lo que hace el venao con la víbora?

CARMELA — Ver no vide, pero tengo óido contar.

LIBORIA — Yo sí que lo vide con mis ojos. El venao encomienza a dar güeltas alrededor de la víbora, como pa marirla. Al mesmo tiempo que da güelta va largando una baba nel suelo, y la víbora se queda adentro'el corral de baba,

quietita, quietita, como encandilada... Después, el venao se va, y aí queda la víbora pa siempre, pa siempre, nel corralito'e baba. Parece cosa'e nada esa habita, y pa ella es la tumba. No la puede vandiar...

CARMELA — Mirá, Liboria, en lo de la víbora tenés razón, porque ella no es otra cosa. Pero en que no va a dirse, no. Le voy a hacer la vida más pesada que carreta'e güeyes, hasta que espiente. Ya me tiene llena! Hace un mes, y entoavía la tengo delante'e las narices, atravesándose por tuitos los rincones, como alma en pena... No soy dueña de salir del cuarto, que ya me topo con ella!

LIBORIA — Tenéle lástima... Si no va a durar mucho. Ta, que es una osamenta!

CARMELA — Mirá, Liboria, no me pidás por ella, no me pidás! (Llamando con rabia). — Rita! Rita!

LIBORIA — Güeno, hacé lo que querás. Vos sos la patrona, y ande manda capitán...

ESCENA III

Dichos y Rita

CARMELA — No ha óido que la están llamando? Venga a barrer el patio, que está hecho un chiquero'e chanchos.

(Rita, silenciosamente y con suprema resignación, toma una escoba que está contra la pared).

Y que quede bien limpio, eh?

(Váse Cárnela por la derecha).

ESCENA IV

Rita y Liboria

LIBORIA — Tenga pacencia, patroncíta... Esto no puede dilatarse pa siempre... No va a durar mucho...

RITA — No, mucho no va a durar... Cualquiera día me encontrás muerta en un rincón...

LIBORIA — Eso no! No piense en malas cosas! El patrón la quiere a Vd. y algún día tiene que aflojar... Dice que él es un toro, pero ni el toro es de fierro, cuando el corazón anda entreverao...

RITA — No, pa mí ya se acabó todo, todo! — (Llora).

LIBORIA — No llore, patrona. Si Vd. quiere yo me animo y le cuento tuito a su tata, el comandante, pa que arregle las cosas...

RITA — (Con viveza). — No, no! Has óido, Liboria? No le contés nada! No quiero!

LIBORIA — Si es su gusto...

RITA — Sí, es! (Se pone a barrer).

LIBORIA — Patrona...

RITA — (Tristemente). — No me llamés patrona, Liboria... Yo soy menos que una piona, mucho menos! El último trapo sucio'e la cocina, se aprecea más que yo...

LIBORIA — Pa mí, Vd. es siempre la patrona.

RITA — Vos sos muy buena, Liboria.

LIBORIA — Deme, deme esa escoba, patrona. Se va a estragar las manos con los callos.

RITA — Y pa qué querés que no me salgan callos? Pa que quiero las manos lisitas si a naides voy a acariciar.

LIBORIA — No diga eso, patrona, no diga eso... Amás es muy pesao pa Vd. este trajín... Deme, deme. (Intenta quitarle la escoba).

RITA — No, dejáme que me acostumbre, dejáme.

LIBORIA — Güeno, haga su gusto, patrona. (Ladran los perros). — Aí viene un carro. Ha de ser algún turco. Voy a curiosiar lo que trai.

(Váse Liboria por el foro).

ESCENA VI

Rita. — Después Facundo.

RITA — (Barre. — Entra Facundo y se pone a mirarla con aire irónico). — No, no barro más! Matame si querés, pero no barro más! (Arroja la escoba lejos de sí).

FACUNDO — (Con cachaza burlona). — Ta güeno... ta güeno... Vos no sabés lo que se hace con las pionas retobadas? No sé de naides que las mate... Lo que se hace es echarlas... nada más... Con que ya podés dir liando tus trapitos...

RITA — (Recogiendo la escoba y poniéndose a barrer nerviosamente). No, no! Barro, barro todo lo que querás! No m'e chés!

FACUNDO — Ansi me gusta, ansina...

RITA — Sí, todo lo que querás. Entoavía es poco, que no me echás! Y me consentís que te vea!

FACUNDO — (Sarcástico). — Y pa qué querés verme?

RITA — Pa vivir!...

FACUNDO — (Queriendo cortar). — Ta bien... siga... siga... (Se aleja conmovido, para aproximarse nuevamente a Rita). — Ta güeno ya... ta güeno... No barro más...

ESCENA VIII

Dichos. — Cárnela

CARMELA — Por qué le decís que no barra más? Yo la mandé barrer.

FACUNDO — Y aura yo le mando que deje'e levantar tierra. Voy a matiar ajuera.

CARMELA — Ah, vas a matiar? Yo te hago compañía. Rita ¿ha óido? Vaya a cebarnos un mate.

RITA — Yo...? ¡Nunca!

CARMELA — Ah, no? Entonces ya puede dir arreglando sus trapos.

FACUNDO — Vaya a cebar. No sea retobada, mocita...

(Rita sale sumisa).

CARMELA — Va vide que estabas de conversa con ella.

FACUNDO — Mesmo. Pero no te gustaría que estuviera ansina de conversa con vos...

CARMELA — Güeno, a mí no me gusta que hablés con ella, ni pa bien, ni pa mal.

FACUNDO — Avisá si aura te vas a poner celosa, china...

CARMELA — Celosa, no, porque vos no podés quererla! Pero no me gusta, — ¿sabés? — no me gusta... la piona es la piona.

FACUNDO — Y pa castigarla la mandás cebar mate ¿no? Ja, ja! Sos hereje, china!

CARMELA — Y aura vas a salir teniéndole lástima? Como si juese muy pesao cebar mate! Y esta servidora que ha hecho tuita su vida? Y me has óido quejarme?

FACUNDO — Y qué más querés? No la mandé yo mesmo que te obedeciera?

CARMELA — Sí, porque si no tenías que echarla... Acaso soy zonza? Lo que hay en plata es que no tehas acabao de sacar el lazo, Facundo...

FACUNDO — Qué lazo?

CARMELA — El lazo'el amor...

FACUNDO — (Vivamente). — No! Eso, en la perra vida! ¿Sabés? Y pa probarte que es ansina mesmo como te digo, hacé de ella lo que querás!

CARMELA — Echarla también...?

FACUNDO — Tuito, menos eso.

CARMELA — No ves?

FACUNDO — Bien sabés vos por qué hago eso! Es pa que sufra, pa que sufra. Después que la haiga dejao bien golpiada, la echo yo mesmo, yo mesmito!

CARMELA — Qué güeno sos, Facundo! Perdoná si no ti'ha gustao lo que te dije... Jue pa probarte, por que te quiere... Aí viene ésa.

(Ambos están sentados en el banco. —

Rita alarga el mate a Facundo; Cárnela se lo arrebató).

No, trai!

(Entrega el mate con ostentación a Facundo, quien se pone a tomarlo silenciosamente. — Cárnela, con toda intención, lo acaricia).

RITA — Ah, no, eso sí que no! En mi cara, nunca!

CARMELA — Qué decís? Qué no? No faltaba otra cosa aura! Y no sólo hacerle caricias! Tuito lo que yo quiera! Pa eso es mío, mío! (Lo abraza y lo besa frenéticamente, hablándole al mismo tiempo). — No es verdá que sos mío? Tuito mío, mi viejo querido? Tuito!

FACUNDO — (Sustrayéndose a las caricias). — Dejáme... dejáme... Es muy fuerte... Es muy fuerte...

(Facundo se desprende de Cárnela, y váse precipitadamente).

ESCENA IX

Rita y Cárnela

CARMELA (Furiosa). — Si no te gusta, andáte!! Naidés te tiene atada a sogá! Andáte si no te gusta que lo acarisee, o de no mordete el codo! Porque so soy muy dueña'e besarlo cuando se me dea la gana ¿sabés?

RITA — Dueña, no!

CARMELA — Sí, dueña, y bien dueña! Facundo es mío, y no me lo vas a sacar vos!

RITA — Mentira! Vos no sos pa él más que el mango'e su arriador! Te agarró pa castigarme!

CARMELA — Eso es lo que quisieras vos!

RITA — Sí, te agarró pa castigarme! Pero algún día me ha de perdonar, porque yo lo quiero!

CARMELA — Ah, con que lo querés...? Tarde piastes... Quien jue a Sevilla perdió su silla... Pero andá, andá, qué lo vas a querer... Contásele a otra...

RITA — Lo quiero!

CARMELA — Salí di'ai! Como te plantó el pueblera, aura querés agarrarte a Facundo como saguaypé... Si te crerás que Facundo se está chupando el dedo... Y ni que se lo chupase! Pa qué estoy yo? O te cres que no me quiere?

RITA — Que te va a querer a vos, arrastrada!

CARMELA — Ah, con que pa vos soy una arrastrada? Y por qué? Porque no estoy casada con él, ¿novordá? Y ricién salís acordándote'el cura? Porque no te acordaste'el cura cuando la jugabas sucio con el pueblera?

RITA — Arrastrada, arrastrada!

CARMELA — Quien pa hablar! No me tiznés... Soy más decente que vos con casorio y tuito!

RITA — Arrastrada!

CARMELA — (Con supremo desprecio). — Andá, andá a revolcarte con el primer roñoso que caiga a la Estancia'el Paráiso! Anda! (Escupe).

RITA — Víbora, víbora! Te voy a matar como a una víbora, como lo que sos! Yá raraca!

CARMELA — A mí?

RITA — Sí, a vos misma!

CARMELA — Ja, ja, con qué juego?

RITA — (Enseñando las uñas crispadas).

— Con éste!

CARMELA — Ah, con que mi'amenazás?
Pues mi'alegro! Hubieras encomenzao por ai! Porque aura sí que vas atocar di'acá, de la Estancia'el Paráiso! Aura sí!

RITA Eso es lo que quisieras vos, pero nese espejo no te vas a ver!

LIBORIA — (Desde el foro). — El Comendante!

(Váse Liboria).

RITA — Ah, tata!

CARMELA — Parece que te alegrás porque viene el Comendante? Pero yo también mi'alegro... Aura sí que se va a enterar de tuito, porque ni bien venga pacá le voy a contar delante'e tu tata que querés matarme! Aura sí!

RITA — No, no le digás nada... No te voy a matar...

CARMELA — (Sarcástica). — Ah, me perdonás la vida...? Güeno, gracia... Bien dicen que perro que ladra no muerde... Ah, pero yo estoy cansada, ¿sabés? yo estoy cansada de tuito lo que pasa! Una de las dos está sobrando, o vos o yo. Ansina que podés dir juntando fuerza pal encontronazo!

RITA — (Suplicante). — No, Cármela, no...

CARMELA — O vos o yo! Decidite! Si te vas de la Estancia no le digo nada! Decidite!

RITA — No puedo....

(El Comandante y Facundo se aproximan conversando).

CARMELA — Ai vienen! Decidite de una vez. Te vas o no? (Rita calla). — Hablá, por última vez? te vas o no?

RITA (Con voz ahogada). — Sí, me voy...

ESCENA X

Dichos. — Facundo y El Comandante

RITA — (Abrazándolo). — Buenas tarde, tata!

COMANDANTE — Güenas, m'hija. Y como te va diendo'e salú?

RITA — Bien, tata.

COMANDANTE — Pues no estás con cara'e estar muy güena. L'otro día ya te hallé bastante culeca, y aura te hallo pior. Vos estás enferma, m'hija.

RITA — No, tata. Un poquito el estómago...

COMANDANTE — Güeno, m'hija, será ansina como decís, pero de cualquier modo vos andás apastada, y tenés que cuidarte. Ta las ovejas se cuidan! (Transición). — Como te venía diciendo, Facundo, de esta hecha le ganamos las votaciones al gobierno. Esta vez sí, que el caballo'el comesario va a comer cola!

FACUNDO — (Meneando la cabeza con pesimismo). — Pueda ser... Pueda ser...

COMANDANTE — Qué! Lo dudás? Si es una fija!

FACUNDO — Mire, Comendante, pa esa laya'e fijás este servidor no tiene plata...

COMANDANTE — Cómo! Si t'irás a negar a dar unos pesos pa los muchachos!

FACUNDO — Si es pa los muchachos, no me niego, Comendante.

COMANDANTE — Dejuo que es pa ellos!

FACUNDO Y cómo decía que era pa las votaciones?

COMANDANTE — Pero angelito'e Dios! Y las votaciones quienes las hacen? Los muchachos. Y te asiguro que les cuesta más trabajo una votación que una patriada, porque tienen que aprender a escribir la firma.

FACUNDO — Mesmo. Más fácil es manejar la lanza que la pluma'e escribir. Y da más resultao...

COMANDANTE — Sí, pero en esta ocasión no hay más remedio que agarrar la pluma. Y vos ya podés dir aprendiendo a hacer tu firma.

FACUNDO — Yo no, Comendante! Déjeme esas cosas!

COMANDANTE — De ninguna manera! Sería una vergüenza que el capitán Facundo Leites no echara el voto por no saber escribir la firma!

FACUNDO — Si no hay más remedio...

COMANDANTE — No hay, che, no hay... Conformáte con tu suerte y tené pacencia... Che, Rita, vos t'encargás de enseñarle a tu marido a escribir la firma.

RITA — Yo....?

COMANDANTE — Dejuo. Y quién mejor que vos?

RITA — Si él es gustoso...

COMANDANTE — Y cómo no va a ser gustoso, muchacha? Y aura mesmo vas a encomenzar a darle la lición. No vaya a ser que yo me vaya, y tuito quede en veremos. Cármela, trái del cuarto'e la patrona, la tinta y la pluma'e escribir, y un pedazo de papel pa escribir encima.

CARMELA — (Atufada). — No sé ande está.

COMANDANTE — Qué decís?

CARMELA — Que no sé ande está.

COMANDANTE — Avisá, si andás de lomo hinchao...! Mirá que yo tengo un ungüento muy güeno, pa esas hinchazones... (Menea el rebenque).

RITA — (Inquieta). — No, tata, es que ella no sabe donde está el reca'o'e escribir. Yo voy a buscarlo, tata.

CARMELA — (Interponiéndose). — No, voy yo! Ya mi'acuerdo ande está. (Váse por la derecha).

ESCENA XI

Dichos, menos Cármela

COMANDANTE — Esta china parece que tiene flojo un tornillo. Primero no sabía ande estaba, y salimo con que sabe... Parece golpiada... Güeno, Facundo, podés dir estirando las tabas para agarrar la pluma'e escribir.

FACUNDO — (Disgustado). — Güeno.

COMANDANTE — Qué cara ponés!! No podés negar que no sos muy gustoso...

FACUNDO — A mi edá... Eso se deja pa los gurises...

COMANDANTE — Tener razón, tenés. Pero hacélo po'el partido.

FACUNDO — Y por usté, Comendante.

COMANDANTE — Gracia. Ya sabía yo que ande quiera que te buscara te iba a encontrar. Y si no es de tu gusto, tené pacencia y apechugá. Amás no se te va a hacer muy cuesta arriba, porque tenés una güena máistra... (Bromeando). — Che, Rita, no lo vayás a poner mucho en penitencia... (Transición). — Pero, cha, que tarda esa Cármela! Ni que haiga ido a la pulpería a buscar las cosas d'escribir! Andá, Rita, a ver lo que hace tu piona.

FACUNDO — No, no. Yo mesmo voy.

(Váse Facundo por la derecha).

ESCENA XII

Rita. El Comendante. — Después Facundo.

COMANDANTE — No te podés quejar, m'hija. Mirá cómo te mima. No te deja ni que caminés hasta'ai. Claro, como andás abichada... Ya sabía yo que Facundo iba a ser muy güeno con vos...

RITA — Sí, tata...

COMANDANTE — Ah, pero lo qu'es esa china, no te conviene, m'hija! Me parece muy retobada. Se le conoce po'arriba'e

la ropa. Porqué no la mandás a freir biñuelos?

RITA — Facundo no quiere... Como casi se ha criao acá... Y la china está muy consentida...

COMANDANTE — Pero te falta al respeto?

RITA — No, tata, no... Es manera, no más...

COMANDANTE — Había'e ser con la finadita, tu mama! Con ella sí que andaban derechas las pionas! (A Facundo, que vuelve) — Encontrates?

FACUNDO — Sí, Comendante Acá traigo las pilchas

COMANDANTE — Ponélas ai, en la mesa, y arrimá un banco.

RITA — (Aleanzándole uno). — Acá tenés, Facundo.

FACUNDO — Gracia.

COMANDANTE — Güeno. Qué esperás? Sentáte, pues! (Facundo se sienta). — Aura vos, Rita, llevá la mano.

RITA — Si él quiere...

COMANDANTE — Pero cómo no va a querer? Andá agarranda la pluma, Facundo. (Facundo toma muy torpemente la lapicera). — No, ansina no! Te cres que estás agarrando el mango'e la lanza? (Tomándola él). — Mirá, ansina se hace. Pero que estás haciendo ai parada como una boba? Acercáte, pues, y llevá la mano.

RITA — Si él es gustoso...

COMANDANTE — Pero cómo no va a ser gustoso, angelito'e Dios! No has óido vos mesma que quiere aprender a escribir la firma?

RITA — Sí, pero...

COMANDANTE — Pero qué? Si te habrás güelto media tarumba, muchacha... Y después salís diciendo que no tenés nada, que un poquito el estómago...

RITA — No, tata, no tengo nada. Vos querés que te enseñe, Facundo?

FACUNDO — Si vos querés...

COMANDANTE — Pero aura van a salir Vds. haciéndose cumplidos? Ja... ja... Ta güeno... ta güeno...

RITA — El nombre no más?

COMANDANTE — Y pa qué más?

RITA — (Suspirando). — El nombre solo es tan poco! Yo quisiera enseñarle todo lo que sé...

COMANDANTE — Eso es cuestión de Vds... Pa las votaciones no se precisa más que el nombre.

RITA — Bueno. Estás pronto, Facundo?

FACUNDO — Sí.

(Rita toma la mano con que Facundo empuña torpemente la pluma, y se la conduce por el papel).

RITA — (Leyendo a medida que escriben). Fa-cun-do Lei-tes...

COMANDANTE — Ya está?

RITA — Sí.

COMANDANTE — Aura hacéle hacer la rública, como dicen...

RITA — Y cómo la hago?

COMANDANTE — Mesmamente como un lacito. Figuráte que el nombre es un ternero chúcaro, y que le has tirao un pial de volcao...

RITA — (Después de escribir). — Así?

COMANDANTE — Ansina mesmo.

FACUNDO — Y pa qué es el lazo, Comendante?

COMANDANTE — Pa que no se escape, pues... Güeno, dejámo a un lao la prosa, y sigan trabajando. Vos, Rita, hacéle repetir lo mesmo ta que rumbee un poco. Después lo largás solito, y dejálo gatiar como los gurises... Ansina, a golpes, va a aprender a caminar derechito. Yo voy a ver si le enseño al Viejo Panta y al negro Timote. Son dos votos, y no hay que desperdiciarlos. Dame una hoja'e

papel, que yo tengo un lápiz. Sigán no más. Dispués vengo.

ESCENA XIII

Rita y Facundo

RITA — Querés seguir, Facundo?

FACUNDO — Como gustés.

RITA — (Con gran ternura). — Yo tengo mucho gusto, Facundo...

FACUNDO — Gracia. Metele.

(Rita vuelve a repetir la operación de llevarle la mano sobre el papel, pero esta vez gruesas lágrimas caen sobre el papel).

FACUNDO — Aura se emborronea! Ah, es que está mojado el papel. Dejuramente ha de ser alguna gotita de rocío que quedaba desde esta mañana en el paraiso... (Levantando la vista, descubre la verdadera causa). — Ah...

RITA — Una tierrita...

FACUNDO — (Secamente). — Güeno, seguí.

(Vuelven a escribir. — Estando en esta operación, Rita, sin poder contenerse, besa la cabeza de Facundo. — Este se levanta súbitamente, y la mira en silencio, con aire severo. — Rita, confundida, baja los ojos).

FACUNDO — (Después de un largo silencio, con calma grave). — Vamo a escribir, que aura no más cae el Comandante.

(Recomienzan, y poco después aparece Cármele, quien, sin ser vista por ellos, queda a sus espaldas contemplándolos con ferocidad).

ESCENA XIV

Dichos. — Cármele

CÁRMELA — (Precipitándose sobre ellos y apoderándose del tintero, que vuela violentamente sobre el papel). — No, no, eso sí que no! Yo no quiero, yo no quiero!

FACUNDO — (Amenazador). — Cármele!

CÁRMELA — Qué! Aura te vas a enojar porque te quiero pa mi sola, pa mi solita?

FACUNDO — Es que esos no son modos, ¿sabés?

CÁRMELA — Perdonáme, Facundo. No pude aguantar. Se me jueron las manos...

FACUNDO — Por esta vez se lo voy a dejar pasar, pero pa otra, ya queda sabedora! Entiende?

CÁRMELA — Pero decíme, Facundo, pa qué querés aprender a escribir? Qué falta ti'hace?

FACUNDO — Pa las votaciones.

CÁRMELA — Pa las votaciones! Y güeno, aprendé, pero buscate otra máistra! Yo no quiero que aprendás con ésa, no quiero!

FACUNDO — Y con quién querés que aprenda? Vos no sabés...

CÁRMELA — (Despechada). — Ni falta que mi'hace pa quererte! Otras sabrán escribir mucho, pero no habrán tenido tiempo pa aprender a querer... (Mirando a Rita). — No sé si se me compriende... Mirá, Facundo, lo que podés hacer es decirle al máistro de la escuela que te enseñe a meter la firma.

FACUNDO — El máistro'e la escuela? Avisá si soy un gurí!

CÁRMELA — Entonces, no aprendás con naides! Dejá que voten los doctores. Y si te dicen algo, vos les contestás que dispués que aprendan a manejar la lanza, vos vas a aprender a manejar la pluma'e escribir...

FACUNDO — Es fuerte eso...

CÁRMELA — Güeno, Facundo, hacé tu gusto pero hacéme también el mío. Buscate otro máistro. Alguno ha de haber. Lo que yo no quiero, es que aprendás con ésa! No quiero que te manosee. (A Rita). — Y vos ya podés dir liando tus trapos. Hoy mesmo tocás di'acá!

FACUNDO — Pero Cármele, ya no te dije que no quiero que la echés? Si ella se quiere dir por su gusto, que se vaya, pero no la echés!

CÁRMELA — No, si yo no la echo... Salió d'ella dirse...

FACUNDO — (Sorprendido). — Ah, salió d'ella?

CÁRMELA — D'ella mesmita!...

FACUNDO — (Con desencanto). — Se va a dir... se va a dir...

RITA — (Con el alma). — No, no me voy, Facundo... Dije que me iba, pero no me voy!

FACUNDO — Y pa qué te vas a quedar? No dijistes que te ibas a dir? Andate... andate... andate...

RITA — Facundo!

FACUNDO — (Terriblemente). — Andate! (Hace mutis).

CÁRMELA — Sí, andate, que acá naides te precisa! No servís ni pa piona!

(Facundo y Cármele entran en la casa, cerrando la puerta).

ESCENA XV

Rita. — Después el Comandante

Rita se pone a llorar amargamente. — Momentos después, oyendo la voz del Comandante que vuelve, trata de ocultar sus lágrimas).

COMANDANTE — (Entrando por el foro). — Lo qu'es este Viejo Panta, tiene las tabas más duras que recaen de infante! Pero qué? Ya se ha cansao Facundo? Ande está?

RITA — Ai, nel cuarto...

COMANDANTE — Y cómo va la cosa? Apriende o es duro'e boca? A ver lo que hicieron? Pero que es esto? Quien jue que ha volcao la tinta ansina?

RITA — Esté... Se cayó...

COMANDANTE — No me mintáas, Rita! El más lerdo colige que eso jue de adrede! Han sampao el tintero arriba'el papel con tuitas las ganas! Y quién va a ser más que Facundo? Cómo si lo estuviera viendo! No ha podido salir escribiendo en seguidita, y li'ha dao raiba! Entonces mandó tuito a los diablos. No jue ansina, m'hija?

RITA — Sí, tata...

COMANDANTE — Pero aura que me fijo! Vos has estao llorando, m'hija!

RITA — Yo? No, tata...

COMANDANTE — Sí, vos has estao llorando. Se te conoce a la legua. No lo negués. Si se crerá Facundo de que vos tenés la culpa de que no aprieda en seguidita? Si habrá hecho con vos lo mismo que con este tintero.

RITA — No, tata...

COMANDANTE — Sí, sí, vos has estao llorando y por algo ha'e ser!

RITA — (Echándose en sus brazos sollozando). — Tata, tatita, no puedo más! No puedo más!

COMANDANTE — (Estrechándola). — No lo dije? Pobre m'hija! Desáhuguese en el pecho'e su tata, y cuéntele lo que le pasa.

RITA — Tata, tatita, soy muy disgraciada!

COMANDANTE — Disgraciada, vos, m'hija? Y yo que creía que eras tan feliz con ese hombre! Y criyendo que era ansina, el pobre viejo era cuasi feliz también...

Pa qué vive uno tanto, si es pa ver estas cosas! Güeno, m'hija, cálmese, y cuéntele sus penas a su tata. Facundo no la quiere ¿no?

RITA — Sí, él me quiere...

COMANDANTE — Entonces no es tan fiero el lión como lo pintan, m'hija! Cuando se trata de un casal, no habiendo esa espinita, tuito lo demás son flores... Pero no, m'hija... El corazón me palpita que vos no llorás al ñudo con tanto amor... El amor anda roneando en tus penas...

RITA — No, tata, no lloro por él... Lloro por mi misma... Yo estoy enferma, y siento unas ganas de llorar, que no puedo más...! Yo no sé por qué, pero me pasaría llorando todo el santo día...

COMANDANTE — Lo ves? Lo ves? No te lo decía yo? Vos estás enferma'e verdá!

RITA — Sí, tata.

COMANDANTE — Y por qué me lo querías esconder? Aura mesmo le voy a hablar a tu marido. Que te lleve en seguida pa la ciudad a ver al doctor Fernández. Yo lo conocí en la guerra, y nos hicimos amigos. No me gustan mucho los doctores, pero ese no parece doctor. Es de lai. Aura mesmito le voy a hablar a tu marido.

RITA — (Inquieta). — No, tata...

COMANDANTE — Sí, aura mesmito.

RITA — Es que yo no voy a dir, tata...

COMANDANTE — Vas a dir ni que no querás. Los enfermos son como los gu-ríes, no tienen voluntad pa su gobierno. (Llamando). — Facundo!

RITA — (Agitada). — No, tata, no quiero...

COMANDANTE — Esperáte, voy pa'l cuarto.

RITA — No, tata!

COMANDANTE — Es mejor que le hable solo.

RITA — (Interponiéndose). — No tata, no dentre!

COMANDANTE — Que no dentre? Y por qué no voy a dentrar?

RITA — Porque no... (Tomándolo de las ropas, pues hace ademán de ir resueltamente al cuarto). — No, tata, no!

COMANDANTE — Soltáme, m'hija!

RITA — No, por Dios, tata!

COMANDANTE — Soltáme a las güenas, m'hija, porque aura sí que dentro más que nunca! No me soltás? (Le da un empujón).

RITA — Tata...

COMANDANTE — (Hallando la puerta cerrada). — Aura compriendo porque no querías que viniera. El hombre si'ha encerrao... Me lo querías tapar ¿no? Bien me estaba pareciendo que andaban pe-liados... (Habiéndose aproximado a la puerta, nuevamente, se aparta de ella con viveza, transformado por la sorpresa y la indignación). — Pero qué! Ai hay alguien con Facundo! Y es un habla de mujer!!

RITA — (Trémula). — Tata...

COMANDANTE — La primera vez que hago esto! (Apoya el oído en la puerta). — Pero si es el habla'e Cármele! Qué significa esto, Rita?

RITA — (Con gran llanto). — Tata, tata!

COMANDANTE — Oh, soy yo que me güelto loco o es el mundo que si'ha dao güelta? Aura sí que compriendo tuito! Aura sí! Con razón te estabas acabando como una vela! (Golpeando la puerta con el mango del rebenque). — Abrí! Abrí!

RITA — No, tata, por el amor de Dios!

COMANDANTE — Abrí o echo la puerta abajo! Abrí!

ESCENA ULTIMA

Dichos, Facundo, después Cármele

FACUNDO — Qué pasa, Comandante?

COMANDANTE — Salí pa juera! Salí pa

juera! Con que te has reído destos pelos blancos, ¿no? Con que te has estao aprovechando desta pobre criaturita'e Dios? FACUNDO — Comendante!

COMANDANTE — Con que la has despreciado por una piona roñosa? Por una piona! Tan siquiera se hubiesen ganao nel chirca, como los chanchos, pero hacerlo acá mesmo, en su mesma cara! Maldita l'aura que te la entregué criyendo que eras una persona decente!

FACUNDO — (Lívido).— Comendante!

COMANDANTE — Me l'has estao matando, asesino! Había sido guapo, el mocito!

FACUNDO — No me insulte, Comendante! Mire que se me van a dir las manos, y no quiero faltar a sus pelos blancos!

COMANDANTE — Te has rebuscao con una gurisa, pero pa rebuscarte conmigo tenés que volver a nacer! Del Comendan-

te Aguilera no se riye naides por más toro que sea!

(L etira una puñalada. Rita, lanzando un grito agudo, se precipita sobre Facundo para protegerlo, y recibe una puñalada mortal).

COMANDANTE — (Arrojando el arma, desesperado).— M'hija! M'hija, lo que me has hecho hacer!

RITA — (Expirante).— Perdonáme, Facundo, perdonáme! (Muere).

COMANDANTE — (Apartándose bruscamente del cadáver).— Que la perdones! Y por qué te dice que la perdones? (Facundo calla).— Compriendo... Compriendo... Ah, mala hija, mala hija! Has manchao mis canas y el destino te castigó con mi misma mano!

CARMELA — (Entrando).— Qué ha pasao, Facundo, que ha pasao?

FACUNDO — (Irguiéndose).— Salí de acá! Salí!

CARMELA — Facundo!

FACUNDO — (Fuera de sí).— Que salgás de mi vista! Has óido? Que salgás!

(Carmela, temerosa, se encamina hacia la derecha, para entrar por donde salió, o sea al cuarto de Facundo).

No, pai no! Pa'allá! Pa tu lugar!

CARMELA — Facundo!

FACUNDO — (Terriblemente).— Pa la cocina, pa tu lugar! P'ai va ésta, tu patrona!

(Levanta el cuerpo inanimado de Rita, y con ella en brazos y casi corriendo, va hacia el cuarto conyugal, repitiendo entre sollozos).

P'ai vas vos, Rita, p'ai vas vos! P'ai vas vos!

TELON Y FIN

JOSE MORA GUARNIDO

EL CANTO POPULAR ANDALUZ

Conferencia dada en el salón de Actos Públicos de la Universidad de Montevideo, el día 24 de Mayo pasado, auspiciada por el Centro de Estudiantes "Ariel".

El sentido tradicional

En la vida de los pueblos hay modalidades y perspectivas que la Historia no recoge sino muy raramente para hacer su tejido de ilustración futura. Los menudos hechos de la existencia cotidiana de los hombres se escapan a la lente del cronista, demasiado acostumbrada a la visión sintética. Pero estos hechos menudos de la existencia, al repetirse en una acción diaria y probarse su fruto de utilidad, se agrupan y ascienden, cuando crean normas de conducta y deber social, hasta la costumbre, madre del Derecho y la Ley — cuando quieren explicarse la vida y su futuro, hasta la religión y la filosofía — y cuando son expansiones del sentimiento, con un anhelo primordial de belleza, hasta el arte. Con tales agrupaciones se forma la tradición, que es un complejo superior de experiencias, alegrías, temores, perplejidades y conceptos vitales. Ya la tradición significa una norma de criterio y de conducta para los hombres de un país. Su contenido lo constituye todo lo que los antepasados sintieron y comprendieron, todas sus dudas y sus provisionales explicaciones del misterio de vivir. "Llevamos un pueblo, toda una muchedumbre humana dentro de nuestra alma y no solo por herencia", dice el maestro de la juventud española don Miguel de Unamuno: Este pueblo que llevamos dentro de nosotros es la tradición. Nacemos dentro de una tradición y ya sabemos cuál ha de ser nuestra conducta para llevar una existencia digna. Si la dirección cardinal de la tradición es belicosa, seremos soldados. Si es científica, seremos sabios o estudiosos. Si es artística, seremos poetas, pintores o músicos. Pero una tradición con una sola directriz cardinal es demasiado primitiva y simple. En nuestros tiempos un grado más alto de desarrollo ha esparcido en la tierra un enjambre de tradiciones, limitadas entre sí por los conceptos también tradicionales de la nacionalidad, y cada una de las cuales tiene en su seno una multitud de direcciones capitales. Los pueblos, que han vivido ya mucho, dentro de sus límites geográficos tradicionales, han condensado experiencias muy variadas, tienen la sabiduría fuerte de quien se ha sentido muchas veces creador, la sentimentalidad del que ha probado muchas veces la amargura del fracaso y

el dolor de la muerte, la esperanza del que se siente una repetición de vitalidades muy pasadas en el tiempo; tesoros de emoción, de heroísmo y de belleza se han ido acumulando en el ejemplario de los hechos ilustres, y todo esto forma un haber tradicional que no puede abandonarse por muy pesado que sea en el caminar angustioso hacia el futuro.

La vitalidad histórica de la tradición es enorme. Una vez formada ¿qué puede destruirla? Es más fuerte que todos los obstáculos. Cae sobre el pueblo la invasión extranjera, las instituciones desaparecen, las ciudades se destruyen, las familias se dispersan; pero la tradición apenas sufre. Y si el pueblo vencido conserva en su alma una tradición más amplia y densa que la del vencedor acabará por absorberlo. Algunas veces equivocados por la aparente desaparición de sus signos externos, pensamos que la tradición ha desaparecido; pero no es así. Brota pronto, como esos ríos que se meten bajo tierra para ocultarse al calor solar, siguen un camino subterráneo y aparecen más abajo.

La tradición es el sistema nervioso de los pueblos. La sensibilidad, la energía y el entusiasmo, el valor romántico, la cultura y el arte de los pueblos brotan de ella. Como un abanico abierto con las varillas unidas en lo más íntimo del alma nacional, aícea y perfuma con un constante vaivén, su hoy y su mañana.

Razón tradicional de los cantos populares

Aunque la tradición adquiera el grosor suficiente para plasmar en Historia, siempre queda algo de ella fuera de la Historia, y este algo que queda fuera es lo más vivo y fecundo, lo atómico, lo imponderable. Solamente una alusión de la Historia lo acusa a veces, a este algo que ha quedado fuera de la Historia y que sin embargo seguirá actuando históricamente. Tal ha sido la suerte de lo más vivo, de lo más fecundo, de la tradición andaluza: su canto popular.

Todos los pueblos arrastran un bagaje tradicional de cantos muy antiguos, muy primitivos, anteriores a todo su otro arte, anteriores quizá a su mismo idioma. Para expresar sus sentimientos más íntimos lo primero que han tenido los hombres, es el grito, antes que la palabra, antes que todo.

Para endulzar el trabajo, para desembarazarse de los terrores, de las inquietudes, de las dudas, para animarse en los peligros, para celebrar sus hazañas, los hombres antes que nada han tenido el canto. Todavía el hombre que va por el campo de noche, canta o silba para alejar los fantasmas de la sombra. Entonces, en aquellas noches primitivas de la humanidad, las sombras eran más aterradoras y el canto más necesario. Con su ayuda se desvanece el terror y el cansancio se alivia. Después se expresan con él las emociones patrióticas, las hazañas de los héroes fabulosos, y es quizá a última hora cuando viene a servir de instrumento para expresar las preocupaciones y dulzuras del amor. El orden histórico en que los cantos se suceden quizá sea, este: primero el canto patético religioso, después el patriótico y últimamente el erótico, porque quizá sea este también el orden con que se plantean en las sociedades primitivas los problemas y las pasiones fundamentales.

Es aquella la época de los cantos sin palabras, porque tal vez entonces no existiera aún la palabra o porque no cupiera en los ritmos del canto la palabra existente. Nos quedan de aquella formación primitiva en España (probable residuo de sus cantos más antiguos) los "alalás" gallegos y el monótono estribillo de "lelo" de los vascos. Quizá también sea un residuo de la misma época el "¡Ay!" del "cante jondo" andaluz. Y desde luego en la "siguiriya" del "cante jondo" la palabra tiene escaso valor, tan escaso que en algunas coplas ni siquiera se percibe.

Geografía e historia del canto andaluz

Quisiera dar una idea breve de la historia y de la geografía de los cantos andaluces, historia y geografía de la cultura andaluza, en la cuenca del Guadalquivir, nuestro río, y esto sería también una especie de esquema de la tradición de los cantos.

Si los strabajos de Schuelzten finalizan en el resultado que las primeras investigaciones han permitido sospechar. Andalucía es más vieja de lo que hasta ahora se había creído, el valle del Guadalquivir es la

Atlántida maravillosa de la leyenda, Tartesos, es el país más antiguamente habitado de Europa, y la cultura más primitiva. Suponiendo esto, Andalucía ha soportado las dos culturas aborígenes de los tartesios y los iberos, antes de las colonizaciones extrañas. Se ignora a qué grado de culminación llegaron aquellas culturas, aunque los elementos que hay para discernir permitan atribuirles, cierto desarrollo. El "tartesio" tiene un carácter entero, resignado, sobrio y fuerte, canta para animarse en los momentos dolorosos y para ofuscar con su canto a los enemigos. Aguanta una tradición de heroísmo, siente un ideal de justicia. El tartesio no es un salvaje, es un hombre. Cuando se desentierren sus ciudades y se descubran sus creaciones artísticas, quizá sorprenda, como sorprendieron los descubrimientos arqueológicos etruscos o los micenianos. La ciudad de los reyes Geriones llenaba de admiración a los escritores griegos y esta ciudad estaba en la desembocadura del río adonde ahora se escava ansiosamente.

Fugazísima es la estada fenicia, más constante la griega, y la cartaginesa, más ambiciosa. Los hombres de Cartago cruzan España en todos sentidos, pero la razón geográfica los separa del Guadalquivir. El levante español es el que soporta su influjo. La dominación, verdaderamente fuerte y fructífera es la romana. De ella saca España su idioma y su tipo de cultura definitivo.

Cádiz, Sevilla, Córdoba son centros de elevada capacidad cultural, en aquella época, tanto que llega un momento en que dan a la misma Roma los patrones literarios: Séneca, Lucano, Columela, Pomponio Mela, y no sólo le dan los patrones literarios sino los jefes políticos: los emperadores.

Ello indica hasta qué punto saturó el romanismo la vida española. Pero no se perdieron por ello los valores tradicionales. El español siguió teniendo su mismo carácter y cultivando su arte viejo. Hablan entonces los escritores romanos de los cantos "bárbaros" y de los bailes de las muchachas de Cádiz. Viene luego el gran fracaso de la invasión germana, liquidación violenta de la cultura antigua; en la fisonomía histórica española se marca otro rasgo con el elemento visigótico. Y por último la dominación árabe. El califato magnífico de Córdoba.

Andalucía presencia por consiguiente un desfile de cuatro culturas, en época de florecimiento decadencia: las primitivas, la romana (en sus dos etapas romana pura y romana visigótica) y la árabe. Característica general de la culminación de las civilizaciones en la historia y su decadencia es la degeneración infecunda del pesimismo. Los tartesios y los iberos quisieron conocer la verdad, la razón de la vida, hicieron todo cuanto había a su alcance para lograr saber la verdad y cuando no lo consiguieron, su duda se resolvió en negación y acomodamiento pesimista a las solas perspectivas de los hechos reales. Los romanos por el mismo camino llegaron al senequismo estoico. Y los árabes, que traían en el espíritu el morbo fatalista, no tardaron mucho en sufrir el contagio.

Luego, establecida la unidad nacional bajo la corona de Castilla, pudo ser que la mezcla de los tres tipos de raza que en Andalucía quedaron: los judíos, los moriscos y los castellanos, fermentase por el intercambio de creencias y de ideas en una forma nueva de cultura. Pero la gran reacción católica que los Reyes impulsaron, bajo la presión eclesiástica, frustró esta posibilidad. El pensamiento heterodoxo, el pensamiento asomado al futuro y a la verdad fué quemado vivo en los "autos de fe"

en nombre de un concepto antihistórico y antihumano de unidad religiosa; un concepto de unidad y de ortodoxia que equivalía biológicamente a convertir la vitalidad fecunda de un pueblo en la oscura, infecunda y artificial unanimidad de un quiste. El heroísmo de los que murieron entonces en las hogueras de la Inquisición, regadas con agua bendita y exaltadas en las bulas papales, no tuvo eco en un pueblo que ya sabía lo que hay que hacer ante lo imposible: resignarse y dudar. Un nuevo pesimismo brotó en Andalucía al calor de las hogueras inquisitoriales.

¡Cuatro pesimismos pesan sobre Andalucía, sedimentados en el espíritu del pueblo andaluz, cuatro conclusiones pesimistas, demasiada carga tradicional de tristeza. Andalucía no es un pueblo alegre, sino triste, tan triste que ha estilizado su tristeza, que ha construido con su canto el poema definitivo de su tristeza.

Origen de los cantos andaluces

¿Por dónde vienen los cantos a Andalucía? Lo que se canta ahora, no es, naturalmente, lo mismo que endulzaba y hacía tolerables sus tinieblas de duda y de inquietud a los tartesios. Por tres caminos han venido los cantos a Andalucía: Por el Norte los de Provenza, que antes pasaban por Vasconia, Cataluña y Galicia. Por el Sur, los de Arabia. ¿Y los cantos gitanos? La orientación, el camino de los cantos gitanos, se ignora.

Por el Norte, los trovadores, los payadores, los versolaris, los juglares, se difundían y triunfaban con sus canciones. Descendían hasta el Sur donde los árabes les imitaban. El canto popular andaluz de ahora (el canto popular de los andaluces que no son gitanos ni flamencos), es una mezcla provenzal y arabija en su origen. Claro está que los cantos provenzales en Andalucía, no suenan lo mismo: el ambiente geográfico, el carácter racial, y la influencia de los cantos gitanos y árabes ha modificado su ritmo y su melodía muy sensiblemente. Pero su filiación es claramente norteña y se resisten a la guitarra; en cambio soportarían el acompañamiento de gaita y pandero. Algunos, los villancicos, se acompañan con "zambomba", otros con palmadas (tal vez influencia de los gitanos).

Limitado siempre por la cuenca del Guadalquivir el canto andaluz que ahora conocemos ha tenido un desarrollo lento y oscuro. Sus formas de variedad infinita se ignoraron las unas a las otras, a pesar de las cortas distancias. A veces el viajero llevaba inconscientemente un cantar de un lugar a otro; pero este cantar se modificaba sensiblemente al cambiar de medio. Cada pueblecito, cada aldea ha tenido un temperamento distinto y un ritmo distinto. Las variantes son por esto innumerables. Hay cantos para que las niñas jueguen al corro, para navidad, para carnavales, villancicos, para las fiatas de Mayo, para las fiestas campestres y los mecedores, para las grandes giras populares de San Antón y San Marcos, coplas de ronda nocturna a las mozas, coplas de la siega y de la vendimia, arrorós y nanas... En todas, la filiación galaica (provenzal) y las influencias de los perdidos cantos ibéricos, árabes y gitanos, podría irse señalando, a veces con exactitud indudable.

Veamos algunas coplas de estos cantos andaluces no gitanos. Las de la romería de San Antón:

"San Antón mató un marrano
y no me dió la morcilla:
yo le daré a San Antón
con un palo en las costillas".

Las coplas que cantan las niñas mientras se mecen en el columpio:

"La niña se está meciendo;
su novio la está mirando
y le dice: — ¡Niña mía,
la sogá se está quebrando...
La sogá se quiebra
¿dónde iré a parar?
¡A los callejones
de San Nicolás!"

Las coplas de Navidad, que se cantan con acompañamiento de zambomba:

"Madre, mi carbonero
no vino anoche,
y lo estuve esperando
hasta las doce...
Con el tin, tin...
con el tin, tero...
¡mamica mía
cuanto lo quiero!"

Madre mi carbonero
Vino tiznao...

¡Ay, mamica, qué susto
que me ha pegao!
Con el tin, tin...

De los cuatro muleros,
de los cuatro muleros,
mamica mía,
que van al agua,
el de la mula torda,
el de la mula torda,
mamica mía,
me roba el alma.

De los cuatro muleros,
de los cuatro muleros,
mamica mía,
que van al río,
el de la mula torda,
el de la mula torda,
mamica mía,
es mi marío."

Diálogos amorosos. Este de pura filiación gallega:

— ¿Quién quiere entrar conmigo en el río?
¿Quién quiere entrar conmigo en el mar?
— Yo, que no sé nadar, morenita;
Yo, que no sé nadar, entraré.
¡Yo, que no sé nadar, morenita;
yo, que no sé nadar, moriré!"

Una queja amorosa:
"Dicen que ya no me quieres,
Cariño mío,
otras veces me has querido.
Lo mismo tengo yo ahora,
Cariño mío,
que otras veces he tenido..."

¡Por el ala de mi sombrero;
¡olé morena! ¡lo que te quiero!
¡Por el filo de mi capote;
¡olé morena!, sal esta noche."

No hay que olvidar las magníficas coplas "sevillanas" — algo muy distinto al "cante jondo" y al "flamenco" — y que son lo que preferentemente se canta y baila en las fiestas populares de Sevilla.

"Al estilo de Sevilla,
mamita,
vengo peinada,
vengo peinada,
que me peinó mi tía,
que me peinó mi tía,
que me peinó mi tía,
mamita,
¡la sevillana!"

Los cantos gitanos

Pero existen además en Andalucía otras dos clases de canto: el gitano, o "cante jon-

do" y el "flamenco" que es su derivado.

Se dice que al final del siglo XVI o principios del XVII entraron en España los gitanos. De donde venían y quiénes eran estos gitanos es un problema histórico muy oscuro. Ellos mismos se llaman egipcios y "egipcianos" se les dice también en España aunque con poca frecuencia; pero no hay ningún fundamento para esta filiación. Su tipo racial es muy conocido para que nos detengamos mucho a describirlo. Son morenos, de pelo negrísimo en crechas lacias, altos, ágiles, de piel de bronce, ojos hermosos y dentadura finísima, muy parecidos a las razas bohemias, a los zingaros, y demás gentes que cruzan en caravanas transhumantes las distintas naciones de Europa. Sin embargo no encontramos ninguna semejanza ni la más leve entre los cantos de aquellos bohemios y zingaros y los gitanos, y si fuesen de la misma raza es de creer que tales semejanzas existieran. Sólo se parecen en el tipo físico y en los vestidos pintorescos de colores vivos. Nos inclinamos algunos españoles a creer que estos gitanos son los residuos de alguna frustrada invasión oriental. Indudablemente en la época de las grandes invasiones no todas llegarían a plasmar en las nacionalidades que la Historia recogió. Algunas fracasarían ante la resistencia de los pueblos indígenas y es de creer que sus masas se dispersaron desorientadas y quizá en esta forma se filtraron por las otras naciones, olvidando su origen y perdida toda ilusión de nacionalidad.

Una de las características, quizá la más extraordinaria de la psicología de los gitanos es su resistencia al cruzamiento con las otras razas. Nos llaman "castellanos" a los españoles y mujer gitana u hombre gitano, cometen un grave delito contra la raza, que los demás le afearán siempre, si contrae matrimonio con castellanos. Así han logrado conservar su pureza racial en un pueblo como el español donde se han asimilado totalmente hasta los judíos. Y no solo su amor sino su vida íntima y sus fiestas se las niegan al castellano. Para presenciar una fiesta gitana es necesario ser muy amigo de ellos.

Están incorporados a la vida social española, son ciudadanos con voto y las parroquias los tienen inscriptos como feligreses. Pero realmente, ni son católicos ni son ciudadanos españoles. No les interesa y solo actúan en estos sentidos cuando se les

obliga.

Una de sus costumbres que más comprueba su desdén al catolicismo y a la ciudadanía es la permanencia en sus ritos matrimoniales. Ellos se casan en el Juzgado y en la Iglesia; pero antes se casan con arreglo al rito gitano, muy interesante y lleno de reminiscencias antiguas.

Empieza porque el gitano no entrega voluntariamente su hija al matrimonio, sino que hay que robársela. El robo simulado entra en la mayor parte de los ritos matrimoniales primitivos. Al principio fué un robo verdadero, luego la experiencia modificó el hecho hasta convertirlo en un simulacro. Después de simular el robo de su novia el gitano busca al padre de la muchacha, se arrodilla ante él y le pide perdón. El padre perdona y se acuerda fecha de la boda, quedando entretanto la muchacha depositada en una casa amiga. Prepárase entonces la gran boda gitana.

Lo que hay de más interesante en esta fiesta (en el sentido musical que nosotros vamos buscando) es lo que pudiéramos llamar la prueba de la virginidad, o los coros epitalámicos a la virginidad rendida por el amor. Es a la madrugada de la noche de novios cuando esto se celebra. Todos los invitados acuden, vestidos con lo mejor que tienen y con gran carga de almendras endulzadas. Las guitarras, las castañuelas, las carrañacas (especie de matraca primitiva) todo lo que puede hacer ruido o música, está prevenido. Entonces entran en la alcoba nupcial las mujeres más respetables de la reunión y el resto aguarda afuera.

Van las mujeres a hacer la prueba de la virginidad de la novia. Con un blanco pañuelo de seda cubren el sexo tundido por el primer asalto nupcial y copian en la albuja inmaculada los estigmas sangrientos de la virginidad rasgada. — ¡Ay de la mujer que no dé entonces "la seña" indudable! — Después de hecha esta prueba, las mujeres se salen. Una lleva en las manos, con gesto de Verónica, el pañuelo manchado; las que la siguen llevan otros pañuelos con los que imitan el mismo gesto, y todas cantan:

En un verde prado
puse mi pañuelo;
brotaron tres rosas
como tres luceros.
Dichosa la madre
que tiene que dar
rosas y jazmines

a la madrugada.

Yo planté un tomillo
y lo ví crecer;
el que quiera honra, ¡padrino!,
que se porte bien.

Y un estribillo:

¡Alegría, padrino honrao!
¡Alegría, padrino honrao!
¡Que ya a la novia la han coronao!

Hay que advertir que todas estas coplas no las van cantando en orden concierto determinado, sino simultáneamente, cada uno la que quiere, sin acompañarse los unos a los otros, en una algarabía extraordinaria y fantástica. La contemplación de los estigmas de la virginidad produce en la asistencia un frenético entusiasmo. Salen a poco los novios. Derrámanse sobre ellos los puñados de almendras azucaradas; principia el vino a repartirse...

Es un coro primitivo, salvaje, que asombraría al más acostumbrado a los "espectáculos fuertes". El instinto musical gitano únicamente puede dominar esta gran algarabía de sonidos en una extraordinaria y bárbara unidad sinfónica.

Nos alejaríamos mucho, y nos extenderíamos demasiado si siguiéramos comentando la vida gitana, que sólo se conoce por la versión pintoresca que ha dado de ella la literatura. La realidad es bien distinta de la versión literaria. Se trata de un pueblo perseguido, abrumado por la miseria de una vida inferior, lastimado por todas las crueldades de un sistema policial que vé en ellos nada más que holgazanes y bandidos. La mayoría de la gente española cree que el gitano no sirve para nada y que todos los robos, pillerías y maldades posibles son obra y enseñanza de él.

Están por tanto los pobres gitanos arrinconados al margen de los pueblos, en barrios que el Baedeker anota como peligrosos; allí sufren y cantan, marcados por atavismos indescifrables, sin ilusión de un mañana mejor, alegrando con sus cantos el fracaso histórico de su raza, que fué, sin duda, una raza heroica y selecta. Ellos mismos expresan admirablemente el sentido profundo que tienen de su pasado ilustre en una de sus más bellas coplas:

"No hables mal de los gitanos,
que tienen sangre de Reyes
en las palmas de las manos".

Continuará en el próximo número

E L S A U C E

Bebe el agua de tu cisterna y los raudales de tu manantial. — Proverbios.

El sauce se tendió sobre el agua, en busca de quién sabe qué visión, de quién sabe qué verdad o qué mentira, tal vez porque en el agua se refleja el cielo. Y el sauce se quedó, inmóvil, silencioso, triste, fijo siempre en el agua de la fuente a cuyo borde vive, y absorto en su pensamiento profundo o en su visión inalcanzada, ni sintió los rigores del Invierno, en que los árboles se marchitan y se deshojan, ni sintió el vivificante hálito de la Primavera, en que todos los árboles retoñan... El sauce, inmovible, silencioso, triste, continúa tendiendo sus ramas — sus centenares de brazos — hacia el agua, donde se refleja el cielo...

El sauce es el poeta vegetal. Mientras todas las plantas que tienen ansiedad de azul suben, suben, suben, en procura del cielo que aparece más lejano cuanto más hacia él se va, el sauce busca lo alto en lo bajo, busca lo infinito en lo pequeño, busca el cielo en una gota de agua enturbiada de barro. El sauce, un poco filósofo, sabe que

el cielo no está en un lado determinado para la pobre humanidad ansiosa de azul; sabe, y por eso tal vez llora silenciosamente su tristeza, que el cielo está en todas partes, que está allí donde cada ser viviente quiera o pueda verlo. El sauce sabe, porque lo ha visto, que los árboles que suben, suben, suben a muchos metros, tampoco alcanzan el cielo y sienten tan intangible lo azul como él, que parece tenerlo a sus pies.

El sauce, por poeta, solitario, melancólico y "melenudo", se ha creado un cielo, tiene un cielo suyo; el que vive reflejado en la fuente a cuyo borde nació. El sabe, por poeta, que siendo el cielo una realidad a la que los hombres del Siglo despojaron de su poesía ingénua y fresca como la propia agua de la fuente, ese "cielo azul que todos vemos" es apenas un pedazo de aire, aire, aire. Y cuando el poeta le canta al cielo, los hombres ríen, incomprensivos y duros, porque saben que está científicamente demostrado que aquello no es más que la parte visible de la atmósfera terrestre donde, si hay algo, ese algo es el rayo, que ya no lo manda Dios, sino que es el producto del encuentro de dos corrientes eléctricas.

El sauce, entonces, poeta, se creó su cielo; el pedazo de cielo que invariablemente refleja en el agua de la fuente a cuyo borde nació. Nadie sabe, sino el mismo sauce, que existe aquel cielo; y el sauce lo ha poblado de mil fantasías, de mil dulces y tiernas y armoniosas y absurdas fantasías. El sauce, absorto ante tanta belleza, ante tanta maravilla, ha quedado inmóvil, silencioso y solitario, sin sentir los rigores del Invierno, en que los árboles se marchitan y se deshojan, sin sentir el vivificante álito de la Primavera, en que todos los árboles retoñan.

Y así, como todos ignoran que existe ese cielo, el sauce está seguro de su realidad, porque sabe que nadie ha de ir a despojarle su cielo, como hicieron con aquel otro de los hombres, hacia el cual, por alcanzarlo, los demás árboles suben, suben, suben...

Por eso el sauce está siempre verde, está siempre envuelto en el manto de su esperanza...

Orosmán Moraterio.

Montevideo, 1924.

NOTAS DE CRITICA

Y BIBLIOGRAFICAS

GUILLERMO LABORDE INICIA LA ESCENOGRAFIA NACIONAL MODERNA

La Kermese Colonial de Aviación

En Montevideo, donde abundan los teatros pero en los cuales la escenografía nacional moderna era desconocida; donde pasan desapercibidas las excelentísimas del extranjero que desfilan de cuando en cuando, sobre todo en Balets y Bataclanes; donde ni los empresarios, ni los actores, ni los propios autores se preocupan de que este arte complementario del teatro ocupe el digno puesto que le corresponde en toda obra; donde todos se conforman con unos telones y unas bambalinas del más chato realismo; ha sido un acontecimiento inesperado que el Comité de Aviación haya tenido el acierto de dirigirse a un pintor como el señor Laborde para ejecutar la decoración de su Kermese; y queremos creer que esta decisión no se debe a la casualidad, sino a que ha primado esta vez, y esto es raro, en una Comisión para fines de Arte, un adecuado criterio artístico.

La obra del pintor Laborde, sin ser excesivamente moderna, es decir, sin echar mano de los valiosos recursos decorativos del Cubismo y del Futurismo, tiene un espíritu nuevo muy acentuado y gallardo. De acuerdo con el mundo del teatro, que es el de la fantasía, Laborde procedió lejos de toda preocupación estrecha de verisimilitud, en las proporciones, en el color, en la forma y en los demás caracteres de una realidad objetiva, inerte y polvorienta, en tanto que no recibe, por la interpretación del artista — sea pintor, sea poeta, sea músico, sea arquitecto, sea novelista, sea dramaturgo — los medios de proyectarse en ondas vibrantes a través del espacio infinito del alma. Aquella fuente central, mayor que toda la ciudad, el color sonoro y violento, la simplificación de las formas, todo esto es moderno y está muy bien. En lo alto, brilla la solución más ingeniosa y bella de la obra, un inmenso cielo cargado de nubes henchidas de luz coloreada, alumbramiento del Sol en el cenit, frente al cual un águila — justo símbolo de la Kermese — tiende sus alas hacia la altura con la más noble arrogancia del heroísmo. Gran partido supo sacar también Laborde de la iluminación artificial, a pesar de no disponer de aparatos especiales de los cuales la escenografía moderna hace uso en gran escala. Sin perjuicio de una rica variedad en el contraste de colores y sombras, ha obtenido una luz difusa muy agradable, por la feliz concentración de la luz invertida en la fuente central y la distribución de otras más débiles, interiores y exteriores. Dominan de este modo los colores de la decoración, sin que los ojos del público se sientan heridos por ninguna luz violenta. Hay, sin embargo, muchísima luz, y todo el secreto de la voluptuosidad sentida por el público está en ese ordenamiento ingenioso que le ha dado el pintor. Tampoco se podría sacar mejor partido que el que obtuvo Laborde, en la interpretación decorativa de los motivos coloniales que constituyen el objeto y la amenidad de su obra, las paredes blancas, los techos de teja, los azulejos, las rejas de hierro, los balcones volados, los distintos tipos de faroles, elementos que ha tratado con un gusto pin-

toresco lleno de exquisitez y de audacia.

Muy de veras felicitamos al Comité organizador de la Kermese, cuya lección de cordura recurriendo a verdaderos artistas

debe ser imitada en todos estos casos, y al pintor Guillermo Laborde, que de manera tan brillante ha iniciado en nuestro medio el arte de la escenografía.

LOS ENTES AUTONOMOS

de ALBERTO DEMICHELI

EL PALACIO DEL LIBRO. — AGENCIA GENERAL DE LIBRERIA Y PUBLICACIONES — MONTEVIDEO

APOSTILLAS DE MR. PICKWICK

El Libro de las Rondas, (cuentos humorísticos), por Antonio Soto (Boy). Carátula de Mario Radaelli. Ed. Maximino García. Montevideo. 1924. Con los elementos de una ciudad de juguetería, arbolitos, personas y animalejos calzados los pies en el único zapato de una rodaja o pastilla roja, casitas y tranvías de cartón y fuertes colores de cometa, que son los de la infancia, consiguió Radaelli, con la travesura que le caracteriza, llamar la atención amablemente sobre este libro de las rondas, o sea, de un cronista que, a fuer de tal, registra observaciones acerca de personas, cosas y hechos en todas partes por donde le lleva o hace rondar el movimiento continuo de su oficio. Pero esto es modestia del autor. Se trata de algo más que un cronista volandero dedicado a escribir sus impresiones en el agua de la prensa diaria. No sólo de algo más, sino de mucho más. De buena gana cederíamos a la tentación de echar las bases de un ensayo, aunque luego no lo llevásemos a término — cosa propia de un ensayo — sobre el humorismo, co n la oportunidad de este libro, si en el otro platillo de las ganas no pesasen igualmente las de no hacerlo. Saltando, pues, del sueño de grande-

zas al modesto deseo de manifestar nuestra gratitud hacia un libro que nos ha deleitado, por el medio fácil de ordenar las acotaciones hechas con este fin al margen de sus páginas, lo primero que se pregunta es cómo es el humorismo de Boy. Porque hay humorismo de hacer reír, de hacer sonreír y de hacer pensar. Lo último constituye el humorismo de los grandes maestros, Cervantes, Shakespeare, Moliere, Aristófanes, Anatole, Swift, Shaw y casi es un mal humor, y un absurdo, porque es la risa de una calavera o de un payaso trascendental, que confirma la hipótesis de Diego Ruiz cuando sostiene seriamente que el hombre es un animal serio. Esta literatura antinómica es la de una especie de filósofos profundísimos que teniendo motivos de sobra para no reírse, lo intentan de una manera desesperada e inexplicable. Y cuanto más filósofos, más ridículos se ponen a sí mismos y a todas las cosas de que tratan. Shakespeare, dice simpáticamente por boca del señor Jacobo: "... Yo chupo la melancolía de una canción, como una comadreja chupa el contenido de un huevo". Y las zapatetas impúdicas de don Quijote en la Peña pobre, y la simulación de visiones fantásticas en la cueva de Montesinos, no son propias de la gravedad del héroe, ni de Cervantes, que lo induce a cometer tales locuras en lugar suyo. Bergeret y Pickwick, impulsados también por sus creadores, han dicho y hecho no pocas arcanidades. ¿Por qué se maltratan así, por qué se ríen si no quieren reírse?

No se sabe, pero sí que mezclan a este vinagre azucarado la más honda piedad por los hombres, siendo ellos más dignos de compasión que todos. Cuando predomina este temperamento, en Dickens, en Daudet, la emoción y el entretenimiento cautivan a toda clase de lectores, mientras que el humorismo filosófico es plato fuerte y poco solicitado. Nuestro Boy se halla en aquella línea. Su libro, que es una colección de breves relatos, pudo haber sido una novela del tipo de las de Dickens tan sólo con haberlos ligado a uno central que pudo haber sido cualquiera de ellos, el que parezca menos apto, la vida solitaria de Don Federico y Don Juan, fronteros en el pupitre de un viejo escritorio comercial que sacan de su afecto forzoso la necesidad vital de enojarse una vez por semana, y hacen erigotismo sobre quién tiene hora mejor en el bolsillo y a quién le toca entrar primero cuando se encuentran a un tiempo en el rellano de la escalera, conflicto que la puntualidad de su conducta les plantea todos los días; sacándolos de allí a sus casas, sean o no casados, con los hilos sueltos de su pasado, su debilidad, algún sobrino calavera, algún hermano loco románticamente perdido que vuelve un día de cualquier parte y deja al irse otra vez un rastro luminoso de prodigalidad y de burla sobre las cabezas de los dos amigos enemigos, tantas cosas, vaya usted a saber, de las que, por lo visto, le suceden a todo el mundo, pudieron haber servido para mantener visible de cuando en cuando, esta vida en estribillo de las dos grandes hormigas oficinescas, a cuyo alrededor girasen, ofuscándolas con su resplandor y turbulencia o ennobleciendo su silencio, las demás rondas de la calle, del tráfico vivo, zancadillas y placeres guerreros del mundo de los negocios con que, sin duda, está relacionado un escritorio, los puertos, las mercancías, los vapores y trenes incansables, y luego la dulzura de los prados de tierra adentro, con su henchida sensualidad solar y carnívora, y también la greguería infantil bajo una lluvia de confites y al paso doble de las electrizantes charangas marciales. Con este procedimiento, autorizado por nombres que asusta mentar: Cervantes, Dickens, renovado con tanta gloria en nuestros días por Anatole France, y en alguna de sus mejores obras por Baroja, técnica de novelar de los tan sabrosos primitivos españoles, de Lesage, de Rabelais, — preferida siempre por la literatura picaresca, es curioso — y aún podría recordarse a los cuentistas árabes e italianos, se obtiene algo de mayor importancia que ascender por la escala más o menos convencional de las categorías literarias; y es un enriquecimiento de la ficción que doblemente la favorece; si ha de ser entrete-

nido simulacro de la vida; pues como el centro se desarrolle con predominio sobre todo el campo del relato, éste resultará cansado por defecto de imaginación y por exceso explicativo, vago e ineficaz por falta de síntesis, que no pudiendo aplicarse a ordenar efectos de progresión más allá de cierto límite, menos podrá conseguirlo con la división de las unidades, dada la rapidez del espíritu y la forma abreviada de las emociones. Podrá ser muy buena para la ciencia la división de los primeros elementos, pero llevado este método a la creación literaria dió de sí, podría pensarse, la monotonía y el abuso de introspección característicos de la novela y del teatro modernos, principalmente. De todos modos, si bien al libro de Boy le falta esta fácil unificación de episodios, tiene la difícil diversidad de los mismos, en cierto orden, sin embargo, y de cierta calidad, que no ajustándose por completo a la de la crónica, ni de la anécdota, ni del cuento, y parecida en cambio a la de partes de un vasto espectáculo que se armoniza en los ojos y en la mente de un espectador reflexivo — carácter del verdadero humorista — puede concluirse que corresponde al género de la novela llamada por algunos episódica. Humorista de buena cepa, tiene aquel gusto extraño en la succión de melancolías, paradojas, regocijos bucólicos y don de humanidad con matices de la ternura tan propia del novelista inglés citado repetidas veces en estas líneas, por asociación de ideas algo expresiva, sin duda, y algunos toques de su terrible dramaticidad. El capítulo que se titula "El drama de cada uno" es de una modestia conmovedora. Esa Manuela, parece haber hecho un voto de santidad de su servidumbre, siempre con dulce disposición para cumplir los más difíciles, múltiples y variables caprichos de los niños a su cuidado, deteniéndose breve rato alguna vez para oprimir con las manos la puntada que le muerde la cintura y al fin la mata, desapareciendo o quedando en las almitas de mil colores como una figura lejana o de sueño. Este perfume de hagiografía tienen muchos de los relatos de Boy. Sirvan de ejemplos: "El maestro y Juan", de una intensa melancolía, y que infunde un sentimiento de veneración edificante. "El perro apostólico", el que sigue a cualquiera en las altas horas de la noche ciudadana, flacos y ahitos de puntapiés, que hacen ellos mismos un camino de perfección y quieren enseñarlo a los hombres. Raro que el autor se haya detenido tan poco en el momento culminante del ascetismo perruno, cuando los sayones municipales los toman a lazo y se los llevan enjaulados por en medio de la chiquillería gozosa y a pesar de los denuestos de gordas comadres y vejezuelos. Bien que tal suceso constituya el asunto de otro fino y tierno relato que se llama: "El hidalgo en la perrera". De una suave socarronería, "La imitación de Cristo", si nos atreviésemos, lo proclamaríamos el mejor de todos, por la belleza exquisita de su composición. Este Fray Vicente laico, que gradúa con inocente astucia su glotonería por las máximas del libro devoto que lleva siempre consigo y que muere a punto de reventar de un atracón de huevos duros, digno es del buril o de los ácidos de un grabador antiguo. Terrible también el "Apólogo del gaucho más valiente" en que mueren a puñaladas y sumidos en el barro de un pantano dos bravos mocetones, para satisfacer la vanidad de sus pagos rivales. De la misma índole y valor, el titulado "Coma queso, amigo". Divertidos en extremo, los que acotamos rápidamente ahora, pues, según parece, las notas bibliográficas no pueden ser muy largas. "Se suspenden las pruebas", tiene un gracejo y una animación que disgusta dar con el punto final.

"Un monumento al planeta", es todavía más gracioso, para nuestro gusto un poco flemático, y estamos seguros que Pickwick le daría importante lugar en el diario de sus paseos arqueológicos. ¡Anota un caso realmente cósmico! Con gracia ya de reirse: "El billete de cincuenta pesos", "El inglés que se olvidó del abogado", "La corbata del Presidente", "Presentación del poeta Medina", y otros. De un humorismo intermedio, siempre hablando de los mejores, pueden considerarse, por orden de mérito, "El vecino de enfrente", muy bueno, "Una fonda anarquista", exacto y "Los dos hombres que buscan al señor", de una gradación tal de efectos que logra engañar cómicamente a los lectores. Creemos haber casi agotado el índice del libro en sus ligeras, pero pensadas citas, y esto sin torcer nuestro propósito de subrayar tan sólo, aunque a nuestro modesto parecer, los capítulos más notables. Digamos una vez más para terminar, que revela este libro una madurez de espíritu y un dominio técnico suficientes para poder considerar a su autor, Antonio Soto (Boy), en el plano de nuestros más destacados escritores.

Ocio (poemas), de Eduardo Dualde. Ornatos de Peña Plata. Ed. Palacio del Libro. Montevideo. — Es una edición hecha con mucho gusto. Las tapas de Peña Plata, revelan a un dibujante muy bien orientado y de selecto sentido decorativo, sobre todo la reversa, en que vence con gracia y equilibrio un tema heterogéneo como corresponde al blasón del poeta: una corona real en las sienes de un jarro de cerveza, cuyo líquido es la muerte, una calavera. Eduardo Dualde es un poeta de calidad. No hay duda. Y dígame de una vez lo más que pueda decirse, antes de transcribir las restricciones anotadas por un lector cualquiera, que no es otra cosa quien firma estas líneas. Eduardo Dualde es un gran poeta que por una mezcla de abulia espiritual, llámese tedio, llámese ataraxia, llámese mal del siglo, y de modestia en su más digno sentido, que es reconocimiento de lo grande que ya está hecho y se hace por otros todos los días, no se pide a sí mismo todo lo grande que puede hacer. No se podría poner la mano en el fuego que es de este modo, pero hay indicios en la forma perfecta que tienen muchos de sus poemas, que bien pudieran ser el término de una minuciosa especulación estética, personal y erudita a la vez, y en la confesión de su actitud que podría reconstruirse con el auxilio de algunos versos que salpican el desgano de toda su obra, y expresamente en la página preliminar titulada "Tendencias": Despojar a la estrofa de toda rima vana. — Elegir las palabras de su ma sencillez. — Para que la poesía, igual que la mañana, — Ostente una absoluta y bella desnudez. — A la expresión exacta estar tan sólo atento. — Despreciar, por melódico, nuestro ritmo interior, — (dicho importante) — Mientras a la más leve insinuación del viento — Es musical el aire a nuestro alrededor". ¿Se debe a esta desconfianza del amaneramiento musical del alma, que deje muchos versos en una llaneza desabrida, semejante a la que resulta si dejamos de lado el instinto o el cuidado de la puntuación y cerramos los párrafos antes de tiempo? ¿Quiere decir que soltemos las palabras con la primera percepción del espíritu, y aún más atrás, las palabras de un lenguaje de niños, que serían algo así como el matiz auténtico de las cosas, la primera imaginación, la correspondencia inmediata y, por lo tanto, pura de los sentidos y las cosas; y aún más atrás, que las palabras pudieran ser arrancadas como las flores en los campos de la realidad exterior; y aún más — y aquí estamos en el límite — que las cosas se expresaran por sí mismas, sin la mediación del len-

guaje? De todo esto hay en la discusión última de las tendencias poéticas del momento, futuristas, ultraistas, añadida la crisis de las leyes rítmicas que apareja el desarrollo cada vez mayor del llamado verso libre, estudiada con tanta ciencia y sagacidad por Vaz Ferreira en su ensayo sobre la percepción métrica. Pero comprendamos esto: en ese límite que decimos, de la expresión que busca la primera claridad del día, no podrá verse también el borde de un abismo a donde puede llevarnos un impulso trágico y oscuro que la conciencia, bruscamente despertada, refrene por medio de la consideración impostergable de esta idea capital e innata: ser o no ser? Trasplantar una de esas flores, "tan acá... tan allá... columpiadas" — que dice nuestro altísimo poeta Enrique Casaravilla Lemos — del aire indeciso en que viven "sus seres finos" al de nuestro espíritu para darle una vida nueva que no deje de ser la suya y la nuestra; compenetrar la realidad sin ser absorbidos por ella, como el mar despiadado y omnipotente borra los deslices de los navíos; múltiples relaciones de conciencia personal, a salvo de toda confusión mística; ser o no ser, lo primero no puede ser sino a expensas de una acción interior que comparta con la exterior el dominio de la expresión, causa de los símbolos del lenguaje, que por medio del arte pueden ser llevados a un grado de comprensión e intensidad extraordinarias. Cerrando esta larga digresión, digamos que nuestro poeta se acercó al borde del abismo para contenerse en esta forma: "Pero yo en la sonora prisión de un cristal fino — Gusto más el sabor exquisito del vino — Y en el verso armonioso la verdad del concepto". Sólo que la prisión de la forma, por sonora y cristalina que sea, no es otra que la del pensamiento, de la cual había dispuesto prescindir dos líneas antes absolutamente. Y, en efecto, su preocupación formal es casi la misma de los parnasianos. ¿Los resultados no lo serán asimismo porque haya caído en su espíritu el germen de las nuevas escuelas poéticas? Podría esta contradicción o irresolución estética explicar cómo el espíritu ágil del poeta relaja de pronto el vuelo de la armonía para caer con displicentes compases en el polvo del más opaco renunciamento. He aquí la prueba en uno de los más hermosos sonetos del libro, y no lo es del todo, por eso, porque, para deleite del lector se cita uno de los más hermosos, en que, por lo mismo, el defecto es menos perceptible: "Treinta años": — "Como un casquete antiguo de oscuro terciopelo, — En luces carcomido por la polilla astral, — Cubre nuestra tristeza la eternidad del cielo, — Distinto en cada noche y en cada noche igual. — En acrobacia lírica nuestro ensueño ya viejo — Ensaya sus piruetas, mientras la soledad, — con la honradez segura y clara de un espejo, — Nos da la imagen cierta de nuestra realidad. — Angustia de sabernos frente a nosotros mismos. — ¡Pasó la edad dichosa de absurdos narcisismos — Cuando era chico el mundo para nuestra ambición! — Hoy la vida es mezquina y la muerte oportuna, — Y hasta la luminosa redondez de la luna — Nos parece una pompa de jabón". En otro más hermoso todavía, que no reproducimos porque ya lo ha sido mucho, "Renunciación", su austera dignidad se va quebrando verso por verso hasta el final, como si el pensamiento del poeta olvidase su primer instante de fuerza apasionada y doliente, o cediese a las veleidades de su curso descuidado. Poemas de una línea nobilísima, como "La Partida", se decoran al final de una gracia muy graciosa pero de un artificio incompatible con la emoción del tema: "Me voy de la ciudad. Bajo el incierto — Resplandor del crepúsculo amarillo,

— El agua quieta del lejano puerto — Cobra agudos reflejos de cuchillo. — Me voy de la ciudad. ¿Qué emoción nueva — Me esperará a lo largo de la ruta? El tren veloz que mi esperanza lleva — Se hunde en la noche como en una gruta. Y termina: "La noche ofrece, con burlón intento, — En la bandeja azul del firmamento — La moneda de plata de la luna". "Claridad", es otro bello poema, uno de los pocos del libro animado por la alegría de vivir, pero con las mismas desigualdades de tensión o cuerdas flojas, aunque está bastante sostenido el tema; empieza así: "Bajo el horizonte, el sol impaciente — Pone reja de oro múltiple al Oriente. — Y en azul ventana — Como una muchacha surge la mañana". ¡Y qué llenos de pesadumbre infinita, los hermosos tercetos con que terminan "Neurastenia" y "Crepúsculo": "Soledad que acoge, soledad que ampara en la obscura angustia y en la noche clara — Y es como un anónimo lecho de hospital; — Está lleno el mundo de mi honda tristeza. — Como una colmena, sobre mi cabeza, — Zumban las estrellas su silencio astral." Y el segundo: "¿Habrà alguna traición bajo esta calma — Que es anestesia lírica en el alma — Y hace fácil la dicha y la quimera bella?; — La voluntad se ha ido en nubes de pereza. — Y el crepúsculo es triste y en la vasta tristeza — La primera inquietud es de una estrella". Y este bellísimo comienzo de "Deseo": "La noche es una copa milagrosa que encierra — El llanto azul de todas las estrellas y vierte — Sobre el lago y el bosque, sobre el llano y la sierra, — Como un vago deseo de misterio y de muerte". A veces el gris invade como una niebla todo el campo del verso, y con efecto de engarze, piedra preciosa o amapola, se destaca una imagen de selecta y atrevida sensibilidad: "Abre la noche estival, — Como un negro pavo real — Su enorme cola estrellada". (Al hojear de nuevo el libro para transcribir las apostillas, encuentro marcados esos versos de "Momento", muy sostenido, que, por tanto, no sirve para ejemplo de lo que venía diciendo, y sí el que paso a dar de "El Espejo"): "Y mientras el crepúsculo se viste — De obispo, se prolongan sus reflejos — En las pupilas de la novia triste." — Una condición estética del verso de Dualde es la manera como ensordece los efectos más violentos: "Inundación de azul, la noche avanza", — en el poema que acabamos de citar, sirva de ejemplo, y léase dos veces, cosa que hay que hacer con casi todos los suyos, tan atenuada, pero no muerta, suele darnos la emoción de sus más intensas y ricas expresiones. Tiene una música antigua, de cuarteto, sin metales, de nobles y delicados giros. De los parnasianos, el cincelamiento, la precisión verbal, pero no la sonoridad; y de los simbolistas, la intimidad, pero no la exterioridad de sonido y de color. Sus preferencias deben oscilar entre Verlaine y Heredia o Moreas. No obstante, algunos de sus poemas, como "Eternidad", sin duda porque respondan a un dolor muy agudo y habitual, o por lo que sea, se destacan netamente del principio al fin sobre el fondo de nuestro corazón: "Media luna de cobre que se hunde — En la hendidura de la lejanía, — Y en la sombra las copas de los árboles — Son más oscuras que la noche misma. — Franja de niebla astral, la vía láctea — Cruza, como una banda, el firmamento. — Un perfume de tierra áspera y brava — Sube y me envuelve con su fuerte incienso. — Quieren mis ojos, como dos puñales, — Atravesar la noche, — Indiferente a mi mezquino hastío. — Mas siento que mi vida se hace honda, — Porque en la luz de las constelaciones — Vigilo el pulso azul del infinito." — Nos falta citar de los bue-

ALTOS DE CAMINANTE

Próximo libro de Parra del Riego
(Fernando Morales, Editor)

El celebrado poeta Juan Parra del Riego, de los nuestros, — lo decimos con orgullo — ha dado ya a la imprenta el original de un libro admirable, con el título de estas líneas, y del cual anticipamos el índice, como dato expresivo de su importancia:

AL CIELO

- ★ Pampa Argentina
- ★ Loa del Fútbol
- ★ Los Vientos del Perú

LOS HOMBRES

- ★ Al Motor Maravilloso
- ★ Marcha Unamuno
- ★ A Woodrow Wilson
- ★ A Walt Withmann

NOCTURNOS

N.º 1, N.º 2, N.º 3, N.º 4, N.º 5, N.º 6.
EL AMOR, LAS CIUDADES, LOS AMIGOS

- ★ Mañana con el Alba...
- ★ Nochebuena mágica...
- ★ Carta Sentimental
- ★ Matinatta
- ★ El Amigo
- ★ A Daniel de la Vega por su libro Claridad
- ★ A Montevideo
- ★ Gabriela Mistral
- ★ Cacería en el Alba
- ★ Celeste es la sombra bajo las glicinas...
- ★ Secreto
- ★ Tu voz
- ★ Sensación marina
- ★ Tucumán

TRES CANCIONES

- ★ Canción de luna
- ★ Canción de la Cabecita Elegante y Dorada
- ★ Canción desolada para un muerto

SONETOS DE LA PAMPA

- ★ Carnaval criollo
- ★ La Vidalita
- ★ Noche
- ★ Serenata en el campo
- ★ Tranquera nocturna

LEJOS

- ★ Lejos...

nos poemas del libro, salvo error u omisión, los siguientes: "Blasón", "Llueve", "En la tarde" (muy bello), "Opresión", "Vanidad" (marquinesco, gallardo y fino), el final de "El Bautismo": "El sol, desde el Oriente, como un San Juan Bautista, — En un Jordán de oro bendice la mañana"; "La Rosa" (pero más frescura en el amor, poetas. Las rosas no se comen). "Orgullo" (bien que arte y artificio no sean lo mismo), "Atardecer" (bien descrito, pero no se debe describir), "Voluptuosidad" (ánimo, poetas, cantos de vida y esperanza), "Paisaje": "Trae la noche silencio para todas las aves — Y enlutadas capuchas para los pinos graves..."; "Impotencia", "Siesta" (esa palabra rol, es feísima, y aquí un poco ripiosa), "La Hebra" y algún otro; para terminar diciendo que no hacemos al poeta más reservas que las que él mismo nos hace de los tesoros de su alma exquisita y seria, a la que debe pedir más para más darnos, rogándole que nos perdone la crueldad del pedido, si la tuviere.

"El Arbol Joven" (Poesías), por Ophelia Calo Berro. Ed. Tor. Buenos Aires. La pureza con que está editado este libro, corresponde a la estética de su contenido. En lo exterior de la imagen y del ritmo, tonos y cadencias desvanecidas, de una despejada frescura matinal, mientras que por debajo, y esto es lo extraño, palpita intensamente la pasión fosca de las almas reales y verdaderas. Francisco de Asís, San Juan de la Cruz, Verlaine, tenían asimismo verso claro y alma fiera. Sin duda, esta incompatibi-

R E F L E X I O N

Para que haya curso y espacio a toda clase de vidas y de manifestaciones tiene que existir la muerte.

Y también para las grandes transformaciones.

Sin ella sería limitada la Manifestación.

Y, un Universo así es hasta inconcebible...

E. Casaravilla Lemos.

lidad explica — sin explicarla — la tragedia del misticismo ascético. En "Las dos cadenas", lo dice así Ophelia Calo: "Estoy encadenada por dos fuertes cadenas. — Cadena de mi carne, — cadena de mi alma! — ¡oh! ¡Si un día pudiera desatar las cadenas! — Con mis dos manos solas, — sin llamar a la muerte; — que es cadena más fuerte...! — ¡Oh! ¡Si un día pudiera desatar a las dos! Y que el amor hiciera de las duras cadenas, — dos místicas escalas — para llegar a Dios..." De su exquisita sensibilidad, pueden dar fe los siguientes poemas, que son los mejores del libro: "Suavidad": "La tarde pliega sus alas — como un enorme pájaro con sueño... — Se curva poco a poco, y en la quietud dorada — todo el lago parece una garza rosada. — Se alarga la mirada como el vuelo de un ave... — Mi ensueño inmóvil es amplio como un viaje; — recojo en mi falda tenue, profunda y grave — la voluptuosa hora de afelpado plumaje. — ¡Nada me falta ahora! ¿qué podrías tú darme, — viajero que has pasado muy cerca de mi lado, — ¿qué podrías tú darme que tuviera el silencio maravilloso y simple de este paisaje claro?". "Polvo": "Se me va de los dedos como arena la vida... — Se me va de los dedos ¿y a dónde caerá? — Este polvo de oro de mi vida perdida, — esta arena pequeña, ¿a dónde volverá?... — Venid... Llenad el hueco que en el alma me queda, — echadme polvo de oro de algún nuevo dolor... — Mi corazón precisa, hondo cáliz de seda, — siete llagas abiertas como una roja flor. — No dejes que se pierda todo el polvo en la tierra... — extiéndeme una mano que recoja al caer — esta arena de oro, tan leve que parece, — una lenta caricia que se va de mi ser..." Todo así, de sonido lejano y alma ensimismada, en cuyo aire tiemblan las ramas y el canto eterno de los afanes desconocidos.

"Cervantes", "Rubén Darío" y "Rodó", por Humberto Zarrilli y Roberto Abadie Soriano. — Palacio del Libro, 1924. — Montevideo. — Un verdadero acontecimiento, no sólo pedagógico-literario, sino en el sentido nacional y americano, es la revolucionaria obra de Lenguaje que acaban de publicar, aprobada como texto oficial, dos jóvenes hasta ayer casi desconocidos y hoy considerados como dos de los maestros que más se destacan en las actividades intelectuales.

Romper con los moldes fríos de la vieja didáctica—instrumento de tortura para el espíritu infantil, camino equivocado que no conducía a ninguna parte, a no ser a la mutilación del cerebro del niño — renovar el aire viciado de la Escuela hasta que no quede en ella ni el más leve olor a cárcel que la caracteriza, haciendo entrar allí una racha de juventud y de vida, tal es el principio fundamental en que parece basarse la obra de Abadi Soriano y Zarrilli.

Libro moderno, es decir, lo más diferente a texto escolar; libro alegre, optimista, claro y hasta cantante como un amanecer, y más aún como un amanecer de América, porque dentro de él cantan los pájaros-poetas de nuestro Continente; libro nacionalista en el más alto sentido, inicia la emancipación espiritual de América. Nada de poesías esco-

larizadas, de poesía cursi de untuosa declamación; nada de firmas extranjeras que apartan al niño de su tierra; nada de poesías anticuadas que alejan al niño de su época; no más "colonia española", no más "colonia francesa", se acabó el coloniaje; este libro revela que tenemos un país y lo lleva a la Escuela. ¿Qué mejor obra? ¿Se puede hacer algo más? Ya nuestra eminente poetisa Luisa Luisi y gran maestra, ella misma la define en el interesante juicio que le dedicó, en estas frases que son como un saludo de bienvenida: "He aquí el último esfuerzo que faltaba a la enseñanza de nuestra Lengua: nuestros dos jóvenes maestros han llevado a la Escuela primaria — ¡ay! tan abandonada — ese soplo de renovación y de vida, de juventud y americanismo, que necesita como del aire vital, para existir".

El método pedagógico con que está encuadrada la obra es de un acierto insuperable: vida, vida, sobre todo vida. La parte teórica reducida a lo mínimo y expuesta con una claridad tal que se percibe sin esfuerzo ninguno. Cada nuevo conocimiento es para el niño una consecuencia de un ejercicio práctico. Ninguna definición para aprender de memoria. "Descripciones, cuentos, anécdotas, cartas, recibos, circulares. Modelos vivos, bien elegidos, variados; modismos numerosos, léxico abundante: Casos concretos de donde extraer esos preceptos. El libro enseña solo y enseña deleitando; se lee con tanto interés como un libro de lectura porque está la lectura y está su explicación. El juguete se mueve, camina ante la vista del niño; y luego, allí mismo, se desmontan sus partes y se le muestra el mecanismo".

La obra ha sido ilustrada con todo acierto por H. Fernández y González, joven dibujante que acaba de revelarse a nuestro público como un artista de conciencia y emoción poco comunes.

Que esta obra llegue cuanto antes a las manos de nuestros niños.

"Tacuarí" (Cuentos). Carátula de Möller de Berg, Ed. — Renacimiento. Montevideo.

Con tan bello nombre, ha publicado su primer libro conteniendo varios cuentos breves, de la ciudad y el campo, el señor García Sáiz. Él lo dice en una pequeña nota final: "Tacuarí", nombre de un río de los campos de Cerro Largo, le recuerda sus años de infancia.

La enunciación del título de la obra, sugerirá ya al lector la idea de que la casi totalidad de sus cuentos son de ambiente eriollo, aunque en ninguno de ellos el autor localice especialmente el escenario de sus narraciones, ya que las vagas referencias a la amplitud del cielo y los campos, convienen a la generalidad del paisaje del país.

En algunas de sus páginas, el autor sorprende interesantes momentos de la vida campesina que narra con elegante sobriedad o con la nerviosidad típica de su diálogo de dos viejas charlatanas; sin embargo, los cuentos de "Tacuarí", escritos con agradable y desenvuelta sencillez, son de los que ya por definición se ha dado en llamarles "cuentos eriollos". Y lo lamentable para el autor de esta obra, cuyas condiciones de buen narrador se presienten en todas sus páginas, es que, precisamente, sus cuentos caen dentro de la definición ya vulgarizada, por lo que tienen de recuerdo vivo del amaneramiento constante de aquellos.

En todas sus narraciones los personajes son taciturnos, dolorosos y oscuros, con un dolor y una oscuridad de alma que el autor no intenta siquiera sondear ni explicar, dando la sensación de que concibe impresionado

por esa literatura "zoilesea" de que tanto han abusado Javier de Viana y sus imitadores. Todos los héroes han de ser, por fuerza, hombres "arrocinaos por la vida" — como gustan ellos decir, — sin valor moral ya para la lucha, poseídos de un echarde fatalismo hijo de cualquier dificultad con la que lucharon sin vencer en sus pasados buenos tiempos. Tal es el mecanismo de estas almas, cuyo dolor, por lo mismo que no nace de una honda comprensión de la vida, ni siquiera de una desgracia contra la cual se estrellaron todas las fuerzas de un espíritu altivo como debe ser el de quien vive libre en la abierta soledad de los campos sin más ley que su voluntad, dolor nacido de pueriles cobardías, no alcanza a conmovernos, dándonos, en cambio, la sensación de personajes puramente "literarios". Y para que la impresión desoladora de estas almas tímidas y vacilantes sea completa, los autores nos los muestran dentro de galpones oscurecidos por la noche o en las sucias cocinas de las estancias.

Tal sería la población del país, a creer a esos "cuentos eriollos" de pesadilla.

Y es lamentable que un espíritu ágil como el autor de "Tacuarí", haya caído en tan graves errores, cuando él, nacido y criado en Cerro Largo, debe tener los ojos llenos de la luz de los campos y la memoria poblada de aquellos hombres audaces, altaneros y bellos, que tantas veces cruzaron por las rectas calles de su pueblo con la épica alegría de los clarines de guerra, y en cuya presencia debió sentir la serena y altiva confianza que en sí mismos mostraban aquellos caudillos comarcanos. No es que todos sean tales como nosotros acabamos de recordarlos; sino que, y he aquí lo que no se termina de entender, el espíritu de los hombres de nuestros campos, no está cortado por el patrón de un amanerado cuentista — aunque algo de lo que él dice exista, — sino que son tan complejos y sencillos y bellos, a la vez, como el hombre de cualquier otra comarca, y cuyas características diferenciales deben recogerse en la atenta observación de sus vidas, que no se traducen, por cierto, con interminables silencios o con un lenguaje tan retorcido a fuerza de querer ser pintoresco y sentencioso, que termina por convertirse en embrolladas adivinanzas.

El señor García Sáiz, llega más de una vez a destacar un rasgo inédito y cierto de la vida campesina; pero impresionado por ese falso "gauchismo" bien pronto cae en errores como este: todos los caballos de sus héroes se hallan siempre guardados en el galpón. Si el autor, libre de equivocados preceptos, hubiese recordado sus años de vida en la Laguna del Negro, sabría que allí nunca vió, de seguro, que un peón como el de su cuento "Perro Fiel", ni aún el dueño de la estancia, — si no es invierno o se trata del parejero — guardaran por las noches sus caballos.

¿Por qué ese afán de huir al pleno sol, a la gracia ingénua de las mañanas y a las luminosas tardes de los campos, para arrinconarse por las cocinas a cortar tientos mientras van por la memoria "las tropillas de los recuerdos"?

De estos y otros defectos, que refiriéndonos a ese amanerado "costumbrismo" hemos de estudiar otra vez extensamente en "TESEO", debe librarse el autor de "Tacuarí", seguro de que hay en él pasta de un agudo y ameno narrador, capacitado para traducir bellamente las vidas campesinas que en los abiertos y luminosos pagos de Cerro Largo, fueron sus visiones de niño.

Zacarias Peñaflo

CORRESPONDENCIA

MONY HERMELLO

A Curiosa. — La distinguida recitadora argentina vendrá a nuestra Capital a fines del corriente mes.

Su presentación, a cargo de nuestro fuerte escritor Justino Zavala Muniz, en nombre de la Agrupación "Teseo", tendrá lugar en el Salón de Actos Públicos de la Universidad. Como es sabido, prestigian los recitales de Mony Hermelo, de poetas uruguayos y americanos, TESEO, la "Cruz del Sur" y el Centro de Estudiantes "Ariel".

La expectativa que usted manifiesta en su esquila, tan amable y fina, se haya compartida por todas las personas amantes de las buenas letras, y podemos asegurarle que la espiritual artista, por todos los autorizados informes que tenemos, obtendrá entre nosotros el más cabal de los triunfos.

SIGNIFICACION DE TESEO

A Varios. — No estamos prevenidos, ni mucho menos, contra ninguna de las tendencias de Arte por muy atrevidas que parezcan. Entre nosotros hay de todo. El significado de nuestro símbolo, concreto en una obra de Fidias, no quiere decir que el clasicismo helénico sea nuestra tendencia, sino algo así como el punto posible de enlace entre nuestro gusto y el del público, la primera letra o palabra de un lenguaje común o social de Arte, a partir de la cual podríamos entendernos con todo el mundo, pero de ninguna manera la única palabra, y, mucho menos, la última, con ser tan venerable. Tiene, también puede considerarse así, el valor de una idea genérica — aunque esto ya es quizá demasiado — por debajo de la cual se diversifican todas las ideas específicas e individuales. Por último, al establecer nuestro ideal común, o mejor dicho, de comunicación general con los demás, tratamos de señalar, siempre dentro de un criterio posible para todas las gentes, un modelo de cierto prestigio popular que reflejase las tendencias constructivas del arte moderno, a cuyos extremos se acercan muchos de los artistas y poetas de nuestro grupo, y, fuera de lo egipcio, que no escogimos por razones de raza y defecto de universalidad, nada mejor que las obras eternas de Fidias podía expresarlas de una manera clara, eficaz o tolerable. Necesitábamos concretar este como ideal común mínimo de Arte, porque nuestra Agrupación, si bien con la modestia de una escuela primaria en esto, ha nacido para desarrollar una acción depurativa del gusto público, sumamente ineducado entre nosotros — digamos la verdad, aunque duela — matando siempre que la ocasión se presente y por los medios más eficaces, según los casos, el Minotauro del mal gusto, de la retórica, de la cursilería, del rastacuerismo y de la peluda ignorancia, exaltando siempre los verdaderos valores con criterio gradual de tolerancia que va de lo regular a lo superior por el camino de lo bueno, sin hacer cuenta de escuclas, porque no tenemos ninguna sino esta de primeras letras de que hablamos. Otros aspectos de nuestra denominación social, se hallan compendiados en el Acta Fundamental que ha sido publicada en el primer número de nuestro Boletín y divulgada, en substancia, por la mayoría de los diarios del país. Los transcribimos a continuación, para terminar:

"El nombre Teseo, no significa más que un símbolo, deducido del supremo valor de la obra de Fidias, en que se armonizan la belleza de la forma y su construcción rigurosa, la claridad y la gracia, lo ideal y lo humano. Se hace constar reiteradamente que tal advocación no implica una vuelta a los ideales de Renacimiento alguno, aun-

Agresión Militar a la Libertad en Chile

¡ P R O T E S T A M O S !

Compuesto ya este número, nos llegan noticias del motín militar chileno. Es decir, de la sustitución violenta del gobierno legal de Arturo Alessandri por una junta de generales y coroneles que, en caricatura triste de los cuartelazos de España y de Italia, acaba de mancillar en la nación chilena lo más representativo y noble y fuerte de la tradición de América: su religión de la Libertad y de la Democracia.

La Agrupación Teseo, en bloque, energicamente incorporada hace constancia de su veloz protesta por tal atropello. Expresa al señor Alessandri, gran democrata, su cálida adhesión en estas horas que llenan de oprobio a Chile, y repite su desaprobación a esos movimientos inferiores de cuartel que si en Europa son lamentables, en América lo son infinitamente más y alcanzan calidad de suicidio moral, porque niegan lo más vivo y sagrado que tiene su sentido histórico, y que es su razón de ser, para el porvenir de la Humanidad.

que se veneren y estudien los grandes maestros y sus obras. Que, por lo mismo, no significa desviación de las aspiraciones al nacimiento de un Arte Nacional, por muy racial y diferente que con el tiempo llegue a ser, puesto que los principios o, mejor, los resultados del helenismo como los morales del cristianismo, por su esencia universal, no son ya ni del pueblo griego ni del pueblo hebreo, sino de todos los pueblos. Aún participando de la idea de que la personalidad nacional debe despertarse, hacerse por todos los medios, bueno es denominarse por lo universal para no descender muy por debajo del instinto particularista, de suyo moroso, arbitrario y estrecho. "Teseo", pues, significa, y nada más: Razón, Belleza y Realidad. Tal es el pensamiento de los iniciadores como digno de inspirar el programa del grupo." (Art. 1.º).

A E. L. S. — El soneto que ha tenido a bien remitirnos, puede publicarse, con algunas correcciones que le indicáramos por correo si quiere comunicarnos su dirección. Agradecemos los conceptos que le ha merecido nuestra ideal empresa.

a Nefas — El señor Melitón, es un murguista indecente, y usted sabrá lo que hace tocando el bombo en su compañía. Pero es natural que hagan muchas pifias, cuando quieren salirse de la musiquilla de aguinaldos y antroidos a otras partituras más finas. No jota!

A J. C. y R. M. — No señor. Más que lo mejor del extranjero, debe interesarnos lo que se haga en el país, por muy modesto que sea. Debe mirarse afuera sin dejar de mirar adentro. Internacionalismo nacionalista. No vaya a ser espíritu colonial, eso del espíritu universal...! ¡Gracioso país que se distinguiese por tener los mejores lectores de Francia y de Rusia y los mejores consumidores del mundo! No hay derecho...

A M. C. — Eso de "El Hogar", es una bromita. Se estila. No tiene más importancia.

A N. — Mister Pickwick nos pide que hagamos constar que no pone la menor dosis de veneno en sus apostillas de lector de los libros americanos que por acaso lea, si bien no pueda, por más que lo intente, llegar a compartir del todo el criterio del autor sobre su propia obra. Que son, por otra parte, notas marginales de un divagador perezoso, a las cuales el mismo no les da más valor que al humo de su pipa, que sólo puede ser un veneno para los mosquitos.

Por nuestra parte, creemos lo que dice el inglés, pues de otro modo no le daríamos cabida en nuestras páginas.

Carlos M. Lenzi

CIRUJANO-DENTISTA

Tratamiento curativo de la Piorrea alveolar por el Radium

RIO BRANCO 1304 Esq. SAN JOSE Montevideo

LEAN LOS ANUNCIANTES. — LA VERDAD DE NUESTRA OFERTA. — TACTICA EN EL ANUNCIO

Fiados en el buen sentido práctico de los hombres de negocios, no tenemos reparos en hacerles conocer la verdadera capacidad anunciadora de nuestra Publicación, con razones y con hechos:

Cierto es que EL BOLETIN DE TESEO, por su carácter, circula principalmente entre las clases directivas de la sociedad, políticos, profesionales universitarios, abogados, médicos, odontólogos, farmacéuticos, ingenieros, arquitectos, profesores, periodistas, artistas, escritores, estudiantes, centros sociales y de cultura, etc., etc.; pero no escapará al criterio sagaz de un comerciante moderno que UNA INFLUENCIA EN ESTAS CLASES — POR EL MISMO HECHO DE SER DIRECTIVAS — HA DE HACERSE SENTIR EFICAZMENTE EN LAS DEMAS CLASES SOCIALES.

Creemos, por tanto, al ofrecer nuestra sección de anuncios a las instituciones y hombres de negocios, que nuestra oferta se ajusta a las condiciones de utilidad que debe llenar para ser tenida en cuenta. Tampoco es la nuestra una Revista literaria en la acepción corriente de la expresión, como se puede ver consultando los sumarios de cualquiera de sus números, donde toman un lugar destacado los estudios comerciales, precisamente, de Economía política y de todas las cuestiones vitales más o menos inmediatamente ligadas — y todas lo están — con el vasto imperio de los intereses.

Finalmente, y estos son hechos: TODOS LOS SOCIOS Y ADICTOS DE "TESEO" SE COMPROMETEN MORALMENTE A ADQUIRIR Y UTILIZAR ELLOS MISMOS Y A INFLUIR EN TAL SENTIDO ENTRE SUS AMISTADES, LOS ARTICULOS Y SERVICIOS ANUNCIADOS EN SU ORGANO DE PUBLICIDAD.

PROFESIONALES

Copolansky y Suraco

Ing. Arquto.

B. MITRE 1478

Dr. Bartolomé Vignale

PIEL Y SIFILIS

Jefe de clínica ad. del Hospital Maciel
médico de Piel y Sifilis del hospital Militar

Soriano, 1010

Telef.: 2762 Central

Hernán Artucio

MEDICO

CI-AREIM 1544

Juan Daquó

Escribano Público

ZABALA 1425

Dr. JOSE MAY

Medico especialista en Piel y Sifilis
Consultorio: Rio Branco 1986

Luis Ma. PETRILLO

Medicina General y Niños

MECEDES 1337

Consultas de 2 a 4

Telef. Cooperativa y 3352 Colonia

Camilo Payssée

MEDICO

MILLAN 390

José Pedro Turena

Escribano Público

ITUZAINGO 1322

Juan M. Aseves

ABOGADO

RINCON 658

Eduardo Paysée

Médico Cirujano

Yí 1466

Ildefonso Pereda Valdés

Yeguaron 1519

Lorenzo Carnelli

Abogado

MISIONES 1543

Eduardo S. Fazzio

Contador Público

VICTORIA 1120

Tel. Uruguay 1453 Córdón

Juan Olalde

Abogado

MISIONES 1543

Juan Rodríguez López

Perito contador

PAYSANDU 872

Daniél H. Vidart

Dentista

DEFENSA 1740

Del 15 al 30 de Setiembre

PENY - PLATA



Usted puede obtener cualquier libro de
POESIA — NOVELA — TEATRO
a dos precios únicos: \$ 0.45 y \$ 0.75

Papelería SCHMIDT

CERRITO 575

Imprenta - Fábrica de Sellos de Goma - Impresiones de lujo - Tri-
cromías - Relieves - Folletos - Revistas - Timbrados Útiles de Escri-
torio - Libros en Blanco Rayados especiales Encuadernación - De-
pósito de papeles de todos clases

MONTEVIDEO

Teléf. La Uruguaya, 1311-Central y La Cooperativa



JOSE SENATORE & CIA.

PROVEEDORES Y ABASTECEDORES

OPERACIONES EN TABLADA--SALADERO

ESCRITORIO Y DEPOSITO

ARENAL GRANDE 1815 - MONTEVIDEO

Teléfonos: LA URUGUAYA 1322 (Aguada) y LA COOPERATIVA

ALVAREZ & MOLINARI

JUAN CARLOS GOMEZ, 439

SASTRERIA

LOS MEJORES TRAJES Y
SOBRETODOS DE MEDIDA

PERCONTINO E HIJOS

Venden las mejores
CAMAS DE BRONCE

URUGUAY 1065 AL 1075

TELEFONO LA URUGUAYA 731 CENTRAL

IRIARTE H. ^{NOS} & BOFILL

Ventas y Escritorio CERRITO 530

Depósito: PIEDRAS 522

Casilla de Correo, 161—Dirección Telefónica: "IRIBO"

MONTEVIDEO

HIERROS Y ARREOS

Máquinas y Herramientas para
Talleres Mecánicos

ARTICULOS PARA GARRUAJES

Ejes

Resortes

Etc, Etc.

ARTEFACTOS

ARANAS

BRAZOS

PLAFONES

PORTATILES

INSTALACIONES —
ELECTRICAS.

TELEFONOS

PARARRAYOS



BOLON HNS.

18 de Julio 25 esq. Yl.

Tel. 422 Central.

Banco Agrícola Ganadero

ZABALA 1412

MONTEVIDEO

AGENCIAS EN EL INTERIOR Y
CORRESPONSALES EN TODOS
LOS PAISES

BARRACA PARA DEPOSITO
DE FRUTOS Y CEREALES

RONDEAU 2042

PAGA POR DEPOSITOS

EN CUENTA CORRIENTE

A la vista 2 % anual
A retirar con 30 días de aviso 3 " "

A PLAZO FIJO

A 3 meses 5 % anual
" 6 " 6 ½ " "
" 12 " 7 " "

Los intereses se liquidan trimestralmente

EN CAJA DE AHORROS

Después de 30 días 6 ½ anual

M. Klot,
Gerente.